FERMENTARIO







Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

Coleccion de Clásicos Uruguayos

Vol. 2

Carlos Vaz Ferreira
FERMENTARIO

CARLOS VAZ FERREIRA

FERMENTARIO

MONTEVIDEO

1953



FERMENTARIO

A ELVIRA RAIMONDI DE VAZ FERREIRA,

POR QUIÉN, PARA MÍ,
NO TODO "LO REAL FUÉ DOLOR"
Y NO TODO "LO IDEAL FUÉ SUEÑO"

CARLOS VAZ FERREIRA

Carlos Vaz Ferreira nació en Montevideo el 15 de octubre de 1872. Fueron sus padres Manuel Vaz Ferreira y Belén Ribeiro. Cursó estudios secundarios y preparatorios en la Universidad y se graduó abogado en la Facultad de Derecho. En 1897 ganó el concurso para textos de Psicología y Lógica y en el mismo año, por concurso de oposición, la cátedra de Filosofía. Ha sido vocal de la Dirección de Instrucción Primaria, Decano de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, Rector de la Universidad, Catedrático de Filosofía del Derecho, Maestro de Conferencias (cargo que desempeña desde 1913). Actualmente es Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias. La filosofía vaz ferreiriana superó en la cátedra y la enseñanza oficial el pensamiento positivista Sin alistarse en ninguna escuela Vaz Ferreira participó de la corriente de restauración filosófica de fines del siglo XIX y principios del actual. Sus ideas no pueden ser englobadas dentro de ningún sistema. Su posición es una actitud personalísima y honda que solamente rehuye una cosa: la mutilación del pensamiento o del sentimiento Además del aspecto propiamente filosófico de la obra de Vaz Ferreira debe destacarse en primer término el estudio que ha realizado de los problemas sociales. El centro de su pensamiento es un individualismo ansioso de superación, rectificado por un sentimiento de justicia social, enfocando los problemas en un plano superior, reclamando para cada individuo el mínimo de subsistencia, tierra de habitación, trabajo, educación y todo lo necesario para el progreso de la especie en marcha, sin comprometer el estímulo personal y la libertad. Deben destacarse, además, sus esfuerzos en favor de los problemas de la alta enseñanza, problemas liceales y de la instrucción primaria, sus profundos estudios sobre el feminismo preconizando la dignificación de la mujer con derechos y facultades que no agraven sus ya pesadas cargas naturales, sus proyectos de carácter jurídico y, en fin, su permanente, fecunda y elevada docencia en la Cátedra de Conferencias de la Universidad. Sus obras más importantes editadas hasta el presente son: "Curso expositivo de psicología elemental" (1897), "Apuntes de lógica elemental" (1899); "Ideas y Observaciones" (1905); "Los problemas de la libertad" (1907), "Moral para intelectuales" (1908); "El pragmatismo" (1908); "Conocimiento y Acción" (1908), "Lógica viva" (1910); "Sobre la propiedad de la tierra" (1918); "Lecciones sobre pedagogía" (1918); "Estudios pedagógicos" (1921-1922); "Sobre los problemas sociales" (1922); "Sobre feminismo" (1933); "Fermentario" (1938) reimpreso en 1940; "La actual crisis del mundo desde el punto de vista racional" (1940) y "Trascendentalizaciones matemáticas ilegítimas" (1940).

PREFACIO

"Por inusitado que sea, este modo de publicar me parece más natural y más modesto que el libro propiamente dicho, para una parte considerable de lo que pensamos. Ya que una necesidad, hecha en parte de vanidad y en parte de sentimientos más nobles, nos obliga a escribir, reservemos la forma del libro para aquellos sistemas de ideas que acaben por tomarla espontánea y naturalmente. Para el resto, esta otra forma es la mejor: así podemos ser más verdaderos y más sinceros; evitamos menos difícilmente el peligro de forzar la afirmación y de simetrizar por la violencia, y conservamos la libertad de dudar, de ignorar, de completarnos y de corregirnos".

Con la anterior nota explicativa apareció hace ya tiempo el primer fascículo de una publicación mía que tenía cierto carácter especial. Más tarde, en una de las tentativas que hice para continuarla, escribí una introducción de la cual los siguientes pasajes explican cuál era entonces mi pensamiento, tendiente a que cada escritor mantuviera en lo posible una publicación permanente de aquel carácter:

"En la forma material de libros propiamente dichos, deben publicarse sólo los que verdaderamente, en su espíritu, sean libros; esto es: los que espontá-

neamente nazcan ordenados, conexos, completos, o, sin violencia ni artificio, acaben por tomar esa forma. Para el resto cada autor podría publicar, además, *una especie de revista personal permanente, por fascículos o números...*

En eso habría sin duda ventajas (e inconvenientes, pero no demasiado serios) para el público y también para el mismo escritor.

Los hábitos literarios actuales mantienen un dilema en verdad violento y absurdo. Con cada cosa que se piensa hay que hacer un libro (o algo concluído y de ciertas dimensiones: folleto, artículo...) (o buscarle colocación en algún libro): o, si no, no hacer nada: escribir sobre eso.

Mi sistema de publicación, dando a nuestras ideas y observaciones esa tan natural oportunidad de expresarse, evita que algunas se alarguen y artificialicen y que otras se pierdan.

Tendencia, así, a evitar la concluído artificialmente, lo forzado, lo simetrizado: los rellenos (el alargamiento inútil, a veces hasta es debido sólo a la costumbre, o a la sugestión de las dimensiones habituales de los libros) y la publicación de muchas cosas que se escriben o se publican para formar libro con las que espontáneamente nacieron. (Nótese bien que el sistema actual tiende, por un lado, a estimular la producción o la publicación de muchas de esas cosas secundarias o forzadas, mientras, por otro lado, sustrae a la publicación muchísimas de más valor, que el mío no dejaría perder).

Y no necesidad de esperar, para comunicar un pensamiento, un proyecto, un estado de espíritu, a que hayamos podido pensarlo del todo, dominarlo en todas sus proyecciones, y, todavía, emprender y aca-

bar el trabajo penoso, y, en una vida, no muchas veces posible, de composición y publicación. Digo no necesidad: *que madure todo lo que pueda madurar; pero que no sea* forzoso *reservarlo entre tanto. De nuestros pensamientos, sólo unos pocos podrán eventualmente recibir una forma definitiva. Aun esos, mientras continuemos trabajándolos, anticiparlos a la colaboración. Y, de los otros, se formulan o se sugieren algunos que puedan tener valor, o por si tuvieran...*

Y no morirse con tantas cosas adentro...

También: ahí iría, expresado en lo posible, el psiqueo antes de la cristalización: más amorfo, pero más plástico y vivo y fermental. Otra vez hay que repetir: "no en lugar, sino además"*. El pensamiento, al cristalizar, puede ganar (claridad, justeza, cumplimiento, aplicación...) y puede perder (espontaneidad, sinceridad, vida e interés, fecundidad...); y, muchas veces, al mismo tiempo gana y pierde. Concluir que sería siempre preferible el fermento al producto elaborado, fuera exagerar y falsear. Pero en verdad lo preferible sería que el público conociera a veces el pensamiento en los dos estados (y hasta en varios estados "antes de la* letra"*, además del definitivo). De eso, se utiliza todo, o lo que sirva. Ahora bien: lo que sirva o valga más,* no siempre *será el producto final. Y, entre tanto, dentro de las costumbres literarias establecidas, sólo entramos en posesión de pensamiento en formación, por algún accidente, como el exterior que nos dejó los "pensamientos" de Pascal en lugar de cierto tratado demostrativo en que se hubieran convertido, o como el interior que obligó a Nietzsche a entregarnos tanta parte de su pensa-*

miento en estado de levadura viva y fecunda, en vez de su pobre vino agrio y fracasado. Otros accidentes hicieron llegar a nosotros lo que algunos hombres escribieron para sí mismos: Marco Aurelio, Amiel... Claro que lo nuestro no sería precisamente lo mismo (la intención de publicar determinará frecuentemente preparación para publicar); pero siempre sería muy bueno; y, con la educación de los autores, cada vez mejor.

Y podrían ir ahí muchas otras clases de cosas que ordinariamente no se pueden publicar: ideas de estudios que no sabemos si podremos emprender o concluir; planes para trabajos y experiencias; resúmenes de conferencias o lecciones que hemos dado y no se recogieron (sin perjuicio, naturalmente, de poderse publicar ahí mismo estudios y trabajos concluídos), etc....

Y no morirse tantos con cosas adentro...

Otras manifestaciones de lo que un hombre necesita o puede escribir, tendrían en esa publicación personal un lugar más natural que en los libros propiamente dichos.

Desde luego, precisamente lo personal. Cada escritor ha de hablar en ciertos casos y en cierta medida de sí mismo; ya aunque sólo fuera por necesidades de verdad y de defensa: para establecer y explicar sus actos y carácter; corregir inexactitudes, justificarse... No hay que hacer recordar que lo personal puede y suele ser atractivo: el libro autobiográfico es con bastante frecuencia el más interesante o simpático entre los de un autor; y no es raro que sea el más profundo...; pero ni todos lo escriben, ni todos pueden, o deben, escribirlo. Además, esta

otra forma de publicación puede dar más facilidad y más oportunidad a lo personal. En todo caso, es como su lugar natural; y también le da una salida natural, lo que conviene (pues, así, franco y humano, no es malo: larvado y rentré *es como tiende a corromperse lo personal, y a dañar todo).*

Otra utilidad: para la polémica. ¡Cuántas veces la inclusión de ella en los libros (desde el principio o en ediciones posteriores) les altera las proporciones y les desequilibra la composición! Entre tanto, esa necesidad, que origina y prolonga las discusiones, de precisar, de aclarar, de establecer bien y de defender lo que se cree verdadero o bueno, es muy humana, y no sólo de vanidad. Sin perjuicio, entonces, de que alguna parte de la polémica pueda entrar en los libros, otra parte de ella tendrá en esa publicación personal su sitio y oportunidades más naturales. Con la ventaja aun mayor de que así se puede siempre complementar, modificar, corregir...

Y muchos, muchos otros casos de conveniencia:

En un discurso, en una lección, en un informe administrativo, en un alegato o sentencia, en un artículo de diario, le salió a alguno tal idea original, tal apreciación u observación interesante o útil, que le parece digna de más publicidad. Hoy, tendría que optar entre publicar el trabajo entero o dejar perder aquel detalle. Pues pondría el fragmento, breve, concreto, en su publicación personal (y, aunque algunos pusieran el trabajo entero, siempre se prevendría más de una "recopilación"...).

Proyectos concretos que pueden ocurrírsele a un hombre que piensa, observa y siente, aun en lo que no sea de su especialidad: una reforma en una institución, en la legislación de algo; en una máquina o

en un utensilio; en un detalle cualquiera de la industria, de las costumbres, de la vida práctica. . Alguna observación científica de un artista; una buena poesía, u opiniones literarias de un hombre de ciencia; o cualquier cosa buena de cualquiera: un dibujo, una melodía...

Hasta (muy importante) cosas de otros: observaciones, ideas, proyectos ajenos que los escritores podemos comunicar, haciendo más aprovechable la experiencia, el buen sentido, la inteligencia, el gusto de las personas que no escriben...

(Estoy viendo el peligro...: y, también, imaginando las críticas: "Con la idea de concentrar la producción y prevenir su superabundancia, se propone un procedimiento que permitirá a cada uno escribir todo lo que se le ocurra, sin la limitación selectiva que el plan y la necesidad de acabamiento y de forma automáticamente imponen, y hasta lo que se les ocurra a todos sus amigos.. ". Se puede seguir, más o menos ingeniosamente... Pero, pensando serio y concreto, se prevé que los males serían mucho menores que los bienes).

(Y, también, tratándose de esa clase de publicaciones, resultaría más fácil o más breve reconocer cuándo hay que leer y cuándo hay que no leer: para el público, así, más fácil la defensa...).

Notas tomadas en nuestras lecturas, breves, sintéticas, sin necesidad de hacer "artículos críticos", y libros con ellos...

. Hechos, materiales o psicológicos, que hemos observado, o que conocemos, y que merecen ser reseñados o descriptos...

Hay otro aspecto: la relación de esa publicación con los libros propios:

Por ejemplo: permite ampliar los libros ya publicados, explicarlos, corregirlos, aunque no se puedan hacer nuevas ediciones, o sin esperar a ellas.

Cuando a uno lo interpretan o lo resumen mal, o lo clasifican: —"No: quise decir esto; pienso esto; soy esto, o pretendo ser. . .".

Muy interesante: ahí podría publicar cada autor pasajes elegidos, extractos o resúmenes de sus mismos libros impresos. Lo que en algún caso resultaría mejor o más claro que el libro; o, por lo menos, respondería a esa habitual pregunta: "pero, en resumen: ¿qué es ese libro, qué sostiene, qué quiere?", de tantos que no lo han (o que lo han) leído. Entonces, los que quieren, van a buscar el libro; los otros, no, con conocimiento de causa.

Y uno mismo se hace sus "trozos selectos", su "ideario". Son trabajos que hacen los demás, pero en que es justo que también *uno colabore. . .*

Y esa publicación sería la que se buscaría para darse cuenta de quién es el autor. Y la que el autor remitiría para que lo conocieran.

Y todo eso no sería "réclame", sino algo bien razonable y honrado.

Otro aspecto todavía: el efecto sobre los mismos autores. Mantener su espíritu a la vez más ágil y más sincero. Excelente gimnasia, intelectual y moral, *ese trabajo continuo de aclaración, de corrección y rectificación en su caso.*

Efecto análogo de la costumbre de escribir las dudas; los modos de no entender (en lo que se pueda).

En cuanto a la no necesidad de "forma", produci-

ría bien y mal: según los casos; según los temperamentos. No se aprecia con seguridad qué predominaría; pero creo que el bien (porque, pudiéndose publicar y escribir de los dos modos, habría tendencia a elegir el más adecuado para cada caso y para cada temperamento. No se olvide que no se trata de elegir entre los dos modos de publicar, sino de elegir entre disponer de uno solo, como hoy, o disponer de los dos.

Y, si se quiere reflexionar bien en esta última observación y en todo su alcance, y si se quiere todavía imaginar bien cuánto más gustaríamos y utilizaríamos hoy la producción de los escritores anteriores, y no sólo de los geniales, si nos la hubieran dejado así completada . . . .

El primer fascículo inicial a que me he referido apareció en enero de 1908 [1]), y su forma de publicación ejerció alguna influencia(plan ideológico o material de algunas publicaciones nuestras o españolas posteriores); pero sin que se haya realizado propiamente mi idea. (En verdad, aquel mismo fascículo sólo la realizaba plenamente en cuanto a su forma material, pues, en espíritu, se resentía en parte de cierta artificiosidad literaria). Después, en varias

1) Sumario "Conocimiento y acción. En los márgenes de *L'Expérience Religieuse* de W. James. Sobre el carácter. Un paralogismo de actualidad. Psicogramas Un libro futuro. Reacciones. Ciencia y Metafísica".

No tenía título, porque la idea era que esa publicación de cada uno se denominara con el nombre de su autor. Pero aparecieron inconvenientes de librería. Por eso mismo doy a esta obra un nombre con que me había acostumbrado a pensarla.

épocas he procurado continuar aquella publicación. Pero la vida no me dejó.

La vida no me dejó. Y no sólo por razones económicas. Las de esta clase, que naturalmente serán ya en los casos comunes las que más obstaculicen la generalización de publicaciones como la que yo intenté, fueron, en mi caso personal, especialmente duras y graves. Pero, aunque limitada y difícilmente, algo de lo que proyectaba hubiera podido realizar si no hubieran actuado causas más hondas. Lo intelectual ha sido en mi vida, y por mi temperamento, para mí secundario. Fueron lo principal, ante todo, los afectos concretos: la familia, los seres queridos. Y no sé cómo, habiendo sentido tanto por ellos, y luchado tanto para ellos, hasta ejerciendo una profesión para mí no vocacional, me han podido quedar energías para algo más. Y después, todavía, en el ejercicio de la enseñanza, y en los cargos públicos que en ella desempeñé, todas mis aspiraciones intelectuales fueron dominadas, y, para lo especulativo, casi esterilizadas, por el fervor de educar, de hacer bien y de impedir mal (complicado ello todavía, y, en cuanto a la eficacia, bien dificultado, por la inflexibilidad en el mantenimiento de pureza moral rigurosa en la vida individual y cívica). Así como no puedo concebir que alguien haya sufrido más que yo, por ejemplo, por la enfermedad de un ser querido, tampoco puedo creer que a alguien haya amargado tanto el fracaso de un proyecto fecundo o de una intención benéfica. Y cuando unos buenos amigos y ex-discípulos, con el propósito generoso de hacerme posible la producción, obtuvieron para mí la creación de una cátedra de conferencias, se me exacerbó todavía aquel

propósito de educar y hacer bien: me impuse, y resistí, el esfuerzo de dar una conferencia, o más de una, cada semana, sobre temas siempre nuevos, soportando solo por mucho tiempo el peso total de la enseñanza superior (no profesional) de mi país: tratando toda clase de temas (apresuradamente, imperfectamente, como tenemos que actuar en estos medios: pero, si los que lo hacen sin darse cuenta de ello pueden ser grotescos, los que lo comprenden y reconocen pueden ser héroes). Y cuando, después de tantos años, una enfermedad que pareció final me obligó a jubilarme, y después, vuelto inesperadamente de ella, hubiera podido consagrar los últimos a trabajo intelectual propiamente dicho, preferí solicitar mi cargo de nuevo, y seguir...

De la parte de mis conferencias que se tomó taquigráficamente (casi todas por la colaboración cariñosa de una hija), tengo muchas decenas de volúmenes inéditos, que nunca podré revisar para su publicación (porque he de seguir preparando siempre conferencias nuevas), y que tampoco tendría medios materiales para publicar. En cuanto a los verdaderos libros que concebí, no podré publicar ninguno: ni siquiera concluir alguno como, por ejemplo, el relativo a los problemas de la libertad y del determinismo, en que, hace treinta años, hice distinciones aún hoy nuevas y aclaré confusiones que todavía persisten en el pensamiento filosófico Ni esto es vanidad, ni, si viviera otra vez, haría otra cosa que volver a dar lo principal de mi vida pública a la educación científica, moral y cívica de la juventud. Pero, para salvar algo, y una vez que esta publicación ya no será posible tal como yo la concebía —ni, escrita retrospectivamente, tendría sentido—, intentaré, por

lo menos, publicar algunos volúmenes supletorios: los primeros, con cosas antiguas: reproducciones, fragmentos o resúmenes de antiguas lecciones o conferencias; y, en los que puedan seguir, fragmentos o resúmenes de conferencias más recientes, planes o ideas para libros, corrección de los publicados; proyectos, actuación; —y, resumido en lo posible, un ideario que pueda contener algo de mis pensamientos y sentimientos actuales sobre las cuestiones especulativas y prácticas.

Así, pues, de este volumen inicial, casi todo es antiguo [1]), y no todo ya mío. Hay muchos pasajes cuyos ejemplos se refieren a estados científicos o sociales pasados, lo que el lector habrá de tener en cuenta. Pero la dirección general de pensamiento y sentimiento es la que mi espíritu siguió, y hay que publicar así parte de lo antiguo. Después, no sé cuanto me quedará de tiempo y de salud para el trabajo de corregir, completar y poner al día, que me propongo intentar.

CARLOS VAZ FERREIRA.

Montevideo, abril de 1938

1) Con el signo * van señalados los pasajes de la publicación inicial de 1908 que no entraron en libros posteriores.

* SOBRE EL "CARACTER"

Si por *carácter* hemos de entender la subordinación rigurosa y habitual de los actos a lo que se cree bueno y deseable, dominando a cualquier otro móvil menos noble, es indudable que los hombres, cuando no se engañan tomando por carácter diversas formas de la violencia, de la obstinación, de la declamación o de la osadía, sólo reconocen el carácter cuando se presenta unido a una inteligencia estrecha, combinación relativamente común, que da el tipo vulgar de hombre enérgico.

En los casos, raros, por lo demás, en que el carácter tal como lo hemos definido está combinado con una inteligencia amplia y con una afectividad rica y delicada, se necesitaría un examen menos superficial que el de las masas para reconocerlo. Tarea interesante, digna de un buen psicólogo concreto, la de describir la psicología y la moral de este noble tipo de hombres. Como no adaptan su conducta a fórmulas exageradas o simplistas, como saben distinguir y graduar, su acción parece vacilante e inconsecuente ante el examen grosero, porque no puede formularse con un *esquema verbal:* "opositor al gobierno", "amigo de sus amigos", "hombre que cumple la ley sean cuales sean las consecuencias", etc., etc.; sin contar los efectos de la duda real, e indispensable, se-

llo de la verdadera superioridad. A estos hombres selectos le está negada la "satisfacción del deber cumplido", en el sentido en que la describen ciertas ficciones optimistas, a saber, como una alegría positiva: ésta la sienten, en todo caso, los *cumplidores de deberes* de espíritu limitado; no los más comprensivos, en quienes la perturban habitualmente la misma duda, y la compasión —y el remordimiento, *que ellos sienten con más frecuencia que nadie.*

Si se estudia la acción de los hombres por la huella que deja, como en el método gráfico, — el *trazado* de la conducta del hombre de carácter de tipo superior no es una línea rígida, como la de un mecanismo: acusa, sin perjuicio de la dirección general firme, por una vibración constante la duda, y, por inflexiones, la piedad.

HOMBRES DE PENSAMIENTO Y HOMBRES DE ACCION

Suele hablarse de hombres de pensamiento y de hombres de acción como en antítesis.

Más que antítesis, es clase y grado. Los hombres de pensamiento son también hombres de acción, sólo que son de mucha más acción.

Si esto no se entiende es porque esa acción obra de otro modo.

Un pedazo de radio contiene mucha más energía que un pedazo de carbón. Sólo que no da esa energía echándolo al fogón de una locomotora o de una cocina: la da de otro modo.

(Naturalmente, hay hombres de pensamiento cuya acción es mala: pero porque era malo su pensamiento. También hay hombres de acción cuya acción es mala; y son bastantes; y son los que hacen más daño...).

PRAGMATISMO DE LA SINCERIDAD

Creer saber sólo lo que se sabe; dudar de lo dudoso; saber que no se sabe, o que se sabe mal en su caso, etc. (sinceros hasta con nuestros ideales y hasta con nuestras esperanzas), no sólo es lo más verdadero —en verdad subjetiva: en sinceridad interior— y no sólo es lo más limpio y puro, sino que es pragmáticamente lo mejor (a pesar de cierta aparente lógica). Hay que ahondar psicológicamente para explicarse por qué esos hombres tienden a ser más buenos y más morales de hecho, aun sin el temor, aun sin la esperanza concreta...

Es que, libres, la razón y la afectividad se conservan más sensibles: crece, en lugar de embotarse, su sensibilidad, desde luego para la verdad, que ya comprende justicia y bondad, y directamente para la bondad misma. La libertad de todas las funciones espirituales es la que mantiene su sensibilidad. Y creo —*creo*— que esto ha de ser lo mejor hasta para las posibilidades trascendentes de perfeccionamiento o salvación.

(Y si no lo fuera, yo no podría comprar posibilidades trascendentes por ese precio...).

PRINCIPIOS

"Principios" parece opuesto a lo práctico. Y la oposición, muchas veces, es real (y hasta el contraste da efectos cómicos, como en aquel médico que prefería salvar principios a salvar enfermos...).

Entre tanto, el signo esencial de la elevación de pensamiento es tener en cuenta principios, y sacrificar a ellos éxito, resultados inmediatos o aparentes, etc.

Hay, pues algo que aclarar ahí.

Y es que hay principios *convertibles* y principios *inconvertibles*. Principios en el buen sentido, son los convertibles.

Principios son pensamiento a crédito.

Son formulaciones que condensan experiencia, que condensan previsión comprendiendo resultados poco visibles, resultados remotos, y sobre todo ese conjunto de efectos que son imprevisibles en su determinación concreta pero cuyo *signo* y cuyo valor se pueden prever por una especie de anticipación racionalizable o intuitiva.

Entonces son principios convertibles. Esos "principios" a cuya persistencia (*"pereat..."*) *sacrificaban* las almas heroicas los resultados inmediatos y el éxito aparente.

La "justicia", la "libertad", son principios conver-

tibles. Aun en los casos en que las consecuencias de más fácil observación o las consecuencias a más breve plazo, las consecuencias a crédito más corto, presenten un balance desfavorable a esos principios, el balance es favorable si se hacen entrar el crédito largo y el crédito imprevisible.

Y aun cuando la previsión no pueda hacerse concreta en sus detalles, se pueden explicar las consecuencias, p. ej., de lo justo y de lo injusto, de manera que pueda percibirse, aunque sea con intuición de experiencia, que lo que se opone en estos casos, no son formulaciones verbales o estados de conciencia vagos a consecuencias prácticas, sino más y mejores consecuencias prácticas a menos y peores.

También la moral entera como disciplina normativa es un conjunto de principios; y la moral bien hecha ha de ser un conjunto de principios convertibles: efecto remoto y general de los actos "buenos" y "malos".

Y así como el crédito es lo más provechoso o lo más dañoso en lo económico según las posibilidades de conversión, así tambien el pensar por principios es lo más fecundo o lo más vano del pensamiento según que se trate de principios convertibles o inconvertibles.

Ahora, los principios son inconvertibles o por falsos o por no concretables: la moneda ilegítima del pensamiento es de mala ley o por falsedad o por vaguedad

Nota, a propósito de los principios morales: La dificultad máxima que ofrece el establecimiento de la moral es la de dar forma a sus principios, porque para hacer de la moral una disciplina pragmática

(también para hacer de ella materia pedagógica), es necesario formar *clases de actos.*

Hay que preceptuar por clases de actos (verdad, mentira, caridad, justicia, tolerancia, etc.). Y como los casos particulares son tan distintos, si se hace la clasificación de actos con un cierto grado de generalidad, en las clases de "actos buenos" quedan comprendidos algunos malos (p. ej. una clase de actos como los de veracidad, admitiría excepciones habría casos, como algunos de piedad, en que la verdad no sería buena).

De aquí resulta una dificultad especialísima de la ciencia normativa moral, que es la de determinar el grado de generalidad que conviene dar a sus principios.

Una clasificación muy general, deja demasiadas excepciones. Si se trata de especializar más, siempre clasificando, caemos en la casuística, con toda su inferioridad hasta pragmática. Y si se quiere, entonces, prescindir de toda clasificación, y fundar una moral sólo por el fin buscado, caemos en otra forma de disolución de la moral que es la justificación de todos los medios por sus fines.

Así, la moral pragmática y pedagogica es una especie de ciencia en grueso, de ciencia de promedio y de predominancia, sea que se la base en mandamientos o en preceptos trascendentes, sea que se pretenda basarla más científicamente en la relación natural de ciertas clases de actos con ciertas clases de consecuencias.

Yo nunca he podido teóricamente resolver de manera bien satisfactoria esto; pero tiendo a resolverlo —o en todo caso a conformarme —por esta vía: Que la dificultad es sólo pedagógica (para reducir a

fórmulas la moral, y para enseñarla); pero que, en sí mismo, el problema *se disuelve* al perfeccionarse en cada uno la moral individual.

El perfeccionamiento del individuo concreto no lo lleva a la casuística, preceptiva pulverizada. No: A lo que se llega por el perfeccionamiento moral, es al sentimiento *de cada acto,* y al juicio de cada acto; pero, éste, con criterio completo, o sea teniendo en cuenta (para lo cual se necesita una complementación por intuición de experiencia) no solamente los resultados inmediatos visibles o fácilmente previsibles o previsibles concretamente, sino todos los resultados.

Quiero decir lo siguiente:

Los "utilitaristas empíricos" aconsejaban examinar *cada acto* teniendo en cuenta las consecuencias favorables o no, p. ej., para el placer o para la utilidad. Una moral "científica", "como la de Spencer, combatió esa consideración de actos en particular, y vino a preconizar principios, o sea la división de actos en *clases* tales que los actos de determinadas clases deban traer como consecuencia p. ej. el aumento en el bienestar de los hombres, y el progreso, en tanto que los actos de otras determinadas clases deben traer como consecuencia natural, aunque no aparezca como previsible en cada caso, la disminución del placer y la obstaculización del progreso: Los actos de las primeras clases serán los "buenos"; los de las segundas, los "malos".

Pero aun en esa forma científica en que se quiere precisar la moral, tropezamos con aquella dificultad: ¿Qué es un acto? O mejor dicho: ¿Con qué grado de generalidad debemos establecer las clases de actos?

Si se da mucha generalidad, es muy grande el número de excepciones.

Si se va disminuyendo la generalidad, caemos en la casuística sin resolver por eso el problema.

En realidad, esos principios, que en moral son clasificaciones de actos, sirven de auxiliar indispensable para la enseñanza de la moral y para su influencia pragmática, y también para el ejercicio de la moral individual, mientras el análisis hondo que se hace a la vez con la razón y con el sentimiento no nos ha hecho sobrepasarlos.

Cuando los sobrepasamos, se llega, sin duda, a la apreciación de *cada* acto (o sentimientos, etc.) (cada uno es distinto, nuevo y único). Pero esa apreciación de cada acto no se hace con el criterio estrecho de los empíricos, sino con un criterio completo: no solamente a base de las consecuencias previsibles directamente en ese caso, sino comprendiendo todas las consecuencias imprevisibles en especie concreta, pero previsibles en valor y en dirección (signo moral), para lo cual se necesitan intuición de experiencia y sentimiento. Y entonces lo que ocurre es que la moral en ese estado superiorizado no puede ya formularse *ad docendum,* ni trasmitirse con eficacia pragmática; pero cuando en un espíritu se disuelven *de esa manera* los principios, es, teóricamente, porque los sobrepasó, y, prácticamente, porque ya no los necesita.



IDEAL DE EXCITACION E IDEAL DE SATISFACCION

En lo social, en lo humano, es fundamental la personalidad, y lo conexo. individualidades; lucha, con victorias y caídas; esfuerzo, excitación. La humanidad se humanizó y se hiperhumaniza por excitación: el progreso se hace castigando la especie.

Ahora, eso es demasiado doloroso, duro; y, además, no se sabe si responde a una realidad final.

Entonces viene el otro ideal, el ideal de satisfacción: asegurar algo, no dejar caer demasiado, igualar hasta un cierto grado: un mínimum de igualdad, de seguridad y de felicidad. En ese carácter y grado, como complementario del otro, ese ideal es tan legítimo como indispensable; pero nunca hay que olvidar que no es el único. (Suele ser lo que se olvida en "socialismo").

FALSAS ANTITESIS EN LO MORAL

Para una creencia corriente, entre pensamiento y sentimiento hay antítesis o incompatibilidad psicológica. Nada más inexacto: de hecho, psicológicamente, no existe tal antítesis. Existen personas en que el pensamiento es más fuerte que el sentimiento y personas en que el sentimiento es más fuerte que el pensamiento; personas en que uno y otro son débiles; personas en que uno y otro son fuertes. Pero el hecho real en psicología y en vida bien observadas es que la razón que se tenga tiende a reforzar y no a disminuir el sentimiento que se tenga.

Hay otra antítesis para la opinión corriente, o sea la antítesis entre pensamiento y acción. Esta tiene una base de psicología de hecho; pero muy mal interpretada. En el caso anterior, no es cierto que el pensamiento tienda nunca a disminuir el sentimiento. En este otro caso, es, sí, cierto que en determinadas condiciones o casos el pensamiento tiende a inhibir acción, pero generalmente a inhibir acción mala o desarreglada; de manera que si bien el pensamiento tiende a disminuir la suma total de acción, a disminuir la acción en bruto, tiende a aumentar la acción buena.

Ahora, eso sí: es muy fácil declamar contra la ra-

zón, porque se cuenta con ella, consciente o inconscientemente.

Se confía en ella, en su "milagro continuo": Así como, según ciertos teólogos, Dios realizaría un milagro continuo, manteniendo el mundo, volviéndolo a crear en cierto sentido en cada momento, la razón realiza positivamente un milagro análogo en el mundo moral y social. En cuanto cediera, en cuanto la razón se aflojara, se desencadenaría la acción mala y desarreglada. Pero se siente que no va a ceder y se cuenta con ella.

En verdad, la relación de la razón con la acción (buena) y con la misma bondad, es como la del radio a sus emanaciones: una gran condensación que permite dar una energía desproporcionada, en emisión prácticamente continua.

Y nuestro espíritu instintivamente lo siente. ¿Por qué hiere tanto a todas las almas bien hechas la injusticia? Porque la injusticia, además del elemento sufrimiento o dolor, contiene otro elemento racional, un aspecto de lógica vulnerada.

CIERTA INGENUIDAD DEL MAL

Los libros "morales", de intención más o menos pedagógica o pragmática, son a menudo ingenuos. Eso, todos lo sienten y lo entienden. Pero los libros, y en general el arte, que se relaciona con el mal, con el vicio, con el pecado; en la misma vida, también, lo que se relaciona con el mal y con el vicio, suele ser tan ingenuo, a veces más ingenuo todavía. Sólo que, eso, casi nadie lo siente. Está al alcance de cualquiera la sensación de ingenuidad de los libros moralizantes, pedagógicos y optimistas; pero no hay sensación más difícil que la de percibir, supongamos, que los libros de un J. Lorrain son tan ingenuos como los de un Smiles. Un joven, por ejemplo, no tendrá esa sensación. Se la adquiere después, con la vida. Explicarla, no se puede.

CRISIS MORALES [1])

Comparando los hombres de pensamiento libre con los hombres de creencias fijas, parece a los superficiales que los primeros habrán de tender a ser menos morales, no sólo por carecer de fórmulas sino por el hecho de que pasan crisis, de que su desarrollo mental no es seguro y sereno: dudan, vacilan, sufren. A veces toda su vida es una crisis.

Pero si se sabe observar se nota que esas crisis son racionales y afectivas, pero no morales Que esas crisis, aunque parezcan comprometer los fundamentos racionales de la moral, no comprometen, en esa clase de hombres, la moralidad efectiva, la moralidad del acto. Más: que la excitan, y que la mejoran.

Los hombres de creencias fijas, que no tienen crisis, en la accion tienen más bien tendencia a valer menos: es así *de hecho,* —hecho de observación, aunque no todos sepan observarlo, porque se van por razonamientos, por teorías o por prédica.

Pero no sólo se observa eso, sino que tal vez se puede explicar: el mismo hecho de no tener crisis, de no experimentar dudas, dolor moral, acusa y prueba deficiencia de sensibilidad y ausencia de esfuerzo de auto-superación.

1) Para "Moral Viva".

MORALIZADORES [1])

Me refiero en mi "Moral para Intelectuales" a la relación entre la manera de moralizar y la conducta, comparando dos tipos de hombres a globos de los cuales unos subieran sin barquilla y otros con ella. El globo que sube sin barquilla —digo allí— subirá muy alto, sin que eso tenga valor ninguno, porque deja el peso en el suelo. Lo que tiene valor es subir todo lo que se pueda, levantando la carga; que la moral se eleve todo lo alto posible, levantando la conducta.

Pero eso es grueso. Habría que poder explicar lo mismo refiriéndonos, no ya a actos, sino a posibilidades. Es algo —por cierto más sutil para entenderlo— de una verdad psicológica profunda Ya en la manera de moralizar de ciertos hombres, se reconoce que sus propósitos, sus frases y sus discursos, lo que tal vez ellos mismos creen sus sentimientos, no se relacionan con *posibilidades de actos.* En tanto que hay otra manera de moralizar en que se siente que el que habla maneja una masa densa de posibilidades; tiene que luchar contra la resistencia de algo, que son las dificultades de la acción ya concebida e intuída.

1) Para "Moral Viva".

Cuando se ha vivido mucho se adquiere una especie de instinto que permite distinguir esas dos clases de moralizadores. Fuera de dicho instinto, no hay criterio intelectual, lógico; por más que suelen delatar a los espíritus del primer tipo la excesiva facilidad con que resuelven generalmente los problemas morales, y su afición demasiado exclusiva a los ideales muy sublimados y abstractos.

SOBRE CONCIENCIA MORAL [1]

Que el remordimiento no es inseparable de la inmoralidad, ni proporcional a la inmoralidad (de la persona o de sus actos), se ha observado y se ha escrito. Pero existen todavía otros errores y hasta ciertas mistificaciones a propósito de la conciencia moral. P. ej.: creer, o hacer creer, o hacerse creer, que la tranquilidad de conciencia existe naturalmente en los buenos, que es normal en ellos, y hasta que es como un criterio o medida de su superioridad moral. Aquí hay una mezcla de error y de mistificación; de esa mistificación pedagógica en que a veces es tan difícil discernir la parte de sinceridad y la parte de hipocresía (más o menos inconsciente).

Poder vivir con la conciencia tranquila, lejos de constituir criterio de superioridad moral, indica normalmente alguna inferioridad: ordinariamente, insensibilidad (salvo ciertos casos de gran simplicidad mental; en ese caso la inferioridad sería intelectual).

Y por más de una causa:

En primer lugar, la opción, tal como la presentan a nuestra actuación las circunstancias reales de la vida, es ordinariamente entre actos o reglas de conducta que contienen cada una algún mal. Sólo

1) Para "Moral Viva".

en excepcionales casos, de los de la vida real, se presenta la opción entre una conducta buena y una o varias conductas malas. En todo caso es muy frecuente que la opción sólo se nos presente entre actos que tienen todos algo de malo, y de los cuales, si puede decirse que uno es mejor que los otros, es sólo porque produce o contiene menor mal.

Entonces, aun en la vida del hombre más elevado y puro, hay mal realizado, daño causado, dolor producido. Y aunque lógicamente, intelectualmente, eso no debiera dar lugar al sufrimiento y menos a remordimiento, de hecho, en el hombre sensible, los produce.

Además, hay la duda moral. Aun suponiendo un hombre que hubiera resuelto todas las dificultades morales de su vida, diríamos, objetivamente bien, si su organización moral psicológica es elevada, tiene la duda: duda moral sobre el pasado, en el presente y para el futuro. Ahora bien: duda moral, es sufrimiento. Y es también intranquilidad de conciencia. Y la falta de duda moral, salvo una gran simplicidad mental, no es criterio de superioridad sino de inferioridad.

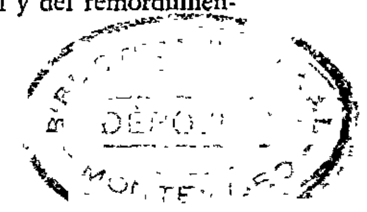
La ilusión puede producirse de afuera también, como sobre ciertos tipos históricos, en los cuales, sin embargo, aun suponiendo que hayan tenido la tranquilidad de conciencia que aparentan en las biografías o que los historiadores han supuesto en ellos, encontramos todavía, y hasta en los más altos, alguna insensibilidad o alguna deficiencia. Para ir lo más arriba posible: si Marco Aurelio, p. ej., tenía la tranquilidad de conciencia que resulta de sus Memorias, aun en él sentimos como una deficiencia, como una insensibilidad de alma en un hombre res-

ponsable p. ej. de las persecuciones y matanzas de cristianos. (La insensibilidad a que me refiero sería doble: insensibilidad al mal realmente hecho, e insensibilidad a los escrúpulos y a la duda moral).

Otro estado u otra actitud absurda en lo relativo a "conciencia moral" es el pretender *consolar* con lo de la tranquilidad de conciencia: consolar a un hombre en circunstancias particulares, o consolar en general al alma humana del mal, de la injusticia, del dolor. P. ej. un funcionario, un hombre de acción que ha realizado una obra buena y a quien se la destruyen, sufre: siente y sufre porque amaba esa obra, no por vanidad (o no tanto por vanidad), sino porque hacía bien. Entonces, pretender consolarlo con la tranquilidad de conciencia, sería tan absurdo como si a un padre que ha perdido un hijo se lo pretendiera consolar recordándole que hizo todo lo posible; que llamó médico a tiempo, prestó todos los cuidados, etc.

Es claro que más aun sufriría si no lo hubiese hecho; pero eso es lo único que tiene que ver con el dolor la "conciencia tranquila".

Y sobre esa base se organizan ciertas mistificaciones pedagógicas, más o menos bien intencionadas, pero de efectos en el fondo contraproducentes, aun desde el punto de vista pragmático. Es precisamente ése el aspecto antipático de cierta clase de libros que, al predicar la verdad y la justicia, aseguran la felicidad como un premio automático. (Inútil nombrar autores —que se sustituyen unos por otros; pero la tendencia es siempre la misma). Los que pueden escribir esa clase de libros, o son insensibles o fingen: o no sienten el dolor del mal inevitable, de la injusticia inevitable, de la duda moral y del remordimien-



to inevitables, o son hipócritas; o escriben con palabras.

Hay además, y sobre todo, en esos libros, como una falta de respeto al dolor, y a las víctimas de las injusticias de la naturaleza o de los hombres. Verdaderamente, si han podido ser escritos así esos libros para los cuales la tranquilidad de conciencia acompaña siempre al bien, y éste es premiado y recompensado, si han podido ser escritos (así, y no en el plano mucho más profundo en que eso vuelve a ser verdad, pero de otro modo), es porque sus autores no tienen bastante simpatía, ni bastante sentimiento del dolor humano; su estado mental prueba que no han sentido bastante ni el dolor de los que sufren injustamente ni el dolor de la injusticia misma y del mal. Los verdaderos libros moralizadores y buenos, tienen que haber sido escritos por quien sea capaz de sentir el dolor y la injusticia y su parcial inevitabilidad.

En cuanto a esas frases como "no tener más guía, más juez que su conciencia", y, con su aprobación, vivir satisfecho y feliz, no olvidemos que la conciencia se acostumbra; y si hay un tipo de hombres temibles en la vida son los que han conseguido al mismo tiempo amaestrar su conciencia y no tener más juez que su conciencia.

LO MISMO, MAS EXPLICADO

"Tranquilidad de conciencia"
"Satisfacción del deber cumplido"

He aquí —de entre otros— clisés de la prédica moral, y de la declamación, como de la pedagogía, que corresponden a cierto concepto generalizado —a veces claro, más habitualmente vago y sobre todo como implícito— de la moralidad de los hombres y de su conducta práctica.

Tal concepto es, en unos, cosa separada de la psicología real y de la bondad y moralidad reales (no tanto algo hipócrita, como algo separado).

Otros, predican aquellos estados sinceramente, y muchos hombres buenos creen realizarlos, con lo cual muestran que no saben observar (y se piensan inferiores a lo que son), porque, en verdad, la *tranquilidad* y la *satisfacción* morales, *cuando realmente existen,* no son signo de superioridad, sino más bien de inferioridad.

Es curioso que esto lo entiende cualquiera para la vida diaria. Si a un hombre se le enferma un hijo, y hace lo posible para salvarlo: le trae médico a tiempo, lo vela, lo cuida, y el hijo se le muere, nadie se atrevería a hablarle de su "satisfacción" por el deber cumplido. Y si él mismo hablara, sería más bien un monstruo.

Pero no se siente así para otros casos. Se piensa, por ejemplo, que en el hombre público que lucha por un proyecto y no puede realizarlo o realizarlo bien; que en el hombre público que lucha por evitar una guerra o cualquier otra calamidad y no lo consigue, y en todas las situaciones análogas que constituyen la normalidad de la vida, puede haber y debe haber, y sobre todo debe bastar, esa pretendida "satisfacción del deber cumplido".

Por ejemplo, el que desea —y propugna— el bien a realizar y no lo consigue, o no todo, tiene que sufrir por el bien no realizado, o por no poder realizar bastante.

No puede haber ahí, no ya satisfacción, que querría decir placer, sino siquiera ausencia de sufrimiento.

Ahora, si algunos pueden "contentarse con haber cumplido su deber", es porque no sienten bastante el deseo del bien real, del bien objetivo; el sufrimiento por el mal real, por el mal objetivo.

Y puede haber en ello mucho de vanidad, o demasiada satisfacción egoísta.

Variedad vana y ficticia de hombres, o estado vano y sin significación, el de ésos que dicen luchar por el bien "sin preocuparse de las consecuencias" y sin sufrir. Siempre, en el fondo, deficiencia de sentimiento, de deseo real del bien, de desesperación por el mal.

Y algo más: deficiencia revelada por el hecho de no haber sentido que tantas veces no triunfa el bien, o no bastante; y no sentir, de ello, hondo el dolor.

Es como los que pedagogizan, predican o declaman sobre el premio de los buenos, sobre la recompensa fatal de la virtud. Cuando no es simple psicología

farisaica, o (el mejor de los casos) simple automatismo de fórmulas verbales estereotipadas, eso revelaría que no han sentido bastante el dolor y la injusticia reales. De modo que si han podido llegar realmente a ese estado, si no se engañan sobre sí mismos, es porque les faltaba simpatía, amor o bondad. Rarísimas son las excepciones: almas de tan extraordinaria abnegación que la bondad les hace las veves de inocencia y de esperanza.

No confundir con los efectos pragmáticos: La fe en el éxito puede hacer luchar mejor en algún caso. Y, para temperamentos limitados, podrá ser indispensable. También habrá salvedad en cuanto a la acción a ejercer sobre esos espíritus limitados, o a la acción sobre los niños, en quienes hay que preparar indirectamente o por razonamiento la futura moral.

Pero, en sí mismo, aquel estado supone deficiencia. Y el hombre superior puede dar todo en la acción sin la esperanza irrazonada, y hasta sin esperanza: aunque dude intelectualmente del éxito.

Y, no sólo así vale más, sino que actúa mejor. Y aunque parezca ilógico, actúa más. Cyrano peleó con valor contra los cien hombres. Y aún con más valor peleó contra la Muerte.

Por lo demás, se actúa, se lucha, más y mejor, no tanto por el grado de esperanza, como por el grado de deseo: de deseo del bien real, y de dolor por el mal y por la injusticia reales.

En cuanto a "conciencia tranquila", como estado general, revela, salvo casos excepcionales, pobreza e inferioridad en la naturaleza moral.

Salvo deficiencia intelectual, la explicación casi no puede ser sino por algo de esto: desde luego porque

el sujeto no duda de sí mismo: suficiencia, orgullo... o estrechez, o dureza...

Y después, sobre todo: falta de dolor por el mal hecho.

Entiéndase que no me refiero —o no solamente— al mal que pudo no hacerse, sino al que inevitablemente hubo que hacer (como hubo que dejar de hacer bien) en la *elección* que supone cada problema moral; y, problemas, hay casi en cada situación de la vida.

Ese sujeto de la permanente tranquilidad de conciencia nunca se habrá planteado problemas morales.

No ha hecho esfuerzo, ese esfuerzo impotente para solucionarlo todo, que nos lleva lo más lejos posible en el intento de hacer bien con el menor mal. En casi toda situación, al optar, hay que hacer algún mal o dejar de hacer algún bien. Y la tranquilidad de conciencia, como estado permanente, habitual, revela insensibilidad para ello. Casi cualquier cuestión moral es de conflicto. Sólo los conflictos de justicia y bondad llenan la vida. Sin contar los otros conflictos especiales de justicia con deberes públicos, de justicia con agradecimiento, de justicia o deberes con afectos personales; sobre todo, la necesidad inevitable de hacer sufrir por justicia o por bien.

Así, el sujeto con verdadera vida moral, duda y sufre; su vida espiritual es conflictual.

Y en cuanto a ciertos hombres que "sólo dependen de su conciencia"; ¡ah!, ésos, pueden ser los más temibles, cuando esa conciencia es poco sensible o cuando se va embotando o amaestrando. Con cualesquiera otros hay esperanzas. Con ésos, ninguna.

Que no les importe, por ejemplo, el juicio de los otros: indiferencia a la estimación, a la aprobación,

a las mismas alabanzas... cuando ello es real, no es buen signo de superioridad, sino más bien de inferioridad.

La simpatía, el amor humano, nos hacen sensibles a la aprobación y a la simpatía de los otros.

El bueno quiere ser querido, y la desaprobación, como toda antipatía, le duele y debe hacerlo sufrir. Ser insensible a la aprobación y al cariño de los hombres, revela falta de ciertos sentimientos buenos en sí y eficaces para el bien.

Lo que hay que evitar —eso sí— para entender esto, es la confusión entre sufrir o no sufrir y el modo de actuar.

Lo malo, lo inferior, no es sufrir por el juicio injusto de los otros, sino modificar por eso la acción.

Es la *acción* del hombre superior, del hombre bueno la que no está subordinada a los juicios ajenos. Él *obra* en el sentido del bien, de su deber o de su amor, con independencia de los juicios; pero *los siente y los sufre.* Así actúa el bueno y superior, sufriendo por todo: Por el bien que no logra realizar objetivamente, por el bien que tiene que dejar de hacer, y aún por el mal que tiene que hacer al resolver los conflictos. Y también por la desaprobación y la falta de simpatía de los otros. Pero, todo ese sufrimiento, por una parte es condición de su bondad, y, así, de su acción buena. Por otra parte, de hecho, es estímulo (aunque en lógica puramente racional pudiera parecer lo contrario) para acrecer su acción en cantidad y calidad, para intensificarla y para mejorarla.

JUICIOS MORALES [1])

En nuestros juicios éticos relativos a las condiciones morales de los hombres, a su acción social o política, etc., debemos tener muy presente un hecho que, quienes juzgan, olvidan o no disciernen generalmente, lo que los hace doblemente injustos, en ciertos casos por falta de tolerancia y en otros casos por exceso de tolerancia.

Existe efectivamente como una creencia implícita en el sentido de que en cada situación de la vida hay una sola conducta buena, y totalmente buena, siendo malas las demás. Sobre esa base, implícitamente, se discute y se juzga si se procedió bien, o se procedió mal. Pero en realidad, completamente bien, sólo puede procederse en ciertos casos. En la vida de los hombres, privada o pública, en la vida administrativa o política, hay situaciones en que se ofrecen varias conductas de valores morales equivalentes, o que pueden ser tomados como equivalentes, y en las cuales la acción ha debido ser solamente una solución de elección. Entre tanto, en otras situaciones, la elección ha sido, ha podido ser, una sola y totalmente buena, y ha podido ser total o predominantemente mala. Bien: el error, no sólo lógico sino moral, a que me refiero,

1) Para "Moral Viva".

consiste en juzgar sin distinguir esos dos casos, lo cual lleva, como dijimos, a ser en ciertos casos demasiado intolerante o en otros demasiado tolerante, pues esa confusión, de que deriva una actitud tan corriente, no discierne esos casos de elección en que no hay inferioridad moral ni siquiera error en el verdadero sentido, de los otros en que la desviación de una línea de conducta recta, que era realmente una, se ha debido a móviles inferiores· en que la conducta ha sido verdaderamente inmoral o débil; confundiéndose unos y otros casos en una misma condenación. Y es así cómo tantos hombres, en sus juicios morales, cometen la doble falta de sancionar con más severidad que la debida, en ciertos casos, y al contrario de no sancionar con severidad bastante en otros.

Si quisiéramos poner aquí ejemplos, tanto de la vida privada de los hombres como de la vida política, presentaríamos fácilmente muchísimos de la primera clase; casos tales que, aun después de transcurridos los hechos, no se ve una solución claramente mejor entre las varias que se presentaban, y en que por consiguiente era forzoso y legítimo, o bien disculpable, obrar de alguna manera, bien intencionada, con ventajas e inconvenientes, que pudo ser o no aquélla que se eligió.

Y, por eso, cuando se dice (tan comúnmente) que "todos los hombres han cometido faltas o errores", se cae en esa falacia. No: hay muchísimos hombres que no han cometido faltas ni errores. Muchísimos hombres que han elegido en todos los casos soluciones que podían elegirse. Sólo que, como en muchos de esos casos no había ninguna perfectamente buena, co-

mo no había ninguna que contemplara todo, era necesario proceder de algún modo. Y así —una vez más— esa confusión lleva a los hombres a ser injustamente severos con otros hombres buenos, al mismo tiempo que tiende a aflojar la sanción de las acciones verdaderamente inmorales, verdaderamente deshonestas o viles.

"HOMBRES NECESARIOS" [1]

Se ha dicho: "Hay hombres útiles; no hay hombres necesarios". Y sobre esto hay confusión, y en cierto sentido un gran error.

Sí, si por "necesarios" se quisiera entender que sin ellos la tierra no seguiría girando o que se extinguiría la humanidad.

Pero que, sin tal hombre, algo empeora mucho, en un momento o en una situación dada, o deja de mejorar, suele ser completamente verdadero, y ni raro.

Y, en ese sentido, no se necesita ser un hombre excepcional para ser un hombre necesario. Todas las situaciones están llenas de hombres necesarios, o de vacíos en que el hombre necesario faltó.

Casi cualquiera fué hombre necesario en cierto momento para alguna cosa.

P. ej.: cuando yo tenía autoridad en Instrucción Pública de este país, y por ello ocasión de impedir ciertos absurdos o males, solía pensar: ¿qué hubiera sucedido sin mí? ¿qué hubiera sucedido si yo no discuto la cuestión, si no les hago ver que lo que querían hacer era absurdo o era malo...? Pero reprimía esta tendencia de pensamiento, creyendo que era una ilusión; y me decía: "No hay hombres necesarios.

1) Para "Moral Viva".

Una cosa tan absurda, no se hubiera hecho; no sé cómo, pero alguien la hubiera impedido".

Después me quitaron la autoridad, y cosas de aquel género, algunas de aquellas mismas, sucedieron. Nadie las impidió.

P. ej.: En la Enseñanza Secundaria existía en nuestro país la institución de los exámenes por asignaturas. Ésa era cosa mala, pero relativamente tolerable porque en aquella época no pasaban los exámenes de tres o cuatro, cinco a lo más, por año. Pero sancionan una nueva ley tal que la enseñanza general, en lugar de estar comprendida en seis años, quedaba estrechada en cuatro. Por lo cual yo introduje una serie de procedimientos de contralor de escolaridad para evitar el absurdo, el crimen de que se obligara a nuestros niños a dar diez exámenes por año. Entonces pensaba que, de no estar yo, otro hubiera impedido el régimen absurdo e inhumano. Pero en cuanto yo dejé de estar, lo instituyeron: hubo así un período en que se obligó a nuestros niños a dar diez o más exámenes por año, y muchos quedaron inutilizados mentalmente; otros se enfermaron; algunos murieron.

Otro caso: cuando yo estaba en la Instrucción Primaria, observé que se había introducido en las escuelas la práctica de retener a los alumnos muchos años en la misma clase, generalmente por el error de juzgar las escuelas por el adelanto de las clases en lugar de juzgarlas directamente por el adelanto de los niños. Es claro que presentando como alumnos de cada año a los que habían estado tres o cuatro en el mismo, las clases obtenían una clasificación más alta, y la escuela en estas condiciones parecía mejor, muchas veces al mismo que la organizaba.

Resultaba de aquí un absurdo (de funestas consecuencias prácticas). El Estado obligaba a los padres a mandar a sus hijos a la escuela, y ésta, después de retener a un niño tres o cuatro años, lo dejaba ir sin que hubiera hecho otra cosa que repasar durante todo ese tiempo el programa de primer año; esto es, sin saber prácticamente nada.

Cuando perdí el mando en Instrucción Primaria, yo tenía confianza en que aquel horror no podía volver: en que alguien lo reprimiría, como yo lo había reprimido. Pero en cuanto salí se volvió a establecer aquello, y allí quedó.

Ahora bien: cualquier hombre, el más modesto, encuentra, en la historia de su actuación, hechos de ese género, que muestran que en cierto sentido —es sin duda si se quiere una cuestión de palabras, pero una cuestión de palabras que conviene comprender bien, porque tiene alcance práctico— que en cierto sentido casi todos los hombres podemos ser "necesarios". Sin duda, lo repito, porque dejemos de esforzarnos al máximum, no se parará la tierra ni la raza se extinguirá; pero todos somos necesarios para que no ocurra algún mal grande o pequeño, para que algo ocurra un poco mejor que como ocurriría sin nuestra atención, sin nuestros esfuerzos mayores y sin nuestra fe en la necesidad de ellos.

SOBRE LA HISTORIA

Lo relativamente superior que está en la historia, que pudo entrar y que quedó en la historia, no es lo más elevado que dió la humanidad en las almas, sino lo que pudo realizarse, y realizarse bien visiblemente, y engranar fácilmente con los efectos visibles, y ser descriptible.

Éste es uno de los aspectos tristes de la historia. Y hay tantos otros...

No sólo no queda lo mejor de los actos, sino que sólo quedan actos: no sentimientos...

Y sobre todo la historia tiende a eliminar a los hombres que sienten todos los sentimientos, todos los ideales, y cuya acción entonces es menos simétrica y menos descriptible, aunque más intensa y buena.

En cambio, la historia tiende a agrandar a los hombres de ideal y de acción unilateral, y a los hombres segundos que llegan a la hora del éxito preparado.

ILUSIONES DE LA OPINION Y DE LA HISTORIA

Ni la reputación —sanción de opinión— ni la historia, registran y valoran lo que dejó de hacer el hombre: los errores, insensateces, crímenes, faltas, que inhibió.

Ahora bien: los actos que se cometieron, pueden seguirse en todas las consecuencias. La historia registra y valora males, a veces espantosos, que por haberse realizado ciertos actos se pudieron apreciar y medir. Pero si aquellos actos no se hubieran cometido, ni la reputación ni la historia harían adivinar ni que pudieron cometerse ni sus efectos fatales. Todo el mal que contenían en potencia, no se puede apreciar. De que Lavalle en un mal momento fusilara a Dorrego, p. ej., resultaron males espantosos que entenebrecieron durante muchos años la historia de un país. Si no lo hubiera hecho, todos esos males no hubieran podido preverse: tal vez ni la posibilidad del acto mismo, en el caso de que hubiera sido inhibido.

Y bien: de aquí resulta que ni la opinión ni la historia registran ni valoran mucho de lo mejor de los hombres mejores, que está en todo lo que en sí mismos contuvieron o reprimieron, en todos los impulsos que dominaron, en todos los errores, faltas, a veces crímenes, que fueron capaces de no cometer.

OTRA ILUSION DE CASI TODOS (HISTORIADORES Y HOMBRES)

Se siente la gran importancia de ciertos hechos de la historia, y nos parece sentir su irreemplazabilidad: el Cristianismo, la conquista romana, la conquista napoleónica...; pero no nos damos cuenta, ni nos hace dar cuenta la historia, de que si no hubieran ocurrido esos hechos, hubieran ocurrido otros entre los cuales hubieran podido algunos ser de igual importancia, pero que no podemos ni siquiera imaginar.

Se siente así la impresión de que sin ciertos hechos históricos la historia quedaría vacía. Y sin embargo ese sentimiento es ilusorio. Si no se hubiera producido la conquista romana, nadie hubiera podido preverla. Si no se hubiera dado el Cristianismo, nadie hubiera podido prever o imaginar siglos y siglos de historia. Pues lo mismo para los hechos *que se habrían producido en lugar de esos*...

Lo cual lleva —y éste es el resultado de la ilusión— *a considerar irreemplazables ciertos hechos históricos, y a supervaluarlos.*

(El lenguaje indeterminista de esta explicación, correspondiente al plano práctico de la historia, no supone ni afecta ninguna solución profunda del problema del determinismo e indeterminismo).

RAZON Y EXPERIENCIA

Se piensa generalmente, y se dice, que "es la experiencia la que enseña a los hombres", que los enseña más que la razón; y que, así, la experiencia viene a corregir, en hombres y en sociedades, la imperfección de los raciocinios.

De hecho, tan excepcional es interpretar bien la experiencia como razonar bien. Hasta más.

En lo científico, los hechos son generalmente solicitados a entrar en los raciocinios; y el hombre de ciencia a quien los hechos enseñan, es temperamento más excepcional todavía que el que razona bien.

En la vida, sin duda, la experiencia actúa sobre todo por lo que tiene de castigo: deja temor, como instintivo. Pero hay mucho de ficticio en eso de que la experiencia corrija, o corrija tan comúnmente, los errores en la vida individual.

Lo común psicológicamente —aunque poco lógico —es que, formada la opinión o tendencia de conducta, rechazados los razonamientos o consejos razonables, cuando, más tarde, viene el hecho de experiencia que lógicamente debería autorizarlos, no se lo relacione con ellos, ni con las opiniones anteriores, discusiones o argumentaciones, y que éstas sean olvidadas o tergiversadas, generalmente por in-

clusión de estados de espíritu que no fueron sino posteriores.

Así, ya en la vida individual (y salvo la rendición por la edad o por las penas, que es cosa de otro orden), se observan menos casos todavía de ceder a la experiencia que de ceder al razonamiento.

Y en lo social o político, ese fenómeno es impresionante.

Por ejemplo: ninguna experiencia debió causar más efecto que la de la última guerra; y ésa mostró decisivamente cuál era el paralogismo esencial de los admiradores de la organización excesiva y del "orden": antes, los que señalábamos sus peligros, sus debilidades, sus males, parecíamos "teóricos", pero fué la realidad, la *experiencia* la que mostró cómo y por qué, por admirable que sea una *organización* social, no contiene sino lo que se ha puesto en ella, y sólo lo expresamente previsible, y resulta así inadaptable, o difícilmente adaptable, a todo cambio, e incapaz de dar en su caso todo lo que los acontecimientos inesperados o extremos pueden exigir; en tanto que la libertad, con su desorden, pero con su fermentalidad, contiene menos futuro previsible pero mucho más futuro imprevisible, un coeficiente imprevisible de cambio y de posibilidades, prácticamente infinito.

También nos ha demostrado la vitalidad de la democracia. Con la precisión que hubiera podido tener una experiencia *ad-hoc,* nos ha hecho ver que, independientemente del bando en que lucharon, fueron las naciones (entonces) democráticas y libres las que pudieron resistir, y las otras las que se derrumbaron.

Sin embargo, después de esta experiencia, lo que recrudeció fué la admiración por la "organización", y la hostilidad hacia la democracia.

Este hecho brutal muestra lo que es la pretendida enseñanza de la experiencia para los hombres y para los pueblos. Lo repito: Es mucho más difícil todavía, para la organización mental humana, convencerse por experiencia que convencerse por razonamiento.

OPOSICIONES EXTRINSECAS E INTRINSECAS

En la consideración de los hechos sociales, y lo mismo en el estudio de la historia, nos aparecen como oposiciones fundamentales las que han determinado expresamente las luchas de los hombres: el Estado contra la Iglesia, unos estados contra otros, unas iglesias contra otras; hoy el fascismo contra el comunismo; etc.

Y así es desde ciertos puntos de vista, y así se seguirá presentando lo histórico. Pero la oposición esencial, la verdaderamente irreductible, en cuanto en lo social y psicológico pueda haberla, es la oposición de clases de alma. Hay dos clases de almas: almas liberales y almas tutoriales: Almas cuyo ideal instintivo es la libertad (entendamos, propia y ajena) y almas que tienen un ideal de tutela, y por consiguiente de autoridad: que por una parte necesitan o desean la tutela, y por otra parte desean imponerla (con fines por lo demás muy a menudo bien intencionados). Ésa es la oposición más verdadera y más indestructible. Mientras que la otra es psicológicamente mucho menos fundamental: mucho menos difieren, quiero decir, los que están y combaten, en distintos lados, que los que difieren en clases de alma.

Hace poco leía un artículo sobre el voto de la mujer, en el cual, para refutar ese argumento habitual que ve peligros en la tendencia conservadora de las mujeres, se sostenía que la experiencia ha demostrado la falsedad de tal argumento, ya que, en posesión del voto, las mujeres han votado por todo, "desde las que han votado por los dictadores militares hasta las que han votado por el comunismo". ¡Qué mal argumentado! por mal observado: Todo eso es de la misma clase de alma: militarismo, dictaduras, religiones organizadas o comunismo: todo eso es de alma tutorial. (La mujer, entre paréntesis, tendría cierto derecho a tener alma tutorial, para madre y maestra; y aunque la tenga, debemos darle el sufragio, a pesar del peligro. Pero serían otros los hechos que podrían demostrar que la mujer puede tener alma liberal, esto es, alma que ame y desee la libertad, aún en sentido contrario a las opiniones y deseos). De todos modos, las almas liberales son bastante más raras de lo que ilusoriamente parece. Precisamente por no comprender eso se sorprenden las personas superficiales ante ciertas "conversiones". En realidad las verdaderas conversiones son muy raras si es que existen: serían las conversiones de clases de alma. Ahora, las conversiones de oposición, fenómeno muy corriente, para un análisis profundo no son verdaderas conversiones, lo mismo en hombres de pensamiento que en hombre de acción. Tal pensador, p. ej., Comte, que empieza positivista y acaba místico, aparentemente se convierte; en realidad no ha hecho sino tomar otra posición, pero con la misma clase de alma: como sociólogo era organizador autoritarista; la última posición de su vida, la

organización de una religión, no es otra cosa sino una nueva actitud; pero su alma no ha cambiado. Cuando un ex-comunista pasa a ser militarista, o dictatorialista, o dictador, no ha habido en él verdadera conversión: partidario de una teoría de organización autoritaria, lo que ha hecho es cambiar de sitio: pasó, histórica o políticamente, de un partido al otro: cambió de lado, pero llevando la misma alma.

Los que verdaderamente sienten la libertad: la de acción y de pensamiento, ésos, no se "convierten".

A PROPOSITO DE DEMOCRACIA

Cuando se dice que un enfermo se cuida y asiste muy bien a sí mismo, esta afirmación puede tener dos sentidos.

En uno primero, contiene ya una parte de verdad, aunque no tanta. Efectivamente la experiencia, el buen sentido enseñan a cada persona a organizar su vida, su alimentación, etc., de una manera que suele ser razonable, eficaz y apropiada a su constitución. Sólo que, en eso que el sujeto hace consciente, voluntaria y razonadamente, queda todavía mucho error y, no hay que decirlo, mucha ignorancia.

Pero aquella proposición tiene un alcance mucho más verdadero si entendemos referirnos no solamente a lo que el sujeto hace por su salud, consciente, deliberadamente, sino a lo que hace inconscientemente y orgánicamente. Entonces, si pensamos en ese proceso interno de auto-defensa, en la fagocitosis, en la creación de anti-cuerpos, en todas las reacciones orgánicas, nuestra aserción adquiere un alcance mucho mayor y es mucho más verdadera.

Pues del mismo modo, cuando se dice que los pueblos se gobiernan bien a sí mismos, la expresión puede tener dos alcances.

Tiene ya una parte de verdad cuando se refiere a lo que las democracias hacen consciente e inteligen-

temente. Pero esa verdad es, como en el caso anterior, limitada: Cuando observamos cómo se discute: lo que conscientemente se hace y se preconiza y se dice —sobre todo lo que se dice— en las democracias, tenemos tendencia a recibir aquella aserción con algún pesimismo.

Pero es la verdad que los pueblos, cuando sus auto-defensas no están artificializadas ni oprimidas, hacen por su progreso, por su éxito o por su conservación, mucho más de lo que es consciente y deliberado; y lo que resulta —lo que *sale*— de bueno en las democracias, suele ser más y mejor, sobre todo más eficaz que lo que conscientemente se proyecta y discute. . .

Naturalmente, uno de los paralogismos anti-democráticos más habituales es el de no observar ese hecho profundo, verdadero en los pueblos como en los organismos.

"PAR DESSUS LA MÊLÉE"

Divisa y tendencia que está confundiendo las almas (iba a decir "muchas de las más nobles", pero pienso que ésas no se dejan confundir).

Sin duda hay que estar en cierto sentido *par dessus la mêlée;* pero no para identificar lo justo y lo injusto, sino para discernirlos mejor, y no para abstenerse de la lucha, sino para asistir.

Par dessus la mêlée, como los dioses de Homero: combatiendo; pero con una diferencia: combatiendo no por un bando en cualquier caso, si no en cada caso por lo justo.

Cuando un escritor refina tanto su imparcialidad y su abstracción como para sentir p. ej., que en el caso de la invasión belga todos eran iguales, que tanta razón o tanta sinrazón tenían los alemanes como los belgas, entonces se ha rarificado tanto esa moral que el sentimiento desaparece. Ahora, si después de condenar en este caso al bando que fué injusto y criminal, se hubiera sentido obligado, por prejuicios de bando, a seguir condenando siempre al mismo, aun en algún caso en que hubiera podido tener razón, entonces hubiera combatido mal. Pero no se trata de eso: Precisamente si debemos levantarnos —*au dessus*— no ha de ser ni para sustraernos ni para identificar, sino para discernir mejor lo jus-

to y lo injusto, y para defender, ayudar y condenar. Como los dioses de Homero, pero no siempre por los griegos: por la justicia.

No incondicionalizarse en un bando. Ver lo de cada lado, pero para sentir mejor e intervenir mejor. Del otro modo, *"par dessus la mêlée"* es triste cosa. Produce, o mejor revela, falta de sensibilidad a la justicia y falta de reacción por la injusticia (concreta). Y si no confunde a los hombres mejores, es porque éstos, sensibles a lo justo y a lo injusto, no pueden, ante la injusticia, decir ni sentir: *"Je m'en plâne".*

NOSTALGICOS Y FUTURISTAS

Los nostálgicos son casi siempre hombres de más sentimiento, más sinceros, más hondos, más reales que los futuristas...

Porque el sentimiento del pasado está en casi todos los hombres (y los más vulgares tienen ahí lo mejor suyo).

Mientras que sentimientos, verdaderos sentimientos, de futuro, son poco comunes: casi siempre lo que se toma por eso son teorías o palabras.

"FUTURISMO DINAMICO"

Hay un futuro próximo: la muerte de todos los seres queridos y de todos los conocidos: los que conocemos de afuera y el que conocemos de adentro.

Hay un futuro remoto: que el sistema solar se enfría y que el planeta se va a helar.

Hay más dolor y más muerte todavía en el futuro que en el pasado.

Hay, también, esperanza; pero —la que pueda haber— es después del dolor y más hondo que el dolor.

Así *esa* esperanza es lo más serio del alma.

Sólo que en muy pocos hay bastante sentimiento para dar calor a ese dolor y a esa esperanza; de aquí la superficialidad declamadora y el literateo, contra los cuales el pasado, con su dolor común, sentido y realizado, está más defendido automáticamente.

LAS FAMILIAS
Y LA MUERTE

En las familias *se crean* sentimientos, con su lenguaje: modos de sentir, de hablar, que son nuevos y propios.

Y es de la vida más honda, y de la más personal.

Y muchos —*casi cualquiera*— tienen eso.

Y eso, como originalidad y como fuerza y calidad de sentimiento, es de lo que vale más.

No sale a la literatura. (Alguna vez, algún ligero chisporroteo...).

Y cada uno que muere, o cada familia que se extingue, se lo llevan. Y era lo mejor; y distinto en cada caso.

El ser más vulgar se lleva un mundo de sentimientos especiales, de sentidos de palabras, de recuerdos con significación y emoción únicas, de palabras inventadas, de alusiones...

Y se extinguió para siempre. Y distinto en cada caso...

La gente sigue y comunica en la psicología común (la de todos), y se escriben generalidades sobre los sentimientos.

Pero eso no es nada al lado de lo otro. (Aunque sea lo que parece más, por costumbre en parte).

Casi cada muerto se lleva algo mucho más hondo que toda la literatura.

Es una de las causas de que sea horrible que haya muerte.

S A L U D

Lo que llaman "sano" —y en el fondo, en verdad, lo que llaman "fuerte"— tiene algo de negativo. Está hecho o condicionado por insensibilidades, como por anestesias o impermeabilidades.

El "cuerdo", p. ej., es el que no siente, o siente poco, tanto absurdo y tanta tristeza: el que es insensible, anestesiado a la seguridad de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte: la propia y la de los seres queridos. El que no siente lo pasajero y lo vano de la risa, de los discursos, de la gloria del mando, de la industria, de la economía política... De eso resulta, de paso, ser "fuerte", ser "triunfador", etc., y lo demás de la práctica.

P. ej., llaman "fuerte" al que no sufre bastante por la pérdida de un ser querido... La fuerza resulta como de obliteraciones, zonas de insensibilidad o incomprensión en las almas...

(Conste que hay los que *actúan como fuertes*, sintiendo y comprendiendo al máximum: y sólo así se puede ser *útil como los unos y bueno como los otros*).

PSICOLOGIA DE VENCIDOS

Hay hombres que tienen de tal manera psicología de vencidos, que cuando por algún azar llegan a tener poder o influencia, siguen reaccionando psicológicamente como vencidos, y como si echaran de menos la derrota, —a la cual, por lo demás, no tardan generalmente en volver, y sintiendo como una especie de descanso.

Dicho sea de paso, en calidad humana son de los mejores. Desde luego, mejores que los de psicología de triunfadores. Y en verdad pueden triunfar ellos también, pero en otro sentido, de otro modo: efecto remoto y difuso.

SOBRE PSICOLOGIA DE LA GENIALIDAD

Existe un hecho psicológico de muy interesante observación, que debe ser tomado en cuenta en el estudio de la genialidad creadora y especialmente de la genialidad artística. Es difícil de describir en sí mismo porque su naturaleza lo hace difícil de estudiar; pero podría expresarse como algo que se relacionara con comunicaciones mentales.

El hecho es que hay personas en las cuales el yo consciente y racional está completamente incomunicado (las cosas pasan como si fuera así) con el yo subliminal, subconsciente o inconsciente.

En tanto que en otras personas, incidentalmente o permanentemente, y en grado diverso, cierta comunicación del yo consciente con el otro yo subconsciente, instintivo, intuitivo y no regido por la razón, existe y se manifiesta. Desde el punto de vista de la creación artística, este hecho tiene un gran interés. Produce desde luego dos clases de temperamentos creadores: Los que crean conscientemente y a pura razón, y los que crean más o menos instintivamente, también más o menos fatalmente, de una manera menos racional, y en los cuales la obra es, así, menos hecha que "salida". Una auto observación de interés psicológico me permite imaginarme lo que puede suceder en ciertos espíritus. A mí me ocurre lo

siguiente: mi yo consciente, el yo de la vida, de la acción, el yo de la vigilia, tiene deficiencia completa en todo lo que se relaciona con representación de colores y con artes visuales. Me es completamente imposible p. ej. representarme un color; lo único que me represento son sus nombres: sé que tal objeto es azul o amarillo, pero no me puedo representar el color mismo. Tampoco me puedo representar formas u objetos en función de sensaciones visuales: represento por el sentido de movimiento. Este hecho es muy común: son los temperamentos motores o kinestésicos. Pero lo curioso es que en el sueño, y en el estado especial de preparación del sueño, aparece en mí la facultad de visualizar bien colores, con toda claridad; y me pasa algo más: en el estado de semi-sueño me desfilan cuadros, con paisajes, con caras, algunos de ellos tan extraordinarios que tengo la sensación de que si yo pudiera representarme esas imágenes a voluntad y supiera pintarlas, sería un pintor por lo menos sorprendente. Todo eso desaparece en la vigilia. Puede existir, así, en ciertas personas, algo artístico (o aprovechable artísticamente) que puede estar completamente incomunicado. En qué consiste la explicación, p. ej. fisiológica, de ese hecho, no lo podemos ni sospechar; pero las cosas pasan como si en los que son como yo hubiera un tabique impermeable, o como si ciertas comunicaciones estuvieran cortadas. Entre tanto, si entre ese mi yo subliminal y el yo consciente hubiera comunicación, yo tendría algo de creador, de creador semiinconsciente, de creador semi-fatal, como lo son algunos, en una dirección que sin embargo para mi mentalidad consciente está completamente vedada. Ahora bien, observando en éste y en otros órdenes,

p. ej. en la creación literaria y en toda creación artística, los espíritus y sus manifestaciones, yo noto que hay personas en las cuales ese tabique de separación entre lo consciente, lo racional, lo voluntario, lo reflexivo por una parte, y lo otro subliminal, intuitivo, instintivo, etc., que ese tabique está como permeable. Unas personas aprovechan, pueden aprovechar, en la creación artística, elementos de su yo subliminal, en tanto que para otras personas todo eso es inutilizable aun cuando por la vía del sueño puedan sospechar algo de su existencia.

Cuando dividimos los creadores en dos clases, en verdad muy caracterizadas; los creadores racionales, y esos otros creadores semi-instintivos, de los cuales decimos que tienen genialidad ("genialidad", no en el sentido de cantidad o de superioridad, sino en el sentido de cierta clase de mentalidad), constatamos un hecho que tiene en realidad que ver con esa comunicación.

A veces no hay simplemente pasaje, ósmosis de irracional y de instintivo, ósmosis de subliminal, o corriente fecundante, sino verdaderas inundaciones. El tabique está roto, y puede ser catástrofe mental.

De paso: no hay que confundir esta observación con la de James, relacionada sin embargo con ella, a propósito del órgano religioso. Para James lo inconsciente es el órgano de percepción de lo trascendente, y habría entonces los que están y los que no están incomunicados con ese órgano de percepción. Pero esto comporta ya una hipótesis, o mejor una doble hipótesis: la de la realidad de lo trascendental, y sobre todo la de que el funcionamiento del yo subliminal es cognitivo y representa una manera de conocer esa realidad.

SOBRE LOCURA

Locura se tiene por sinónimo de "alienación": Alienarse: enajenarse. hacerse otro. Pero, *desde este punto de vista* (y sin perjuicio de las clasificaciones de la psiquiatría, que se refieren a otros aspectos), desde este punto de vista (que no es doctrinario sino práctico, y que es ostensible para el que ve de afuera: para el que ve enloquecer a seres concretos), hay dos tipos, o, mejor aun, dos direcciones de enfermedad mental.

Una es locura como venida de afuera, la como sobrevenida. Es la que corresponde al sentido literal de "enajenación". El individuo ya no es él: deja de ser él. La enfermedad lo hace no ser él, lo saca de él, lo "aliena".

Ahora, la otra, es lo contrario de "alienación". El individuo se va haciendo más él: la individualidad se acentúa. Todos, más o menos, tenemos peculiaridades, asociaciones, idiotismos, automatismos, perversiones, manías, que en algunos, sea porque traían demasiada inercia hereditaria, sea porque la razón o la voluntad o el sentimiento o la estética fueron puestos a su servicio, o sea simplemente porque la vida vino mal, dejaron de ser neutralizados, equilibrados,

frenados. (Entre paréntesis: parece que, en muchos casos, hasta cierto período de la vida fuimos dueños, si no propiamente de esas perversiones o tendencias patológicas, por lo menos de ponerles la razón y la voluntad a favor o en contra; y si bien en un plano más profundo de determinismo se diría que eso también estaba determinado por la personalidad, por lo menos en un plano práctico, que es el que interesa, este hecho es verdadero).

Bien: no sé si lo que ocurre es *sólo* que se acentúa la individualidad, esto es: que se trata de un hecho sólo de grado, o si es que, además del grado, actúan, en esa forma de enloquecimiento, algunas otras causas... No sé, o no sé para todos los casos. Tampoco sé si todos los individuos podrían ir a la locura por exageración extrema de su personalidad, o solamente algunos elegidos: —elegidos al revés. También, en unos el proceso es lento y gradual, en otros tiene algo de explosión; a veces se hace por explosiones sucesivas, a veces como por *quanta*: pero siempre *en el sentido de la personalidad.* El hecho es, pues, que, en esos casos, vemos el enloquecimiento como lo contrario de una "alienación". Es como una exageración del individuo. Lo que hace patológico su caso es que ha llegado a ser demasiado él mismo; y lo que hacía su personalidad es lo que acaba por desengranarlo de la vida real. La individuación se le acentuó tanto que acabó por no engranar con el mundo exterior ni con la psicología de los otros hombres. Fué siendo cada vez más él. Y habría que inventar para esa locura

un término contrario, un término con *ultra* o *super,* y con *ipse*[1]).

Y "curación", en este caso, es algo de tan pocas esperanzas y tiene tan poco sentido como hacer volver el río a la fuente o el árbol a la semilla. No es incurabilidad: es irreversibilidad.

1) Los términos "autismo" e "ipsismos", que empezó después a usar tanto la psiquiatría, tienen otro sentido y se refieren a otros hechos.

SOBRE EDADES

Los jóvenes ¿tienen por característica ser independientes e innovadores?

Generalmente parece así, y todos lo creen y lo expresan sin restricciones, por cuanto, si no constante, es habitual que los jóvenes vayan contra lo viejo, contra lo tradicional, defiendan lo "nuevo" —o lo que se presenta como nuevo, o lo que ellos toman como nuevo: escuelas "modernas", reformas, revoluciones, etc.

Pero, observando mejor, se ve que lo habitual es que sean seguidores de lo nuevo, o de lo que como tal se presenta, de una manera especialmente pasiva.

Son más bien como la inercia de la novedad: no el impulso sino el proyectil; la *masa* de lo nuevo. Ni los caracterizan, generalmente, las manifestaciones verdaderas de independencia: la preocupación de las reservas, de las distinciones; la resistencia a dejarse incluir completamente en ninguna tendencia ni vieja ni nueva. Ni *diferenciarse unos de otros*... Más bien tienen la tendencia de seguir movimientos hechos (y cuando fundan escuelas, éstas son nuevas más bien en apariencia que en realidad: Podrán llamarse de algún

otro modo, pero se parecen mucho en el espíritu a las escuelas que ya están en el ambiente).

Su apostolado es muy incondicional (sin perjuicio de ser, en parte hasta por eso mismo, tan noble y útil).

La verdadera independencia, tan rara por lo demás en el hombre, es más común en una madurez bien aprovechada.

MAS SOBRE EDADES

La psicología de las edades del hombre se ha hecho sobre ciertos convencionalismos, no verdaderos sino en parte. La psicología de la juventud, p. ej., sobre dos: El "espíritu innovador" de la juventud y el "espíritu generoso" de la juventud. En lo uno y en lo otro la observación y la verdad obligan a hacer ciertas restricciones.

Sobre el espíritu innovador: Es cierto: es evidente e indiscutible la atracción de la juventud por lo que se le presenta como nuevo. Tiene ella una tendencia psicológica, como natural de la edad, a combatir por lo nuevo y contra lo viejo. Pero la primera reserva que hay que introducir aquí se refiere a la capacidad para distinguir lo verdaderamente nuevo. La regla es más bien la incapacidad para distinguir lo verdaderamente nuevo de lo que se presenta como nuevo. Esa primera reserva se explica por la inexperiencia, y por el desconocimiento de lo que ya fué. Casi siempre lo "nuevo", esto es, lo que se llama nuevo, lo que es visto como nuevo, es falso nuevo, o bien no es bastante nuevo. Los jóvenes no ven bien eso. A nuevas juventudes las seducen nuevas apariciones de lo mismo, más o menos renovado, más o menos disfrazado de nuevo o con el nombre cambiado simplemente, o lo nuevo cuando ya lo ven muchos, cuando ya se ha impuesto un poco, cuando ya es menos nuevo.

Lo nuevo verdadero, que está solo, desamparado (aunque asegurado, sin embargo, como el germen, por todo el porvenir que, como fatalizado, encierra); lo nuevo verdadero, no se ve fácilmente, y es natural y disculpable que lo vean más difícilmente los jóvenes.

Nótese que no hablo de crear: crear es cuestión del genio, y el genio crea desde todas las edades (si bien muchos de los más grandes genios han sido más innovadores, más fatalmente innovadores, más *éperdument* innovadores, en la edad madura: Beethoven, Wagner...).

Pero dejemos eso. Los jóvenes, si siguen lo que se les presenta como nuevo, no disciernen bien lo verdaderamente nuevo de lo aparente.

Y, además, la segunda restricción es que tienden a seguirlo. ..precisamente a *seguirlo;* esto es: de una manera un poco pasiva, no totalmente independiente. Esa actitud tiene un poco los caracteres del tropismo. Cuando aparece doctrina, escuela que se da como nueva, hay tendencia juvenil a ir tras ella con no completo discernimiento, con no completa independencia.

El efecto social de todo esto, sin embargo, resulta bueno. Lo nuevo ha de ejercer acción. Y, cuando ha pasado un primer período, cuando ya es algo menos nuevo, es precisamente cuando tiene que empezar a actuar en la práctica. Y, entonces, para emplear una imagen, diríamos que necesita *"masa"*: ese instinto juvenil, ese tropismo de lo nuevo, es lo que suministra masa a lo nuevo, para su acción práctica; hasta para la demolición, que es lo que más necesita masa. Pero psicológicamente la atracción juvenil por lo nuevo es, diríamos, si de signo positivo, algo pasiva (siempre la misma imagen de los tropismos).

Y en cuanto a la generosidad juvenil, hay también algo de convencionalismo —en cuanto significa, por oposición, injusticia contra la edad madura— en esa especie de acaparamiento de la generosidad por la psicología juvenil. El adolescente, aun el joven (se sobreentiende que nos referimos al promedial), no suele ser muy generoso en la vida real, por más que se entusiasme, y ése es el primer período del desarrollo, por las causas generosas, pero con un entusiasmo en general todavía demasiado mezclado con personalismo y vanidad. Y todavía un poco demasiado abstracto: todavía ese entusiasmo, abstracto, no se relaciona bastante con sacrificios concretos reales.

No es, naturalmente, verdadero sacrificio el de lo que aun no posee, o de lo que no es muy necesario. Pero lo que es todavía excepcional en esa edad es dar lo que verdaderamente se ama, se siente y se quiere.

Y, aunque se dé, ese sacrificio es como provisorio. Queda todo el futuro y toda la esperanza. El sacrificio del hombre maduro es más hondo, más verdadero y más conmovedor, porque ya es definitivo, porque no queda esperanza y ni siquiera ilusión.

Complementariamente, sobre la psicología de la madurez existe otro convencionalismo: Que el hombre maduro tiende a hacerse conservador y tiende a hacerse egoísta. Y no es así, de ningún modo, *en los que realmente evolucionan,* en los que siguen la marcha progresiva de la psicología humana, que podemos llamar en ese sentido psicología normal. La evolución del hombre no egoísta es hacia menos egoísmo.

Pero ¿por qué parece lo contrario? Por dos causas: Para comprender la primera, imaginemos este caso.

Nosotros vemos a un niño de cuatro años reclamar para sí todos los juguetes que habría de repartir con sus hermanos. Y ese acto de egoísmo, en él, a su edad, no nos repugna. Si viéramos ese mismo acto en un niño de doce años, ya nos resultaría repulsivo, no porque el niño de doce años se hubiese hecho más egoísta sino precisamente porque se había *quedado* egoísta. Si cierta terrible crueldad social que se manifestó en nuestros dieciocho o veinte años, si la desconsideración para todos los hombres que existieron antes que nosotros, lo mismo que para todas sus teorías e ideas; si aquella sensación de ser dueños del mundo, en nuestro vanidoso desprecio; si todo eso hubiera quedado después en nuestra psicología, seríamos monstruosos. Pero no por habernos hecho así, sino por habernos quedado así. Y bien: en cierto sentido, y salvando todo lo que hay que salvar, muchos hombres permanecen egoístas, o son egoístas, *no porque se hayan hecho viejos, sino porque se han quedado jóvenes.*

La segunda causa de aquella apariencia (ésta es muy interesante) es que *no todos los hombres evolucionan.* La psicología de la madurez es mucho menos uniforme y general que la de la juventud, ya porque en muchos, en muchos individuos, desde luego, la evolución se detiene o desnaturaliza.

El fruto maduro es más tierno, más jugoso que un fruto verde; pero no todos maduran, y muchos se pudren, se endurecen, se secan...

Prescindamos de que esa imagen del fruto es inadecuada, a causa de que la evolución del fruto es en su caso uniforme, en tanto que la de los individuos humanos comporta la diversificación divergente de la individualidad. Pero el individuo que realmente

ha de evolucionar, ése, evoluciona mejorándose, superándose, sobrepasándose él mismo dentro de lo que es capaz de dar. Hasta a hombres que fueron egoístas y estériles en su juventud, hasta a ésos ¡cuántas veces! los he visto dar después lo inesperado en la abnegación y sacrificio.

Y en cuanto al hombre que es bueno y rico de alma, ése, cada vez mejora y cada vez da más y se sacrifica más. Y cada vez vale más su sacrificio, porque es sin ilusión y sin esperanza.

(Todo eso se observa mal por otra causa todavía: porque se confunden las manifestaciones de generosidad abstracta con la concreta y efectiva. Lo muy abstracto sube más alto, porque sube sin peso: lo del globo sin barquilla).

Y en cuanto a la originalidad, si es en un hombre superior, tiende también a aumentar, lo mismo en la creación que en la apreciación, mientras hay evolución; y tiende a ser cada vez mayor el entusiasmo del hombre maduro, por la verdadera originalidad en hombres y en teorías.

Cuando en ciencia, en arte, aparece la originalidad, la verdadera, más apreciada y admirada es por los hombres que más y mejor han vivido. Más los atrae y los conmueve. Esto se observa de hecho. Sólo que ha de ser originalidad *verdadera.* Esos hombres están cada vez en mejores condiciones para apreciarla.

Y cada vez disciernen mejor la originalidad falsa y sólo aparente. Entonces parecen indiferentes ante la novedad, por razones parecidas a las que los hacen parecer fríos ante lo demasiado abstracto. Y esto causa errores.

EL MUNDO DEL ARTE Y EL MUNDO DE LA CIENCIA

Generalmente se dice y se deja decir que, mientras el mundo del arte es un mundo amplio, compresivo, abierto, un mundo encantado y feérico, los hombres de ciencia son seres fríos, incomprensivos, antiespirituales, cerrados y ciegos a la espiritualidad.

Lo curioso es que, de hecho (y en esta época), es más bien lo contrario.

Ya, desde luego, *de hecho,* los hombres de ciencia comprenden más a los hombres de arte que los hombres de arte a los hombres de ciencia.

Es difícil, por lo menos en el actual momento social, encontrar hombres de arte que comprendan la ciencia, o que la sientan en toda su espiritualidad, mientras es relativamente fácil y común encontrar hombres de ciencia que comprenden el arte.

Pero, todavía, el de la ciencia es, en cierto sentido, un mundo más espiritual aún que el del arte, más espiritual sobre todo en el sentido de más ascético, en sí mismo y en las costumbres de sus hombres: más sacrificio, menos vanidad, más esfuerzo, menos facilidad. Y también menos fatalidad.

Hondo es el dolor del artista; pero es un dolor fatal. El otro, no es un dolor más grande, sería insensato decirlo; pero es un dolor más voluntario.

Otro error sobre la ciencia es creerla indiferente al bien y al mal, y creer que la educación científica no exalta los sentimientos que se relacionan con el bien y el mal.

Se basa este error en una observación mal hecha, que consiste en tomar por ciencia, o por toda la ciencia, la ciencia puramente aplicada, esto es, esa parte o región de la ciencia que es intermediaria entre la ciencia propiamente dicha y la industria.

Los que creen ver a la ciencia, y a sus hombres, indiferentes al bien y al mal, piensan en la facilidad con que la ciencia se presta, p. ej., a la fabricación de armas, a la invención de aparatos de destrucción; y conciben entonces a la ciencia como una especie de poder indiferente.

Pero eso no es "la" ciencia, ni los hombres de esa ciencia son los hombres de ciencia primeros.

Al contrario: la ciencia en sí misma, la ciencia más pura y más completa, por lo que tiene de espiritualidad y de ascetismo, por representar el mayor esfuerzo del alma, tiende, y los hechos bien observados lo muestran, a producir la más alta y noble educación espiritual. Y ni siquiera está sujeta esta educación a ciertos paralogismos morales de la educación artística que se relacionan con la belleza de la lucha y del triunfo y con la confusión entre la grandeza y la gloria.

SOBRE "ECLECTICISMO" [1])

Es interesante que la manera de pensar peor que existe se confunda tan fácilmente con la manera de pensar mejor; que la manera de pensar indirecta, que parte de lo ya pensado, se confunda con la manera de pensar directa, que sin duda podrá venir a confirmar en parte lo ya pensado, y en su caso a aprovecharlo, pero es cosa diferente y en verdad opuesta. Supongamos que varios pintores han pintado un mismo paisaje. Uno ha pintado mejor el sol, otro mejor los árboles, otro mejor el agua. Que un pintor pueda aprovechar de los aciertos y de las equivocaciones de esos cuadros, para empezar a pintar otro, es una cosa. Otra muy distinta y absurda sería componer un cuadro pegando los pedazos que parezcan bien pintados con el objeto de encontrar así un cuadro bueno.

El verdadero pensamiento, el legítimo, que no tiene nada que ver con el eclecticismo pero que superficialmente se confunde con él, consiste en pensar directamente, de nuevo y siempre de la realidad (aunque aprovechando en lo que corresponda la ex-

1) Para "Lógica Viva".

periencia de los aciertos y equivocaciones de lo ya pensado).

Con lo anterior tiene que ver lo siguiente:

Se ha propuesto muchas veces como el modo de pensar más acertado el de huir de los extremos, buscando los términos medios, las soluciones de compromiso.

Recuerdo que Maeterlinck sostiene, al contrario, que lo que hay que hacer es extremar las teorías; y, en los casos que él elige, que son especiales, parece tener razón. Los hombres —nos dice— muchas veces no han llevado hasta el extremo sus ideales o sus experiencias, y se han equivocado por eso. Nos recuerda el caso de tal escritor, sensato, razonable, que hace algunos siglos, en los tiempos de las persecuciones religiosas, llevado por sus ideas generosas proponía el ideal de que se persiguiesen menos, que se quemasen menos herejes. Los mejores hombres no se atrevían entonces a llevar hasta el extremo esas teorías; y hubieran acertado precisamente extremándolas: lo que a aquel escritor no se le había ocurrido, era que no había que quemar pocos, sino no quemar a ninguno.

En realidad no cabe discutir entre una y otra teoría, porque, como métodos lógicos, las dos son equivocadas. Una y otra son modalidades de ese modo de pensar vicioso que consiste en pensar a base de lo pensado, en pensar estableciendo relaciones de teorías. Hay que pensar directamente; buscar lo verdadero y lo bueno.

Pero hay un aspecto más profundo, y es que *en la realidad, en los hechos, no existen extremos ni*

términos medios. Estas expresiones tienen sentido cuando se refiere a las teorías, a las doctrinas, a las formulaciones. En cuanto a la realidad, es como es, y el futuro será como será, y hay que describir la primera, prever el segundo, y en su caso desearlo, *directamente*: lo más adecuadamente posible, con los inconvenientes forzosos de la insuficiencia de las formulaciones y de la insuficiencia misma del espíritu humano.

PARA BUSCAR LA VERDAD [1])

Para buscar la verdad, unos, los más, recomiendan ponerse entre las tesis contrarias, buscando entre ellas un "justo medio". Y alguien recomienda lo opuesto: tomar de las dos teorías la más verdadera, y extremarla todavía, hasta hacerla coincidir del todo con la verdad.

Falso todo eso: La verdad se ha de buscar directamente, y con independencia de las teorías; y, en cuanto a su relación con éstas, pueden ocurrir tres casos:

A veces, queda entre dos tesis ya sostenidas; otras veces, (cuando no coincide con alguna de ellas) puede ocurrir que extreme alguna; y otras veces todavía, y es el caso más interesante y el que quedaba afuera, otras veces todavía resulta que no había sido formulada.

Lo único es que en muchos casos (sin duda frecuentes) el primero: el de buscar el "justo medio", es un eficaz procedimiento empírico de tantear la verdad.

Pero nada más que eso.

1) Para "Lógica Viva".

SOBRE SISTEMAS [1])

Tener un sistema se diferencia de no tener un sistema en que con una sola palabra puede explicar todo lo que piensa el que tiene un sistema, en tanto que, para explicar todo lo que piensa el que no tiene un sistema, se necesitan muchas palabras. *Esto no quiere decir que el último sea incompleto, ni inconsecuente, ni contradictorio...*

Ahora, en cuanto a probabilidades de pensar bien, hay teóricamente, desde este punto de vista, dos casos de sistemas: sistemas que comprenden e integran todo —serían los buenos— y sistemas —los incompletos y falsos— que no comprenden todo o que no lo integran bien.

De la primera clase, algunos existen: han podido formarse en algunas ciencias, de aquellas en que los fenómenos no son demasiado complejos, y son todos conocidos, o conocidas sus razones.

Fuera de esos casos, y en otros órdenes de pensamiento en que no se pueden hacer sistemas de los buenos por la complejidad o por la índole de los fenómenos, los que existen tienen un origen lógicamente ilegítimo, y, *psicológicamente, más bien negativo*: Resultan de *falta* de ideas o de hechos.

Un sistema de esa clase se forma sobre una idea

1) Para "Lógica Viva".

sola o algún hecho solo (o sobre no todas las ideas o no todos los hechos).

Quedan, así, ideas o hechos que, o no se conocen, o se eliminan al sistematizar, o se los incluye pero no se los integra bien: a tal punto que, si tomáramos una mente rica, bien provista de hechos y abundante de ideas, y pudiéramos suprimir de ella la mayor parte de los hechos y de las ideas, se hipertrofiaría lo que quedara, y, sobre ese núcleo, tendería a formarse un sistema.

Si, por ejemplo, de todo lo que piensa una persona de espíritu amplio sobre el problema social, o sobre el arte, o sobre la moral, se restara la mayor parte, lo que quedara se dilataría y se sistematizaría.

Y hasta desde el punto de vista de la originalidad de los pensadores, hay una especie de *originalidad negativa,* por exageración y unilateralidad: *originalidad por supresión* (de lo que limita, modera o completa).

CIERTO EFECTO DEL OPTIMISMO

Podrá o no subsistir o reaparecer el optimismo en planos muy profundos; pero una cosa es indudable, y es que, tal como generalmente es sentido (o mejor, es pensado; o mejor, es escrito), pone poco inteligentes a los hombres. Será porque produce, o supone, debilidad de sentimiento, o de simpatía (para el dolor), o separación entre los sentimientos (con la parte más vital de la inteligencia) por un lado, y, por otro, esa parte más superficial del espíritu con que se hacen los razonamientos y los libros, cuando se tiene el espíritu así... Por lo que sea; pero el caso es que el optimismo realmente pone poco inteligentes a los hombres.

Muchas de esas "tonterías de hombres de talento" que figuran en colecciones cómicas, son de filiación optimista. Según B. de Saint Pierre los perros son generalmente de dos colores, uno claro y otro oscuro, para que puedan distinguirse de los muebles de la casa; el melón está naturalmente repartido en tajadas, para que pueda ser comido en familia; la calabaza es muy grande, para que pueda repartirse entre vecinos...

Otras andan en libritos de moral. Lubbock mide las plazas y paseos públicos para consolar a los pobres que creen no tener tierras.

Pero ¡en los más a l t o s espíritus! Para que ¡Leibniz! pensara en el placer de condenados del infierno por la justicia de su condena, era necesario que el optimismo *s'en mêlât.*

Leibniz, todavía, era un espíritu sistemático y genial, y por ambas razones podía en rigor decir tonterías. Pero ¡yo he descubierto algo más fuerte!

La defensa más segura contra las *sotisses,* parece que debería resultar de la combinación del espíritu crítico más fino y alerta, con la inteligencia más penetrante y dúctil y el gusto más delicado y seguro, sin sistema ni genio. Pues bien: Renan se puso un día a demostrar su optimismo y escribió estas tres cosas:

Que la muerte, al fin y al cabo, no es más que una consecuencia de que lo que tiene un principio tiene un fin (esto va como consuelo).

Que los animales destinados a ser comidos tienen la compensación de haber sido antes bien alimentados (y el ejemplo elegido son las ostras de los viveros...).

Y que deben felicitarse los hombres de no ser más inteligentes, porque, si lo fueran (este argumento lo complace tanto que suele volver sobre él), tendrían la cabeza muy voluminosa, y entonces no sólo estarían más propensos a congestiones cerebrales, sino que matarían a la madre al nacer...

Apéndice — Esa otra consideración optimista (bastante común) de que la muerte no importa porque los elementos quedan, y se combinan de otro modo, y renace la vida, etc., etc., muestra cuán fuera de la realidad es sacada la gente por las teorías, el literateo y los estados librescos...; y, sobre todo, muestre lo que muestre, es idiota.

LAS RELIGIONES Y LOS HOMBRES

Cuando vamos teniendo más experiencia nos ocurre, en nuestra actitud respecto a las religiones positivas, algo curioso.

Por un lado, nos hacemos más tolerantes, tanto en lo ideológico como en lo personal.

Pero por otro lado, en la realidad de la vida, en la experiencia concreta, demasiadas personas, demasiados individuos reales que profesan religiones positivas y dogmáticas, se nos van mostrando como de los menos buenos.

El miedo a las sanciones, que teóricamente debería ser tan fuerte como freno, no parece retenerlos tanto como lo que los afloja, tal vez, la idea del perdón fácil.

Sobre todo, debe influir, me parece, esa creencia o sensación de superioridad sobre los demás hombres que resulta de ser familiares con el ser superior, y por él preferidos: "elegidos" (así como, en la vida, los servidores preferidos, los validos, tienen tendencia a formarse mala psicología); (así como en los mismos pueblos por lo demás —y es una ley histórica constante— el sentirse elegidos de Dios es

causa o concomitante de psicología prepotente, dominadora o despreciadora).

Otras causas presuntas: la falta de lucha mental, de conflicto, de problemas, que templen.

Y la falta, o desecamiento, precisamente del *sentimiento* religioso, desecamiento que las religiones dogmatizadas presuponen o producen.

UN EFECTO DE LA ENSEÑANZA INSTITUIDA

La enseñanza instituída ocasiona un efecto curioso.

Continuamente, se producen, en gran cantidad, libros que tratan con verdad, con buen sentido, con justeza, con equilibrio, de ciertos problemas, p. ej. de los problemas sociales o morales, donde el hecho a que voy a referirme es más caracterizado.

Pero por aquella misma razón, por tener aquel carácter, esos libros no se pueden resumir, ni poner en programas, con rubros como: "Teoría de tal o cual autor".

Entonces, la pedagogía *los elimina automáticamente.*

Y da permanencia, sobrevivencia, como una especie de gloria especial, diremos gloria pedagógica, a los libros unilaterales, esquemáticos, y, por ello, más o menos falsos y absurdos.

Aunque queden en los programas como tesis "a refutar", el caso es que quedan.

Es interesante, entre paréntesis, *saber reconocer en el período mismo de su producción y de su boga,* los libros que están consagrados a ese destino.

Un libro, p. ej. como el de Spengler, tiene su inmortalidad pedagógica asegurada, por haber agregado a los programas de Filosofía del Derecho unas cuantas unilateralidades y absurdos más para "refutar".

RELACION (EN CUANTO AL METODO) DE CIENCIAS DE LO MAS COMPLEJO CON CIENCIAS DE LO MAS SIMPLE [1])

Bueno, que la superior *utilice* a la inferior; malo, que la *imite,* que le copie sus métodos, o que se subordine o adapte a ella.

Por ejemplo: Bueno, que la Biología conozca y utilice la Mecánica, la Física, la Química; malo, que la Biología imite a la Mecánica, a la Física o a la Química, o se condene a no seguir otros métodos que los de estas ciencias.

Bueno, que la Psicología utilice —además de conocerlas bien— la Fisiología, las ciencias de laboratorio, las Matemáticas; malo, que la Psicología quiera estudiar sus propios fenómenos por los mismos métodos y procedimientos por que la Fisiología (o las ciencias de laboratorio o las Matemáticas) estudian los suyos.

Bueno, que la ciencia social conozca y utilice las ciencias biológicas; malo, que se subordine a ellas o las imite, o quiera resolver sus problemas propios por esas otras ciencias.

Cuando una ciencia de hechos más complejos, o

1) Para "Lógica Viva".

de un orden más elevado (o simplemente de hechos de otra calidad), se presenta imitando a otra ciencia de lo menos complejo, o pretendiendo explicar todo por ella, se puede afirmar *a priori* que aun no está bien hecha, o que aun no está hecha; y, de una explicación de ese carácter, que no es verdadera (totalmente al menos).

ESTAR ANTES DEL PROBLEMA [1])

Se lo podría considerar como un paralogismo o simplemente como un estado. Pero su interés lógico es que los que están antes del problema son los que menos comprenden y de los que más creen comprender. Y, así, muy poco accesibles a la persuasión.

Generalmente se está antes del problema por un proceso relacionado con la especialidad de los problemas normativos Recordemos que la "solución" de éstos es de elección· 1º) considerar todas las soluciones posibles; 2º) considerar todas las ventajas e inconvenientes de cada una de esas soluciones; y 3º) elegir. Bien: Generalmente se está antes del problema, por desconocimiento de las ventajas e inconvenientes de alguna solución. Entonces se descubre o se ve algo contrario y se cree que es la solución misma o que es razón o hecho decisivo para la solución. Por ejemplo: Se discute sobre los concursos de oposición, y alguien (pedagogo, político, periodista) "descubre" p. ej. que en los concursos no siempre gana el mejor, o descubre que hay personas que por su temperamento especial no se lucen en los concursos; o descubren que por los concursos de oposición no se premia la actuación práctica, o se des-

1) Para "Lógica Viva".

cubre todavía que el régimen de los concursos tiende a someter la inteligencia a un entrenamiento muy forzado y dañoso. O descubren que hay personas que buscan recomendaciones para tratar de hacerlas valer en los concursos. Entonces, eso que han visto, lo toman como un hecho decisivo para la solución del problema, y argumentan, poseídos de sensación de novedad y de infalibilidad.

Entretanto, el problema es *después*: el problema es, sabiendo eso, y mucho más que eso, y sabiendo también lo otro opuesto: que los concursos de oposición tienden a mantener en mayor grado que otros regímenes la moral del medio pedagógico; que no envilecen, sino que dignifican; que no ocasionan una especie de transporte de los hábitos políticos, en lo que tienen de menos elevado, a los medios de enseñanza: que si bien es cierto que la recomendación, prácticamente, puede producir algún efecto en los concursos, para que ello ocurra se necesita suponer en los examinadores un grado extremo de inmoralidad, mientras que, en cambio, para que las recomendaciones produzcan efecto en los nombramientos directos, basta un grado de inmoralidad medio, la inmoralidad habitual de los hombres; y, comprendiendo también que si bien el concurso no garantiza el triunfo del mejor, por lo menos garantiza una cierta altura, un cierto promedio, y asegura en lo posible contra los peores, contra los francamente malos; sabiendo, todavía, que los otros procedimientos, como el llamado concurso de méritos, son simplemente disfraces que toman en la práctica los nombramientos directos, etc., observando, comprendido y sentido todo eso, recién entonces empieza el problema, re-

ción se plantea. Y es entonces cuando procederá la solución, que, como repetimos, es de elección.

No sé si todos los casos se podrían reducir a ese proceso: quizá fuera forzado. Pero pásense en revista una serie de casos: muchos ofrecerán proceso semejante. Por ejemplo, en lo político, la mayor parte de los anti-demócratas o de los anti-liberales modernos, están antes del problema, y por el mismo proceso. Alguien "descubre" (puede ser con observación e inteligencia perspicaces, como Faguet), el papel que desempeña la incompetencia en las democracias; y, sobre esos hechos perfectamente verdaderos, instaurará un proceso contra la democracia, "culto de la incompetencia". Otro, por vías teóricas, descubrirá o enfatizará lo horroroso y absurdo del principio de que mande la mayoría: el absurdo de la igualdad del voto conferido a personas de distinta capacidad y de distinto valor moral... y tanto más... Bien: nosotros sabemos todo eso, y lo hemos tenido en cuenta. Y sabemos mucho más: si somos observadores, habremos observado todavía mucho más que ellos, en materia de males de la democracia. Sabemos por ejemplo, que la administración democrática se manifiesta como incapacitada para pasar de cierta altura. Hemos observado, sin ir más lejos, en un país como éste, que cuando éramos gobernados por tiranos militares, la instrucción pública, p. ej., pudo progresar precisamente porque ese punto no interesaba a los que mandaban y porque el pueblo no podía intervenir ni perturbar, ni complicar, ni discutir nada. De manera que, confiada en algún caso esa dirección a un hombre capaz, los progresos podían ser más fáciles. Por ejemplo, la instrucción pública podía adelantarse al promedio so-

cial. En cambio, cuando es el mismo pueblo el que manda, y todos intervienen y todos discuten; cuando la instrucción interesa a todos, incluso a los que no entienden, y se complican además las cuestiones pedagógicas con las electorales, entonces difícilmente se puede hacer otra cosa que mantener esa instrucción al nivel del país. Ya es más difícil adelantarse al promedio social, como podía suceder, en ése y otros órdenes, bajo despóticos dictadores, que establecían leyes, como sancionaban códigos, ejecutivamente, implantaban con facilidad reformas materiales, etc.

Todos sabemos observar en la práctica. Y, en la teoría, sentimos más que ellos todavía lo que hay de absurdo y de horrible en que se sometan los hombres superiores a la mayoría, que es por esencia mediocre y promedial.

Y sabemos que no hay teoría doctrinariamente satisfactoria de la democracia ni de la soberanía. Que el hacer gobernar por los más, no es sino una mala solución, simplemente menos mala que las otras posibles.

Pero observamos también otros hechos: observamos esa especie de sensibilidad de las masas, a veces sorprendente, que las hace por una parte sentir las orientaciones futuras de un modo que la consideración de la mentalidad de los componentes no haría esperar. Observamos que en la realidad práctica la *resultante* es mejor que la que podría esperarse del valor intelectual y moral de los funcionarios democráticos. Y observamos lo más esencial: que la democracia mantiene vivos y sensibles a los individuos, suprema fuerza, reserva y valor social. Y el problema sólo *empieza,* cuando se trata de *elegir* sabiendo todo eso. Los que "descubren" los males de la demo-

cracia, están antes del problema. Esos males ya deben estar bien descubiertos por los demócratas conscientes. Lo mismo cuando p. ej. para apoyar un régimen dictatorial, sea de hombres o de clases, se exhiben buenas leyes o se invoca la corrección de ciertos abusos o aún cierta sensación de seguridad o de goce. El que sabe observar en política y en historia, sabe, y sabe mil veces, que suprimiendo libertades se pueden dictar buenas leyes, a veces muy fácilmente, y se pueden corregir muchos males concretos; pero sabe que se van dañando los individuos, y sabe que, a la individualidad y a la libertad, para hacerlas entrar en los cálculos de preferencia, hay que ponerles un coeficiente casi infinito, no místico, no teórico, sino un coeficiente de futuro de hechos, que tendrá el signo del bien, aun cuando no puedan preverse concretamente esos hechos buenos; mientras que el coeficiente seguro, aunque indeterminable en detalle, de signo contrario, es inmenso y fatal en cualquier régimen político que sacrifique la individualidad y la libertad.

Se puede estar antes del problema y estar en buena causa. Por ejemplo: la mayor parte de los feministas están antes del problema. Creen que basta y que es decisivo hacer notar (o tomar como tema de frases) la *injusticia* de la desigualdad social entre el hombre y la mujer. En realidad, el problema recién se plantea bien cuando se comprende que, siendo esa injusticia en parte de causa fisiológica, no se trata siempre de igualar, sino, en parte, de compensar, y, precisamente, en ciertos casos, con desigualdad: sólo que, ésta, en favor de la mujer, y no, todavía, contra ella.

ILUSIONES DE ORIGINALIDAD Y DE INDEPENDENCIA

La más común: se toman como términos de comparación las ideas vulgares. Con respecto a ellas, se es original, independiente, innovador. Pero con respecto a ideas superiores, o de los superiores, se es secundario, imitador o subordinado. No se siente esto último (ni el público lo siente), y, sí, lo primero...

SOBRE TRADUCCIONES

Se traduce con dos fines: con un fin científico o de información y con un fin artístico. En el primer caso no hay ningún problema. Pero en el segundo caben dos direcciones:

La primera es la dirección a obtener obra de arte en el idioma al cual se traduce. Naturalmente, hay que ponerse entonces dentro de ese idioma *ad quem*, cuya corrección da las condiciones negativas del arte, y después ir más lejos, hasta donde se pueda. Esta es la dirección predominante, perfectamente legítima como es natural, pero a propósito de la cual hay que notar algo muy interesante, y es que aleja de la obra original. El caso extremo es la traducción de verso en verso. En ese caso, las condiciones, diremos, adicionales, con que dificulta su propia tarea el traductor, pueden llevar sin duda a la producción de una obra de arte, pero de una obra de arte bien distinta de la original. Además de lo que se pierde por la misma traducción, hay más perdido por la nueva condición impuesta. Por eso, precisamente, entre los que resisten a la traducción en verso se encuentran generalmente los mismos poetas traducidos, cuando poseen los dos idiomas. Tipo, Heine, que tradujo él mismo sus poesías en prosa francesa.

Ahora, la segunda tendencia no existe sino incidentalmente, y no con fin artístico. Tendría sin embargo *artísticamente* interés.

Sería la tendencia a poner a la persona que no conoce un idioma en las condiciones más parecidas posibles a aquellas en que se encuentran las que conocen ese idioma (el idioma *a quo*). ¿En qué situación se encuentra el que lee una poesía escrita en idioma extranjero, conociendo ese idioma? Si lo conoce por completo, conocerá por una parte todo lo que es verbal y gramatical, y por otra parte conocerá el espíritu.

Ahora bien: cuando por incidente algunas de esas traducciones de fin pedagógico, con la letra debajo, de traducción bien literal, con explicaciones en su caso, nos pone en contacto con las obras artísticas, nos encontramos con algo que en nuestro idioma no es tal obra artística, y que hasta es artísticamente repelente; pero nos pone en condiciones más parecidas a las del que puede leer las obras artísticas extranjeras. No conocemos el espíritu, pero por lo menos nos vamos a encontrar con los modismos del idioma no traducido, nos vamos a encontrar con la construcción de ese idioma, y entonces, si bien no gozamos directamente de la obra artística, podemos adivinarla mejor en su idioma original. Esa dirección de la traducción, debiera ser cultivada también, no en lugar sino además, y no, entendámonos bien, con fines pedagógicos, sino con fines verdaderamente *artísticos, en otro sentido.* Por traducciones de esa clase, se penetraría más, no sólo en el espíritu de los otros

idiomas sino en el espíritu de las mismas obras de arte, por cuanto el idioma propio, al asimilar la obra de arte extranjera, tiende a hacerle perder, de su carácter artístico, no sólo lo que indefectiblemente tiene que perderse en toda traducción, que es mucho, sino todavía algo adicional por ese trabajo de sustitución del alma de otro idioma por el alma del propio.

ACTITUD EN CUANTO A LA LECTURA

Alguien dijo: "A mi edad no se lee: se relee". Mal y absurdo.

Sin duda con la edad debe venir tendencia a no leer demasiado (la mentalidad superior, ya formada, se defiende, para producir, o para la simple independencia mental). Pero lo absurdo es dividir por nuevo y viejo.

El que evoluciona bien y hasta el fin, sin duda selecciona cada vez más, pero no por época sino por valor. Su sensibilidad, su juicio, su crítica, se desarrollan en todos los sentidos, y le permiten, por una parte, apreciar mejor y sentir más las grandes obras antiguas, y por otra sentir, por una intuición que se perfecciona, la *verdadera* novedad de las recientes. Lo único que hay es que naturalmente está más en guardia y más defendido contra los falsos valores, y ésos engañan más todavía en lo nuevo que en lo viejo.

COMO EMPIEZAN Y COMO ACABAN LOS POETAS

Los modos de empezar son muy sencillos (mirados de afuera). No hay más que dos: o por explosión, en que el poeta se abre de golpe y dando en un principio todo lo que tiene que dar, o por formación gradual, pasando etapas de vulgaridad e imitación, pero con impulso de superación.

Los modos de acabar son mucho más complicados.

Muchos poetas acaban por racionalización; y entre éstos suelen figurar no pocos de los más nobles. Buscan la ciencia, la filosofía. El pensamiento, el estudio, los vampiriza, los decolora, les inhibe la asociación vaga, la intuición; sin contar con los que, simplemente, no pueden resistir la tentación de hacerse "pensadores". Otros se hacen moralistas. Y, casi siempre, ésos son modos de acabar.

Ahora cuando se salvan éstos y todos los otros peligros, y el poeta crece y se superioriza, es por hipertensión de la sinceridad hasta un grado extremo.

A veces desafina o estalla. Pero de esa hipertensión sale, cuando sale, lo supremo.

Y más sublimado cuando entra el dolor.

Sólo que el dolor y la sinceridad, a veces, llevan a otro "modo de acabar los poetas", que es callarse...

EN LAS RELACIONES CON ARTISTAS

Cuando una obra artística es buena, pero sin más (sin llegar a la genialidad, ni a un cierto grado de originalidad o de fuerza), si expresamos ese juicio se nos pregunta (el caso es muy frecuente cuando lo expresamos al mismo autor): "¿Por qué", en el sentido de: "¿qué le encontramos de *mal?*". Y notamos, si sabemos darnos cuenta, que, para ellos, no ser, una obra, genial, o muy buena, supone "tener defectos".

Nos esforzamos para explicarles que no queremos decir eso; que no encontramos nada de *malo,* pero que tampoco encontramos las cualidades positivas en el grado necesario para que la obra sobrepase cierta altura

Pocas veces entienden eso, aun ya cuando se trata de obras ajenas. El autor, nunca.

Otro caso, en las relaciones con literatos: Nos leen alguna frase, imagen, etc., que no nos gusta. No nos gusta, en gusto, sintéticamente, como impresión. Lo decimos. Nos discuten. Y si, obligados por ellos mismos, tratamos de explicar, piensan que nosotros somos espíritus fríos, razonadores, etc. (y que por eso no apreciamos la belleza de aquello).

COSAS DE ARTE

Para violar lo establecido, sin duda lo mínimo ha de ser conocerlo. Pero lo que hay es que la producción debe ser tan ajena al propósito de violar como al de seguir.

No tiene por qué ser, el creador, hombre de escuela. Son los demás los que se preocuparán por hacerlo entrar en alguna, con más trabajo mientras más él haya sido él...

Para no ser viejo hay que no haber querido ser nuevo.

La belleza, como la verdad, se buscan *directamente.*

Todas ésas son verdades a que se vuelve después de profundizar mucho en arte y en crítica, y de mucho sentir.

Sin embargo, hay apariencias en contra, y entre ellas hay que referirse a los desenvolvimientos que está haciendo cierta crítica moderna de una observación realmente perspicaz de Goethe, a saber: que las obras más durables resultan ser las obras de circunstancias. Bien: cierta crítica procura deducir de ahí que el artista "debe ser de su época"; y fácilmente se desnaturaliza esa proposición en esta otra: que el artista debe *tratar,* debe *buscar* el ser de su época. Y aquí hay un equívoco que deshacer y un importante hecho que observar.

El que busca expresamente, consciente y deliberadamente, ser de su época, el que quiere ser nuevo, modernista, vanguardista, o izquierdista, o lo que sea, el que quiere ser "antena sensible" de su siglo, ése, va a *seguir su época.* Ahora bien: hay que *hacer su época,* en el grado en que cada uno pueda O mejor, para hablar con toda justeza, hay que reaccionar con su época. Los que *siguen* simplemente su *época,* después son eliminados de ella: como no reaccionaron en ningún grado, no le agregaron nada. Son entonces simplemente elementos inertes (no componentes, sino como residuos o quistes) incluídos en su época, y que ésta habrá de eliminar.

En cambio, los autores que quedan como de una época, aun cuando hagan obra de circunstancias, son los que la hacen en reacción.

Y nótese un hecho muy significativo: Que muchos de esos autores precisamente reaccionan a tal punto contra su época, que conscientemente la condenan o la deprimen, como Dante, que es el tipo del genio de circunstancias y del genio de época; o, por lo menos, reaccionan contra ella, como Cervantes; como el mismo Goethe.

Ni aun éstos se libran de ser de su época, pero son de su época de otro modo. Ellos son de su época, y la época también es de ellos, en cierto grado, en cierta medida.

Y ésos, sí, quedan. Los otros son epifenómenos. La época no necesita de ellos.

Van flotando en ella: pueden tener significación sólo como signos, pero no valen en sí.

(Del mismo género es la relación del artista con su escuela o con su nación).

FACULTADES LAMENTABLES

"Adquirieron la facultad lamentable de *voir la bêtise et de s'en attrister*" (Bouvard y Pécuchet).

Ésa es la más elemental, en materia de facultades lamentables. ¡Hay tantas otras!...

Una p. ej. es la de sentir por dónde van a venir las ideas hechas. Cómo, en un momento dado, van a empezar a razonar, a sentir y a hablar (y a imitar) los hombres. Las ideas que se vienen, y las modas; y cómo todo esto es inevitable...

Otra es la de intuir cómo se sentirá o cómo se dejará de sentir después de pasado más o menos tiempo; los juicios que quedarán, dadas las maneras habituales de razonar y de equivocarse de la humanidad —aunque sea posteridad— sobre los sucesos y sobre los hombres actuales; intuir acertada y dolorosamente lo que será olvidado y lo que será incomprendido. . .

Otra es sentir, ante hombres en relación, que no se comprenden, y sobre todo *cómo* no se comprenden· entender y sentir el estado de espíritu de cada uno de ellos y *cómo* cada uno de ellos no comprende al otro (y también cómo alguien no nos comprende a nosotros mismos. O intuir cómo no comprendemos nosotros a los demás...).

Otra, tristísima, es intuir el efecto real de la pro-

paganda, de las argumentaciones: las desviaciones, la incomprensión; y conocer suficientemente la psicología de los hombres como para poder sentir todo eso *concretamente,* y sufrir de antemano con ello. (Qué triste, por ejemplo, cuando un hombre tiene que defenderse ante la opinión pública). (¡Y, en general, creer que el efecto de la acción o de la propaganda se ajusta fielmente a ella en dirección y grado, es una, muy frecuente, ilusión. Una buena comparación para sugerir lo que ocurre realmente al respecto es la de un bastón, que se mueve en el agua. El movimiento del agua no es una reproducción del movimiento del bastón, y sus relaciones con éste son mucho más complejas; así, los efectos de la acción o de la propaganda siguen su dirección en grueso y en general; pero de un modo difuso y con complicaciones de todo orden, hasta contra corrientes. Sin duda el bastón mueve el agua, pero no con un movimiento igual al del bastón sino más difuso; y sólo en grueso se puede decir que la mueve en el sentido de su movimiento; y hasta en ciertos casos especiales la mueve más bien en otro sentido, y en algunos en sentido contrario. Lo cual ocurre igualmente con las palabras y con la acción...).

AMARGO

Un hombre discierne lo mal en la moda, en lo pretendido innovador, en lo que los otros escriben y hacen, etc., y lo explica en la época en que aquello predomina o seduce. Hacerlo *entonces* es dificilísimo (dificultad de perspicacia y dificultad de valor). Y ese hombre pasará por incomprensivo; y encontrará indiferencia: con más o menos desprecio o antipatía, pero, sobre todo, indiferencia.

Su acción personal, por otra parte, no será probablemente de mucho provecho. No anticipará ni facilitará muy sensiblemente el trabajo correctivo y reductor que ha de hacerse después, por sí mismo, con el tiempo.

Y, cuando se haya hecho, entonces, falta de interés, y de originalidad aparente, en la obra de aquel hombre, y de objeto en que ella quede; de agradecimiento y de gloria.

PREDICCIONES

Cuando un hombre se adelanta a su medio en razón, el hecho después se percibe y se reconoce.

Cuando se adelanta en intuición, previendo así lo práctico antes que los demás, el hecho difícilmente será percibido y reconocido.

Antes de los hechos, el intuitivo parece iluso. Después, nadie recuerda, ni puede imaginarse, el estado en que la predicción se produjo; y la que fué predicción sagaz parece trivialidad. O bien se olvida el hecho mismo de la predicción. Y son los juicios primitivos, contrarios a ese hombre, los que quedan a propósito de él.

POR LA VERDAD

En un libro de un hombre querido y respetado está escrito esto:

"El que tiene algo que decirnos porque está seguro de algo que ha visto, díganoslo, bien o mal, en buena hora, incítenos a verlo racionalmente, pero el que no tiene una certeza, ni siquiera la espera, nada tiene que decirnos que valga la pena, y es menester que se calle la boca; que guarde para sí sus dudas o incertidumbres hasta tanto no pasen al estado de cosas claras y discretas. Nada más común que los hombres que no saben nada y se dedican a enseñar. El hombre vive de creer, dice Carlyle, no de argumentaciones y de discurrir sobre infinitas cosas".

Parece verdad, ¡y qué triste sería para mí que lo fuera! Pero no lo es.

Para que llegue a aparecer, a formarse y establecerse cada verdad, cuando puede llegar, es necesario que antes hayan sido analizadas, dudadas y combatidas diferentes falsas verdades. Muchas, muchísimas para el establecimiento de cada verdad definitiva.

Así el que llega a fundar una verdad verdadera (adonde puedan fundarse), ha hecho menos todavía, no sólo por la verdad, sino por *esa verdad*, que los muchos que, antes, trabajosa y penosamente, destruyeron tantas "verdades" falsas.

Además, el estado psicológico verdadero vale más todavía que la creencia lógica verdadera.

"ENSEÑAR A VACILAR"

Según algunos, enseñar a pensar bien, y por consiguiente a actuar lo mejor posible, examinando las ventajas e inconvenientes de las diversas soluciones, es "enseñar a vacilar".

Un práctico enseña a navegar. Hay arrecifes a la derecha; por consiguiente hay que tomar a la izquierda. Hay bancos a la izquierda; en ese caso hay que tomar a la derecha. Hay bajante: hay que detenerse. En ciertas épocas hay corrientes aquí o allá: hay que tenerlas en cuenta.

Y entonces, se diría: "inhibe usted todas las soluciones. No permite ir a la derecha; no permite ir a la izquierda. Hasta hace parar. Hace pensar en demasiadas cosas: enseña a vacilar". No; sino a entrar a puerto.

Sólo que en las cosas materiales no hay "teorías" y partidos de la clase de los que hay en las cosas sociales y morales, y cuya insensatez, si fuera en lo material, vería cualquiera. Como si en el caso de la navegación hubiera p. ej., "derechistas" o "izquierdistas". El práctico, en las cosas materiales, no tiene que luchar contra semejantes teorías; de ahí que se ve fácilmente que es práctico.

* CIENCIA Y METAFISICA

Aunque no hubiera, en favor de la Metafísica, otras razones ni de utilidad ni de dignidad, habría ésta, que parece una paradoja y es una verdad capital: *el conocimiento de la Metafísica es indispensable para ser un verdadero positivista en ciencia.*

El hombre de ciencia que no es a la vez un metafísico, no dejará, si tiene alguna predisposición a profundizar las cuestiones, de percibir las deficiencias de sus fórmulas y símbolos como expresiones de la realidad; y, precisamente porque no sabe que no son más que fórmulas y símbolos, puede acabar por encontrarlos sospechosos y llenarse de preocupaciones respecto a su uso. Un químico, p. ej., si es completamente ignorante en filosofía, quiere ver en su teoría atómica una expresión fiel de la realidad; y como, si tiene algún talento, no dejará de sentir las dificultades y la insuficiencia de esa explicación, será muy fácilmente perturbado en su trabajo científico, en tanto que, si hubiera profundizado más aún, si la filosofía le hubiera enseñado el carácter no trascendente y puramente práctico de tales símbolos, precisamente por eso podría servirse más libremente de ellos para los fines de invención y previsión que son los de la ciencia práctica. Un matemático no filosófico, no puede serlo tan poco que no se sienta

embarazado por todo lo que hay de oscuro, de inexplicable o de contradictorio en las nociones que maneja; continuamente lo obsesiona una metafísica incipiente, que se mezcla a su ciencia y la confunde; si hubiera ahondado más, sabría distinguir unos de otros los planos de abstracción, y en el de la ciencia trabajaría más desembarazadamente con sus símbolos, precisamente por saber que no son otra cosa que eso, —sin perjuicio de su análisis más hondo en otros planos de abstracción. Lo mismo el mecánico, o el biologista, que teorizan consciente o inconscientemente. Si tuviera sentido aquel ideal positivista de una ciencia que abandonara el "por qué" y se limitara al "cómo", no se realizaría nunca por falta de metafísica, sino, en todo caso, por exceso de metafísica...

Por lo demás, *hacer metafísica buena es el único preservativo que se conoce para no hacerla mala.* Y desde este punto de vista, la ciencia de nuestra época ofrece un espectáculo curioso, y hasta, en uno de sus aspectos, un poco triste. En tanto que los filósofos de valer tienen casi siempre —hecho muy digno de ser notado— una versación científica seria (la información mecánica de un Renouvier, la información biofisiológica de un Bergson), es casi la regla que los científicos de nota sean más o menos ignorantes en filosofía. Y como nuestro instinto especulativo es invencible, y como, aunque alguien pretenda posible establecer un límite preciso, una barrera entre la ciencia y la filosofía, esa frontera no se puede fijar en el hecho, —el "esfuerzo inusitado por pensar claramente", a que se reduciría la metafísica según una expresión genial de James, los lleva, en el mejor de los casos, a rehacer trabajosamente la filosofía de los filósofos, y, en el peor y más común, a fabricar una

insuficiente, confusa, imposible. Y es ése el aspecto triste: esa confusión, y el gasto inútil de energía. La ciencia que teme a la metafísica noble, es víctima de otra metafísica inconsciente y vergonzante, que la parasita, y que, en vez de depurarla, la enturbia. No hay nada tan digno de atención como el aspecto que ha tomado hoy esa region intermediaria entre el conocimiento positivo y la especulación francamente filosófica. Cada vez los sabios profundizan y generalizan más, y su ciencia, al disolverse en metafísica, pasa por una especie de punto crítico, en que el conocimiento toma un aspecto excepcionalmente turbio y ambiguo; y pensamos que la mucha filosofía vale, en todo caso, más que la poca filosofía, para clarificar esas vastas generalizaciones (a veces, por lo demás, dignas de la más legítima admiración), de los modernos matemáticos, de los mecánicos, de los biologistas (¿no es evidente, p. ej., que si todos los sabios tuvieran una fuerte disciplina filosófica, el gran talento de Le Dantec hubiera dado un rendimiento mayor todavía?...).

Nota. — Hay que hacer la siguiente reserva En su campo de acción práctico, los hombres de ciencia, normalmente, trabajan defendidos —aislados— por un imperturbable instinto, exactamente en las mismas condiciones en que obran todos los hombres en la vida ordinaria; ninguna metafísica, ni buena ni mala, modifica demasiado sensiblemente, en aquél como en este caso, su acción práctica: recuérdese como muy típico el caso de Pasteur. Lo que yo señalo es, simplemente, una tendencia, un peligro, que las orientaciones del pensamiento científico contemporáneo, sobre todo, están mostrando que no es puramente teórico.

Las ideas son como los globos. Nos levantan fácilmente: el problema está en hacerlas dirigibles [1]).

Por eso muchos preconizan, aquí también, lo más pesado que el aire. Son prácticos y hacen muy bien, siempre que ni estorben ni condenen demasiado a los otros: a los que se dejan levantar sin temor, fiando el descubrimiento al azar de la caída.

Los ingenuos positivistas de la primera hora aconsejaban abandonar toda especulación filosófica y aplicarse exclusivamente a la ciencia positiva. Si se hace lealmente el ensayo, ocurre como en las telas desflecadas: les cortamos el borde, para dejarlo preciso y neto; pero éste se desfleca a su vez; cortamos de nuevo, etc., etc. La tela se nos va yendo de entre las manos; y, si no nos detenemos a tiempo...!

En medio del "océano para el cual no tenemos ni barca ni velas", la humanidad se ha establecido en la ciencia. La ciencia es un témpano flotante.

Es sólido, dicen los hombres prácticos, dando con el pie; y, en efecto, es sólido, y se afirma y se ensancha más cada día. Pero por todos sus lados se encuentra el agua; y si se ahonda bien *en cualquier parte,* se encuentra el agua; y si se analiza *cualquier trozo* del témpano mismo, resulta hecho de la misma agua del océano para el cual no hay barca ni velas. *La ciencia es Metafísica solidificada.*

Es sólido, dicen los hombres prácticos dando con el pie. Y tienen razón: y, también, nada es más útil y meritorio que su obra Ellos han vuelto el témpano

1) Unos años de ciencia han hecho esta imagen, por inactual, casi incomprensible

habitable y grato. Miden, arreglan, edifican, siembran, cosechan...

Pero esa morada perdería su dignidad si los que la habitan no se detuvieran a veces a contemplar el horizonte inabordable, soñando en una tierra definitiva; y hasta si continuamente algunos de ellos, un grupo selecto como todo lo que se destina a sacrificios, no se arrojaran a nado, aunque se sepa de antemano que hasta ahora ninguno alcanzó la verdad firme, y que todos se ahogaron indefectiblemente en el océano para el cual no se tiene barca ni velas.

* UN LIBRO FUTURO

Parece de filosofía Me es imposible leerlo, a través de tanto tiempo. Pero entreveo algo:

" . . . .
. . . . Al llegar a este punto del análisis, ya no puedo pensar con claridad . . . .
. . . .
La simetría me inclinaría aquí a sostener que . . . ., pero . . . .
. . . . Ahora, sobre la otra cuestión, sí, me parece evidente . . . .
. . . . De los dos argumentos que se me han hecho sobre este punto, el primero me parece completamente improcedente. En efecto . . . .
. . . . En cambio, el segundo es muy serio, y me inclina a abandonar la opinion que expuse, puesto que . . .
. . . . Punto es este sobre el cual no tengo una opinión fija. A veces me parece que . . . . porque . . . ., otras veces, en cambio,

pienso más bien . . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

No podría expresar por ningún esquema verbal mi psicología a propósito de este problema, y recurrire al artificio, ya tan corriente hoy, de transcribir anotaciones, en parte complementarias y en parte contradictorias, que he hecho en distintos momentos y en distintos estados de espíritu· el lector fundirá, combinará, y —no, comprendiendo eso, sino comprendiendo a propósito de eso— encontrará tal vez alguna ayuda en las transcripciones que siguen para formarse sobre la cuestión un estado mental amplio y comprensivo . . .

. . .
. . . .
. . . . .
. . . . En este punto, debo confesar que la manera de discutir de mi crítico me trae el recuerdo de las antiguas épocas, cuando . . . . . . la vanidad . .
. . . .
. . . Es cierto que la humanidad no había acabado de comprender todavía que, desde los tiempos de Aristóteles, había estado confundiendo durante más de veinte siglos el lenguaje con el pensamiento Pero, aun así, parece imposible que a los autores de aquel tiempo no se les ocurriera, por lo menos, comparar sus obras con las anotaciones que les servían para prepararlas, notar cómo, en el paso de éstas a aquéllas, se habían desvanecido todas las dudas, las oscuridades, las contradicciones y las deficiencias, y cómo, por consecuencia, un libro de los de entonces, esto es una sistematización conceptual cerrada, con una tesis inconmovible, argumentos ordenados como teoremas, un rigor de consecuencias y una convicción que parodiaban artificialmente el pensamiento ideal de un ser superior que jamás ignorara, dudara o se confundiera o se contradijera, era un producto completamente falso y ficticio . . . .
. . . .
. . . . . . Además, a pesar de que los químicos de aquellas épocas ya sabían utilizar los residuos de preparación de las sustancias, a los escritores no se les había ocurrido

hacer otro tanto, no se les ocurría utilizar los residuos de fabricación de sus libros, ese fermento riquísimo, y desperdiciaban lo más precioso de su pensamiento Y como lo que expresamos no es más que una mínima parte de lo que pensamos, que es una mínima parte de lo que psiqueamos, resulta que cada escritor, y la humanidad toda, daban una producción muy inferior a los propios alcances, y muchísimos menos profunda de lo que ....
....
....
... .
.... "

¡Empezaba a ponerse interesante!

SOBRE EL INSTINTO DE INMORTALIDAD

Se ha invocado en todas las edades de la filosofía el instinto de inmortalidad como prueba de sobrevivencia, y se discute el valor de esa prueba.

Para unos, el instinto de sobrevivencia sería simplemente un resto de creencias atávicas, residuo de épocas de menos razón; o bien una ilusión semivoluntaria con que nos engañaríamos a nosotros mismos, sin valor por consiguiente como prueba de precisión. Para otros, el hecho de existir el instinto de inmortalidad tendría alcance de prueba. Sería, o bien una especie de reminiscencia, recuerdo, sí, pero de épocas no inferiores sino superiores, como ocurriría dentro de la filosofía platoniana o dentro de la filosofía teosófica, o bien un medio de conocimiento, un medio intuitivo más profundo que la razón y más verdadero que la razón. p. ej., filosofía bergsoniana. Al invocar el valor probatorio de ese instinto vendría a invocarse la infalibilidad del instinto.

Se discute su valor probatorio; pero:

¿Existe realmente ese instinto? y ¿lo tenemos de hecho? ¿Hay en el hombre, verdaderamente, instinto de inmortalidad, instinto de sobrevivencia?

Se da por sentado, y es lo menos cierto. En todo caso, tendríamos que hacer una distinción entre instinto de deseo e instinto de creencia.

Muchos hombres desean la inmortalidad, y sin duda puede considerarse ese deseo como un hecho; pero en verdad el instinto que tendría mayor alcance probatorio que ninguno, sería el instinto de creencia; no el de desear sino el de creer. Esos dos estados de espíritu, si bien pueden coexistir psicológicamente, de hecho son separables Yo, por ejemplo, resumiría mis observaciones diciendo que los más de los hombres tienen el instinto de deseo y quizá los menos el instinto de creencia.

El instinto de deseo es evidentemente el más general. Aunque no todos lo tienen, ni aun ése: existen personas, de cuya introspección y de cuya sinceridad no puede dudarse, que tienen indiferencia y a veces horror por la sobrevivencia. Pero el instinto de deseo es por lo menos muy común. Sólo que no es el instinto de creencia, ni lo supone (si bien se disfraza de él, y es esto lo que hace creer en la generalidad del instinto de creencia).

El instinto de creencia en la sobrevida, el verdadero instinto (esto es: como instinto y no como deseo; ni tampoco, y de eso hay que distinguirlo cuidadosamente, como creencia intelectual, porque la creencia intelectual no tiene más valor probatorio que el de toda creencia de razón, esto es, el valor de su prueba, de la argumentación en que se basa), el instinto de creencia, no es tal vez muy común. Eso no quiere decir que tengamos tampoco el instinto contrario; eso no quiere decir que nuestro fondo de alma, que lo que está por abajo, o por arriba, como se quiera, de la razón, tienda a probar la no sobrevivencia. En realidad, lo que hay es otra cosa, me parece, en el fondo de nuestra psicología sincera: sensación de imposiblidad de cada una de las dos disyuntivas del

dilema; de imposibilidad de aquella en que se piensa o se intenta pensar.

Si se hace una introspección sincera y lúcida, en la mayor parte de los hombres se encuentra esto: que cuando piensan en la sobrevivencia, tienden a sentirla como difícil o imposible, y cuando piensan en el aniquilamiento, en la extinción, en la cesación de la conciencia, también tienden a sentirla como difícil o imposible. Ése es el verdadero instinto, o el más común; no el de sobrevivencia ni el de no sobrevivencia.

Más que toda prueba o presunción basada en instinto, consuela la consideración de las posibilidades que se basan en la ignorancia, posibilidades que hay en el no saber, en el no entender, posibilidades que encierra la incomprensión. Más consoladora es la incomprensión que el instinto.

Pero aun en eso hay que ser sincero. Un insecto cae al agua. Tiran de una manija. Es precipitado por unas cañerías oscuras. No entiende nada, ni quién tira, ni por qué; ni a dónde va. Con imágenes de éstas que se nos ocurren, bien horribles, nos viene el concepto de que no entender, no comprender, no es garantía. No comprender no es garantía (sinceros hasta para con nuestras esperanzas).

Pero si no es una garantía, es una posibilidad.

* UN PARALOGISMO DE ACTUALIDAD

El paralogismo consiste en atribuir a la realidad las contradicciones en que a menudo se incurre, y muchas veces es forzoso incurrir, en la expresión de la realidad; en transportar la contradicción, de las palabras a las cosas; en hacer de un hecho verbal o conceptual, un hecho ontológico.

Muy sucintamente voy a indicar el proceso de ese paralogismo y a explicar por qué hoy es más oportuno que nunca estudiarlo, prevenirlo y corregirlo.

La realidad es como es. La realidad es percibida como es percibida. Estas proposiciones son verdaderas; son la verdad (tanto en el caso de que sean una sola expresada en formas diferentes, como sostendrá tal vez el idealista riguroso, o en el de que sean dos, como podrá admitir el realista: prescindimos, pues, de esta complicación).

Para simplificar el principio de nuestra exposición, vamos a presentar la primera de nuestras proposiciones, o nuestra proposición en su primera forma, descompuesta así: *las cosas son como son* (*o los seres son como son*). El Señor de la Palisse suscribiría esta nueva proposición con tanta facilidad como la primera; la Filosofía, ya no, porque notaría que ambas no son, o pueden no ser, equivalentes, y haría entonces

sus reservas sobre lo que podría haberse introducido de ficticio, o de esquemático, o de "pragmático", con esa noción de individualidad, que implica la noción, difícil de pensar, de identidad, de permanencia en el tiempo; pero, de estas nuevas complicaciones, prescindamos también por el momento. Las cosas son como son. Cada cosa es como es.

Ahora, a propósito de una cualquiera de esas cosas, que es como es, yo emprendo explicar cómo es. No puedo hacerlo total y adecuadamente, debido a la misma naturaleza del lenguaje. Dentro de esa imposibilidad, habría un medio, el menos imperfecto en cada caso desde el punto de vista de la exactitud: enumerar uno a uno los fenómenos que ocurren actualmente en la cosa en cuestión, y todos los que han ocurrido en ella en cada momento del pasado. Comprendamos bien, desde luego: cuando se dice que un modo de expresarse más particular es menos esquematizante que uno más general, no hacemos sino una diferencia de grado: se me ocurre que, para explicar esto, Bergson emplearía la siguiente metáfora: entre un lenguaje de términos muy poco generales y otro de términos muy generales, hay la diferencia que entre un montón de polvo y un montón de piedras: el tamaño de las "concreciones", nada más; el primero será más a propósito para hacernos imaginar lo flúido, lo continuo; pero, en realidad, tan discontinuo es uno como otro; y, del mismo modo, aunque el lenguaje poco general sea representación menos empobrecida de lo mental, sería siempre una expresión inadecuada. En cuanto a W. James, es posible que se le ocurriera esta otra imagen: nuestro discurso representa al *"stream of thought"* como esas líneas y flechas de las cartas marinas representan las corrientes

de agua; y, en una carta detallada, donde se usen muchas flechas y muchas rayas para indicar en cada lugar la dirección, la velocidad y otros datos, claro es que se da una representación menos inadecuada que cuando se representa la corriente por unas pocas líneas; pero la diferencia es de grado, y esa representación esquemática es en uno y otro caso inadecuada por naturaleza. Podría demostrarse que es así; pero, como cabe también evitar estas nuevas complicaciones, entremos, de inmediato, a estudiar los hechos como la práctica los muestra. es ello que nosotros sentimos la necesidad de generalizar, para abreviar nuestra expresión de lo que sabemos de cada ser: ayer, en tal momento, tal célula de Pedro sufrió tal modificación; tal otra se modificó de tal manera; tal elemento de él se movió en tal dirección, etc.; resumimos todo eso en una expresión más general, diciendo, por ejemplo: Pedro pegó a Antonio, y, para expresar a la vez este acto de Pedro y otros varios actos de Pedro, aplicamos a este ser una calificación, y decimos: Pedro es agresivo; y, para expresar los hechos reales y posibles que este término expresa, conjuntamente con otros muchos hechos reales y posibles de que Pedro sería autor, empleamos otro término aún más general: Pedro es malo.

¿"Pedro es malo"? Un momento, veamos: esto es demasiado sencillo, y Pedro no es tan fácil de juzgar. Sin duda, Pedro ha tomado parte en dos o tres incidentes personales en que me consta que no fué el agredido; recuerdo hasta que fué preso y condenado por uno de ellos, es un personaje brutal: a su mujer, le ha pegado más de una vez; pero, por otra parte, es hombre de una probidad intachable; escrupulosísimo en sus negocios, aun en esos casos en que los

hábitos comerciales han establecido una tolerancia convenida, y es caritativo, además, y muy sobrio, y un modelo de fidelidad conyugal. No es fácil decir lo que es: es malo y no es malo: hay verdaderas contradicciones en ese hombre...

Tal es la marcha psicológica de una apreciación semejante a la que hacemos todos los días: se ve cómo ésta nos ha traído a la consecuencia de que hay contradicción en Pedro; de que Pedro es un individuo contradictorio. ¿Es ello cierto? Sin duda, si a esa expresión no le atribuímos otro sentido que el que tiene legítimamente, a saber: que para hablar de Pedro en términos generales, me veo obligado a emplear expresiones que se contradicen; a decir, p. ej., que es malo y que no es malo, sin perjuicio de explicar en seguida en qué sentido es malo, en qué sentido no lo es, etc. Más fácil me hubiera sido hablar de Juan, quien, al mismo tiempo que actos de violencia, ha ejecutado robos y adulterios; pero Pedro, *que es como es,* no es más contradictorio que Juan, que también es como es; ni más contradictorio, ni menos contradictorio, porque las cosas, *en sí,* no son contradictorias ni dejan de serlo: son como son. Lo que hay es que, dada la connotación que hemos atribuído a los términos de nuestro lenguaje, nos resulta fácil hablar de Juan, del cual podemos dar una explicación prácticamente suficiente calificándolo de "malo", y nos resulta difícil hablar de Pedro, al cual no cuadra tan bien ninguna de nuestras calificaciones de significación hecha, lo que nos obliga, si queremos usar de tales calificaciones, a aplicarle una de ellas en sentido afirmativo, a aplicársela en seguida en sentido negativo, a explicar en qué sentido le corresponde, en qué sentido no le corresponde, lo que su-

pone en el que habla y en el que comprende, un proceso psicológico de correcciones, modificaciones, limitaciones... Pero se comprende cuán fácil ha de ser caer en nuestro paralogismo, que consiste, como ya lo hemos anticipado, en objetivar ilegítimamente esa contradicción, en atribuirla al ser, en pensar como contradictoria en sí a la cosa de que no podemos hablar (en términos de cierta generalidad) sin contradecirnos.

Presentado así, el paralogismo es tan simple y fácil de evitar, que no parece importante escribir al respecto: basta, nos decimos, con recordar aquella distinción que aprendimos en el manual de Lógica, a propósito del principio de contradicción: una cosa no puede ser *a* y *no a*, al mismo tiempo y *del mismo punto de vista*: cuestión de punto de vista, o, mejor todavía, de variación de connotación del predicado. Pero esa impresión es la que sentimos generalmente cuando se nos presenta el esquema lógico de cualquier falacia: otra cosa muy distinta es librarse en la realidad, y en todo momento, de caer en falacias de las que, simplificadas, tendrían ese esquema por expresión lógica.

Cuando estudiamos en los tratados lo que es una petición de principios o un círculo vicioso, nos parece inconcebible que en estado de salud mental se pueda incurrir en tales falacias. Hasta la ambiguedad de términos y la ignorancia de la cuestión, nos parecen causas de error que cualquiera persona de juicio medianamente recto podría evitar con un poco de atención; y, entre tanto... Lo que hay es que esos tratados, o nuestra manera de entenderlos, nos hacen pensar predominantemente en las falacias, no como son en la realidad psicológica, sino como serían si el

que incurre en ellas hiciera el mal raciocinio de una manera clara, expresa, discursiva. Mucho hizo Stuart Mill por corregir esta tendencia, con su estudio de los sofismas de pruebas indistintamente concebidas, pero creo que se equivocó al suponer que las falacias de confusión eran una clase de las falacias; más bien, y ya que es fuerza establecer esas clases, refiriendo también a ficticios esquemas típicos nuestros malos razonamientos como los hacemos con los buenos, más bien hay que presentar las falacias de confusión, no como una clase de falacias, sino como un modo de caer en las falacias, sea cual sea su clase. De manera que habrá diversos modos psicológicos de caer en las falacias: sin razonar, o casi sin razonar (simple inspección, a cuya pretendida clase se aplicaría la misma observación); razonando muy confusamente, menos confusamente, y así por grados hasta el caso en verdad menos común del mal raciocinio distintamente concebido. Todo esto nos llevaría muy lejos: basta haber sugerido cómo es posible que nuestro paralogismo produzca efectos considerables. Pero hay algo más importante todavía, en el mismo sentido: pensando ligeramente, tenemos tendencia a creer que sólo puede caer en una falacia la persona que no tiene inteligencia, o instrucción, o experiencia lógica suficiente para evitarla, y que quien sea capaz de no incurrir en la falacia no caerá nunca en ella; error, una vez más, procedente de nuestra misma costumbre de simplificar los procesos mentales; así será, y aun no demasiado categóricamente, para el caso extremo; e indudablemente podemos afirmar que en la inteligencia de tal persona, cuya inteligencia e instrucción conocemos, no llegará tal falacia a formarse completa y definitivamente clara; pero eso no quiere

decir que, incipiente, indecisa, subdiscursiva, no origine ella en esa mente estados confusos, no perturbe u obscurezca en ciertos momentos el proceso intelectual, o lo vele ligeramente, o entorpezca la exposición, la desnaturalice o la enturbie como por una obscura acción de presencia (me desespera tener que usar estas metáforas: el lector querrá interpretarlas de acuerdo con la buena psicología).

En cuanto a ejemplos, no sólo sería fácil buscarlos en los autores, sino que en ciertos casos hasta encontraríamos a nuestro paralogismo trascendentalizado en sistemas. "Todo cambia; todo deviene, uno y vario a la vez; todo es y no es...": modos de hablar y de pensar que trascendentalizaron la contradicción por un proceso psicológico que tal vez ya se inicia en el solo hecho de individualizar, de aislar, en el seno de la realidad, *seres*, que seguimos llamando por su nombre y pensando como los mismos, y en este sentido son "unos", aunque ocurran en el tiempo variaciones que, afectándolos, hagan que se pueda decir o pensar que no son unos, o que no son idénticos, tomando ahora estos terminos en otro sentido. De esta trascendentalización de nuestra insuficiencia verbal o conceptual, salió algún sistema de Filosofía; pero no ahondo en el ejemplo, porque, ni tengo seguridad absoluta de lo que ahora estoy pensando al respecto, ni deseo tratar en este artículo cierta cuestión que sería imprescindible poner en claro, y que, para no ahogar el tema principal, estoy evitando penosamente desde el principio; a saber: si la contradicción que resulta ilegitimamente objetivada, es un hecho verbal, o si es también un hecho conceptual, y si tiene sentido, y cuál, esta distinción que hago entre lo verbal y lo conceptual; de lo cual se pasa sin solución de

continuidad a discutir sobre la naturaleza del pensamiento, sobre la del lenguaje, sobre sus relaciones, y sobre toda la psicología y toda la lógica. De modo que me contentaré con este ejemplo simple: razonar por tesis, antítesis y síntesis, es un procedimiento prácticamente convenientísimo en una inmensa cantidad de casos. Las cosas son como son: pero, como yo no tengo, ni puedo tener, un término que sugiera total y adecuadamente cómo es la cosa de que hablo; como, dada la naturaleza de nuestro lenguaje, lo que tengo a mi disposición son términos que sugieren esquemas típicos en que hay de más y de menos para la cosa (y con mayor razón si el sujeto es ya, él mismo, general o vago), me resulta un buen procedimiento, en la práctica, sugerir primero un esquema, por una expresión, en seguida, otro esquema, por la expresión contradictoria, y, después, atacada ya de este modo la engañosa simplicación —producido en los demás y en mí mismo, por el conflicto de esquemas, un estado oscilante y confuso favorable al mejoramiento de la comprensión—, aplicarme a un trabajo de rectificaciones y de limitaciones que, sin suprimir a la expresión su inadecuación fundamental [salvo cuando nuestra intención es tratar de los esquemas mismos, como en Matemáticas, o tal vez de realidades muy simples (?)], la van haciendo cada vez menos inadecuada, hasta obtenerse una aproximación cada vez mayor. Este modo de pensar no es más que un caso del modo de pensar de los espíritus analistas y concienzudos [tal vez éste, a su vez, un perfeccionamiento del modo de pensar de todo el mundo (?)], que, cuando tratan asuntos de cierta complejidad, empiezan (porque de algún modo hay que empezar) por una proposición simplista, y después la corrigen, la limitan,

la matizan, la apenumbran, por toques cada vez más delicados, como el dibujante que empieza por un trazado de líneas rígidas y después lo trata por el claroscuro. Lo que hay es que, dentro de ese procedimiento generalísimo de partir de esquemas y esfumarlos, el especial que consiste en partir de dos esquemas en vez de uno, y de dos *inconciliables*, resulta muy especialmente bueno, porque el mismo conflicto de los dos esquemas crea un estado mental oscilante, impreciso, muy plástico por consiguiente, y especialmente propio para recibir los más delicados retoques. Pero trascendentalizar todo esto, darle una especie de carácter ontológico, lo que se ha hecho algunas veces explícitamente y muchas veces implícitamente, no es más que un caso de nuestro paralogismo.

En formas de esa especie, tendía él a manifestarse en aquellos períodos en que los hombres producían y acogían preferentemente esas construcciones mentales grandiosas y simplistas que son generalmente los sistemas. Hoy predomina otro modo de pensar, y es interesantísimo estudiar la forma que el mismo paralogismo reviste en el pensamiento actual. Con ese objeto he escrito este artículo.

Nuestro perfeccionamiento mental con relación a anteriores épocas, se manifiesta en las cosas que pensamos y en la manera de pensarlas: pensamos más cosas, y pensamos mejor; y esta segunda adquisición es tan valiosa, que, si fuera forzoso desprenderse de una de las dos, yo conservaría la segunda.

Cuando nuestra inteligencia enfoca una región —cualquiera— del conocimiento, y analiza a fondo, ocurre algo parecido a lo que pasa cuando, después de haber observado a simple vista, vamos aplicando

instrumentos de potencia creciente a una parte cualquiera del cielo. Allí donde no veíamos más que algunos puntos de luz de ubicación cierta y descripción fácil, van apareciendo otros nuevos en progresión hipergeométrica; al fin, todo es una especie de confusión luminosa: —*mientras más luz más confusión*—; y cuando llegamos ahí, hace ya tiempo que han perdido sus sentidos los sistemas, que, como las hidras, los dragones y demás mitos del cielo, no eran más que construcciones imaginativas ficticias que pasaban por los puntos más visibles.

Esos ejercicios de profundidad, aguzando extraordinariamente el sentido crítico, han ido disolviendo los dogmatismos, y han creado, por lo menos en cierta *élite* intelectual, cierta mentalidad que, hablando ahora con intencional vaguedad, llamaremos un escepticismo... ¡Oh! no es un escepticismo sistemático, como los del pasado: —en aquellas épocas, ¡hasta el escepticismo era un sistema!; el de ahora es de otra clase, y, recurriendo a la metáfora que más ha servido para mejorar la concepción de lo mental, me permitiré llamarlo, a él también, un escepticismo flúido. Ahora bien: mi tesis, que voy a anticipar en este momento simplificada, es la siguiente: que en *ese* escepticismo hay una parte legítima y otra ilegítima: un *escepticismo de ignorancia,* que es esencialmente bueno: bueno para el pensamiento y bueno para la acción; y mezclado con él, un *escepticismo de contradicción,* que, bueno también, si se conserva consciente de su propia naturaleza, esto es, consciente de que es un escepticismo *erga verba,* se vuelve falso y malo si se objetiva aplicándose a las cosas. Digo que este último hecho es general e importante; que perjudica bastante al pensamiento moderno, y que no

es más que una manifestación del paralogismo analizado.

Examinemos esta nuestra manera de pensar moderna, en tres o cuatro ejemplos, como cortes psicológicos:

1.—Se enuncia esta doctrina higiénica. que "el secreto de la salud está en volver a la naturaleza, para lo cual debemos guiarnos por nuestras sensaciones". ¡Cuántas cosas, y qué complicadas, hace pensar esta frase! En primer lugar ¿que es lo natural? No es una cosa fija, que se diferencie de un modo claro de lo que no es natural. en cierto sentido, todo lo que existe es natural; en otro, es natural aquello en que no interviene el hombre, y, entonces, decir que el hombre debe hacer cosas naturales... Pero demos a lo natural la significación (algo vaga) que se acuerda con el sentido común: de todos modos, lo natural en esa significación, no se diferencia de un modo preciso, absoluto, de lo que no lo es lo que en cierto momento es "natural", no lo ha sido siempre; luego, llegó a ser natural, por transiciones, y algo de lo natural de hoy fué artificial, y algo de lo que es artificial en un momento dado está destinado a ser natural, y tal vez sea bueno que lo sea... Quizá el mejor concepto de "natural" *para estas cuestiones*, sea el de "conforme con la naturaleza humana"; pero no hay una naturaleza humana invariable: el hombre cambia, y decir que debe obrar de acuerdo con su naturaleza, o significa que debe obrar como obra, lo que es tautologico e inconducente, o significa que debe obrar de acuerdo con lo que el hombre ha sido por mucho tiempo, lo que, tomado como regla, suprimiría el cambio y con él el progreso; hasta hubiera suprimido al hombre, el cual

no hubiera variado las costumbres del mono (en caso de descender de él)... Bueno: dejo todas esas sutilezas, y pienso la cuestión de un modo más práctico: que nuestras sensaciones deben tenerse en cuenta, es evidente; pero ¿hay que tomarlas por guía sin crítica? De ningún modo: es notorio que nos engañan: alcohol, indigestiones, etc.; y la aplicación de la regla no es tan simple como parece. Es cierto que Spencer dice que esto se debe a que no nos acostumbran desde niños a tomar las sensaciones por guía; pero, aún para el niño ¡que exagerada, y *outrancière* y simplista es su teoría!: la adaptación del niño es menos imperfecta que la del hombre, pero es imperfecta; la experiencia lo enseña, y la razón nos enseña algunas de las causas; por ejemplo: que el hombre prepara una inmensa cantidad de alimentos que no son los de la naturaleza, de manera que hasta se puede probar que la adaptación del niño es imposible; ni a la leche se adapta, su alimento "natural", debido a la vida antinatural de las mujeres. . .Es cierto que éstas, a su vez, vivirían más naturalmente, pero eso no atenuaría más que en parte; y, para otras cosas que no son el alimento... Bañarse, por ejemplo: ¿es natural o artificial? No encuentro un criterio claro: no lo encuentro, por ejemplo, comparando con los animales, de los cuales algunos se bañan y otros no; y, aunque consiga convencerme de que el baño es cosa natural, ¿cuáles serán los modos naturales de bañarse? ¿En el agua dulce? ¿en la salada, que fué quizá nuestro medio ancestral? pero más diluída, parece, de manera que sería más natural extenderla; pero esto sería intervenir artificialmente... ¡Al fin y al cabo, todo tiene algo de natural y de artificial! Y ¿será natu-

ral bañarme en mi habitación? Es que tampoco lo sería, en rigor, tener habitaciones: los salvajes no las tienen. Pero emplean una gran parte de su energía nerviosa en mantener el calor animal (como lo mostró Spencer en el mismo libro, sin notar que se contradecía) (se contradecía por haber generalizado mucho su primera tesis), y se perjudican... Precisamente aquí hay un punto muy interesante: los hombres civilizados, pensamos; se podrá discutir sobre si pensar es natural; y en qué grado; pero es bueno; luego hay que pensar, y *es posible* que, para pensar, se necesite vivir de otro modo; por ejemplo: comer otras cosas o en otra proporción que lo que correspondería según los datos puramente anatomofisiológicos de la cuestión; v. gr.: que el hombre fuera corporalmente vegetariano, pero necesitara de la carne para pensar en el grado más o menos artificial en que lo hace o debe hacerlo o desea hacerlo. Realmente estos términos natural y artificial ya han acabado por perder su sentido. ¡Y con qué sencillez razona la gente sobre estas cosas! Recuerdo un libro de un curandero moderno, en que el autor combate el uso de la leche cocida, y se pregunta: "¿qué animal cuece su leche para darla a sus hijos?"; dos páginas más adelante enseña a preparar el pan de Graham, y hasta a preparar cierta infusión de cebada para los mismos niños, y no se le ocurre preguntarse qué animal fabrica pan con cereales y da a beber a sus hijos infusión de cebada (conste que la mayoría de los médicos a quienes combate, no razonan mejor, y que su dogmatismo no es menos cómico), etcétera, etc. Hay muchas oscuridades, y dudas, y contradicciones en todo esto. Sin embargo, en resumen, la idea de guiarse por la naturaleza es

buena de aplicación; pero no como precepto dogmático, sino como un elemento de juicio indispensable para resolver los casos que se presenten; como una idea directriz para pensar, la cual completaremos, atenuaremos, corregiremos como corresponda.

2.—Con motivo de un conflicto ocurrido en cierto hospital, de cuyas salas una comisión directiva antirreligiosa ordenó quitar los crucifijos, se discute en la prensa sobre la tolerancia: unos la predican como virtud superior; otros la combaten como un veneno de los caracteres, y muestran que todos los reformadores y descubridores eran y tenían que ser intolerantes. Yo leo a unos y a otros, y me molesta la simplicidad de sus fórmulas: "la tolerancia es buena", "la tolerancia es mala"... ¿Qué tolerancia? ¿en qué sentido? ¿en qué casos? ¿en qué grado? ¡Cuántas confusiones, en esa polémica, agregadas a la real oscuridad de la cuestión! En primer lugar, unos y otros están entendiendo por tolerancia todas estas cosas: excusar lo que creemos erróneo o lo que creemos malo; comprender la causa del error o del mal; tener poco odio, o ninguno, y hasta tener simpatía por el error o por el mal, que comprendemos; dejar de obrar o de predicar en el sentido que creemos bueno y verdadero, o atenuar nuestra acción o nuestra prédica, en consideración a creencias ajenas, o a instituciones establecidas, o, por no hacer sufrir a otros hombres; hacer lo propio por no estar nosotros mismos bien seguros de lo que creemos; muchas otras cosas, todavía... En grueso, yo estoy por la tolerancia, en el sentido de procurar explicar el error, de compadecer al equivocado y aun al malo (alguna indecisión, reservas y vagos distingos en cuanto a este último punto), de no imponer ideas

por la violencia, de perdonar con facilidad; siento la más honda sensación de disconformidad ante la conducta de los que obran o predican sin haber buscado con buena fe y adquirido con firmeza la seguridad de su creencia (me cruza vagamente una reserva sobre los casos en que el dejar de obrar produce también efectos como el obrar, y, por consiguiente, parece que hay que proceder por simples creencias o por probabilidades; y esta reserva se me complica más con la idea de que posiblemente eso sucede en todos los casos, en muchos a lo menos...). Pero (y en esto me siento bien seguro) me parece malo e ininteligente a la vez dejar de obrar en el sentido de lo que juzgo claramente bueno; dejar de predicar lo que creo claramente justo (complicación a propósito de la cuestión de justicia relativa y absoluta, y cuestiones conexas), por respetar errores, o prejuicios, o por no herir sentimientos, y aún por no ocasionar dolores; por ejemplo: tal vez se hubiera podido votar la supresión de los crucifijos, aunque en un estado mental muy diferente y en un círculo mucho más alto que los "anticatólicos" que la votaron. Se me ocurre esta fórmula: *tolerante en el pensamiento; intolerante en la acción,* que rechazo en seguida por muy simplista, falsa hasta cierto punto, y muy equívoca, sobre todo en la segunda parte. Se me ocurre esta otra: *tolerante con los hombres; intolerante con las ideas,* que inmediatamente rechazo por defectuosísima, esa clase de frases forzadas son las que predominan en las discusiones de los hombres de poca escrupulosidad analítica: "pensamientos", a veces muy célebres, que nos falsean y nos violentan el espíritu; y así somos juguetes de las palabras; a tal punto juguetes de las palabras, que, en nuestro ca-

so, por ejemplo, la fórmula opuesta: *intolerante con los hombres; tolerante con las ideas,* también hubiera podido seducirnos. Me quedo, pues, en lo que estaba pensando: hay que ser muy tolerante para excusar errores, para perdonar faltas y defectos; pero sin modificar por esto en lo más mínimo nuestra acción y nuestra propaganda.... Pero ahora viene esto, que es grave: supongamos que, idealmente, ése sea el tipo ideal de hombre; muy bien: pero, en la realidad, resulta que la gran mayoría de los hombres están hechos de tal modo, que el hábito de la crítica y el hábito de la duda les inhiben la acción; por consiguiente ¿no será preferible que la gran mayoría de los hombres sean del tipo dogmático, exclusivista, simplista, sectario, para que obren; para que la humanidad dé la mayor cantidad posible de acción? En otros términos: (digo "en otros términos", pero el pensamiento es un poco distinto) un hombre del tipo que yo prefiero, es superior a un hombre de acción del tipo intolerante; si yo pudiera *façonner* idealmente la humanidad, haría que todos sus miembros fueran del primer tipo; pero, dados los hombres como son, es posible que yo no deba trabajar por aproximarlos a ese tipo ideal, porque, de hecho, y aunque consiguiera mejorar a algunos, haría de la mayoría una colección de débiles, impotentes y abúlicos; debo, al contrario, trabajar (por ejemplo: con la propaganda, con la educación, etc.) por aproximarlos al segundo tipo, al tipo de acción y voluntad. así, aunque impida el perfeccionamiento de algunos, doy una resultante general mejor... Pero, al mismo tiempo que estoy siguiendo ese pensamiento, se me han ocurrido dos cosas contra él: la primera, que la experiencia y la razón me han enseña-

do que es preferible trabajar siempre por la realización de lo que creemos mejor, y que el criterio opuesto es peligroso (aquí sigo otra sucesión de ideas, que no anoto por brevedad); y la segunda, que he caído en un error, por mí mismo muchas veces criticado en bastantes moralistas y propagandistas modernos, y es el de considerar la acción como algo bueno en sí, cuando la acción no es en sí mala ni buena, y es buena o mala según los casos (recuerdo ejemplos de aquel erróneo criterio, notablemente el estudio de Carlyle sobre Mahoma, que me indigna; recuerdo, al mismo tiempo, algunas observaciones muy buenas en el sentido de lo que yo pienso, que leí en un artículo de Muhlfeld... etc.); no se trata, pues, de aumentar la acción, sino de aumentar la acción buena y de disminuir la acción mala; y, como primera providencia, de reducir la acción a lo que se sabe que es bueno, o, cuando más, a lo que tiene serias probabilidades de serlo, —que es a lo que tiende mi tipo... Tengo que interrumpir este ejemplo, y abrevio los restantes.

3.—"Nada se crea; todo se pierde". Leo eso en la portada de un libro. ¡Buena frase!, no sólo para llamar la atención sobre ciertos hechos o sobre cierta teoría, sino para servir de esquema inicial en la exposición de ésta. Pero hay que hacer reservas y distinciones; por ejemplo: aún en el caso de ser ciertos todos los hechos y justas todas las interpretaciones de ese libro, ¿sería verdad decir que la materia que se desmaterializa en el sentido de dejar de ser ponderable, pero ejerciendo actividad o permaneciendo como actividad (cuestiones: ejercer actividad, ser actividad, ¿es lo mismo?... en el caso de tener sentido todas estas frases); la materia a la cual le

ocurre eso, debemos en realidad decir que se pierde? Tal vez sea cuestión de sentido de las palabras; pero ¿cómo será mejor tomar ese sentido? De todos modos, es bueno que la frase se haya escrito, para poner en cuestión la otra tradicional... etc., etc.

4.—"El socialismo es bueno, pero no es práctico", oigo afirmar. ¿Qué socialismo? ¿En qué grado? Bueno, ¿en qué sentido? Práctico, ¿en qué sentido? Y, además, empecemos por aclarar la cuestión de si puede una cosa ser buena sin ser práctica...

Así pensamos. En ese estado estamos. Cada vez que oímos o leemos las afirmaciones simplistas, absolutas, vagas, ambiguas, de los hombres, *nos irisamos todos de distinciones.* Y, precisamente, cuando yo estoy diciendo que ésta es la manera de pensar moderna, hago una de esas afirmaciones simplistas que sólo responde a mi pensamiento si el lector me entiende con todas las siguientes reservas: Que no se trata de todos los modernos, sino de una *élite*, y que esta *élite* lo es por la *calidad* de su pensamiento, pues entre los más grandes sabios y los más potentes pensadores, hay muchísimos del tipo simplista dogmático. Que siempre hubo, en todas las épocas, espíritus analíticos y espíritus sintéticos; sólo que, sobre este punto, los espíritus analíticos de antes no eran como los de ahora: el análisis escolástico trituraba, el nuestro disuelve; aquél tendía a geometrizar más los esquemas; éste, a esfumarlos; si, en los dibujos, rígidos, aquel análisis introducía el claroscuro, era éste aparente, como en esos dibujos en que se hacen las sombras con líneas minúsculas: nosotros lo hacemos al esfumino; sobre todo: aquella forma de análisis alejaba el razonamiento de la realidad psicológica, y el nuestro lo acerca a ella. Por otra

parte, los mismos espíritus sintéticos tienden hoy, en general, a matizarse, y el movimiento de su pensamiento se hace menos anguloso y nos lastima menos, debido a lo cual sus sistematizaciones ganan realmente en potencia y en seguridad. Más reservas no creer que la irisación de distinciones es para todo lo que se afirma. ¡Al contrario!: cuando se nos habla claramente, cuando se usan términos unívocos, o se fija su sentido con precisión perfecta. cuando se determina, si es necesario, el plano de abstracción en que se piensa, o él está determinado por una convención tácita, entonces somos sencillos, y decimos sí, *no, no sé*, muy simplemente. Esto ocurre frecuentemente en la vida diaria, en nuestros asuntos profesionales y prácticos, en la ciencia positiva, y, aunque menos frecuentemente, en las ciencias sociales, en la filosofía. Sólo que, en cuanto el equívoco aparece, lo sentimos un sentido crítico cada vez más delicado nos advierte su presencia, y toda nuestra inteligencia reacciona para expulsarlo, en una especie de fagocitosis lógica. Por eso evitamos sabiamente la discusión oral con quienes no están en aptitud de hacer tácitamente las mismas reservas mentales, distinciones y asociaciones nuestras. Así, pues, con todas las restricciones apuntadas, es verdad que existe una tendencia hacia la generalización y hacia el perfeccionamiento de esa mentalidad que estoy describiendo. Ahora bien: es igualmente verdad que esa mentalidad va de hecho acompañada de "escepticismo"; y de aquí la cuestión: ¿qué es *ese* "escepticismo"? y ¿qué hay en él de legítimo? ¿qué de ilegítimo? La respuesta es importante; hela aquí:

El primer elemento de *ese* llamado escepticismo, es el conocimiento de nuestra ignorancia, que la crí-

tica y el análisis facilitan. Examinemos nuestros *cortes psicológicos.* En aquellas reflexiones se ve claramente cómo nuestro complicado proceso mental nos ha ido poniendo de manifiesto lo que ignoramos sobre los hechos, lo que ignoramos sobre la interpretación de los hechos: cuestiones sobre la fisiología digestiva, sobre la ascendencia del hombre, sobre anatomía y fisiología comparadas, sobre fisiología de las funciones intelectuales; cuestiones todas que el simplismo dogmático daba por resueltas, o no planteaba, o ignoraba. Asimismo sentí mi ignorancia respecto a una serie de problemas relativos a las causas y efectos sociales; sobre grandes cuestiones físicas y cosmológicas: constitución de la materia, naturaleza de la energía, principio y fin del universo; sobre ciertos hechos experimentales (por ejemplo: no sé si los cuerpos radiantes pierden, o no, peso); etc., etc. Este punto es claro: el hábito de pensar de ese modo, nos hace ver todo lo que ignoramos, y el estado mental que de ahí resulta es uno de los elementos componentes de aquel escepticismo que estamos estudiando como un hecho; elemento sanísimo, bueno sin restricciones, para la intelección (esto, nadie lo disputa) y para la accion. *El buen escepticismo no inhibe la acción: la suaviza* (esto requeriría demostración aparte).

Pero este elemento no es el único del estado mental que estudiamos: hay otro. Acostumbrados a analizarlo todo, a distinguir, a comprobar que en casi todas las afirmaciones hay verdad o error según los puntos de vista; acostumbrados a sentir ya antes de razonar, por una especie de finísimo instinto adquirido, lo que hay de débil, o de exagerado, o de equívoco, o de hipotético, en las afirmaciones, —un esta-

do mental especial se ha originado en nosotros: ese estado tan característico, hecho de desconfianza y de duda: todo puede sostenerse; la verdad y la falsedad son cuestión de punto de vista: "todo es según el color del cristal con que se mira"; todos tienen razón y se equivocan. . . .— disuelva el lector el sentido de todas estas frases, y de un centenar más de frases parecidas, y obtiene el tinte del pensamiento moderno. Ahora bien: ese otro elemento del que estamos llamando escepticismo contemporáneo ¿es también legítimo, como el otro; o, éste, no lo es? Aquí la cuestión ya es menos simple: aquí hay que distinguir.

Este otro elemento, mientras permanece y en la medida en que permanece consciente, bien consciente, de que es una actitud *erga verba,* es legítimo y bueno. En cuanto pierde esa conciencia de lo que es, o mejor, de lo que debe ser; en cuanto se hace, más o menos claramente, más o menos permanentemente, una actitud *erga res,* se vuelve ilegítimo, falso, malo.

Todo esto es importantísimo, porque, debido a tal trasposición ilegítima, el pensamiento moderno ha sacado elementos de pesimismo intelectual de una fuente de optimismo intelectual.

Lo que se desprende más fundamentalmente de este afinamiento moderno del sentido crítico, de esta adquisición de hábitos de análisis, de nuestra manera matizada de interpretar las fórmulas verbales, es un hecho de significación esencialmente optimista: *que vamos aprendiendo a usar cada vez mejor el lenguaje;* que cada vez nos dominan menos las palabras, y cada vez más las dominamos más. Al comprender que, con fórmulas verbales, no podemos en todos los casos expresar la realidad, ni trasmitir nuestros

estados mentales sino por aproximación, aprendemos a manejar mejor nuestro instrumento de expresión, y éste se ha vuelto, a la vez, muchísimo menos peligroso y muchísimo más eficaz. Tómese cualquiera de los ejemplos que arriba hemos puesto: en cualquiera de ellos, después de analizar, mi conocimiento ha progresado: es más, o es mejor que antes, o las dos cosas a la vez. Por ejemplo: después de razonar sobre el "naturismo", discriminando sentidos, apreciando grados y pesando razones, reconociendo también deficiencias o ignorancias, yo he quedado más capaz que antes de resolver bien, o de resolver menos mal, o, en todo caso, de no resolver mal, un caso concreto cualquiera de los que se relacionan con esa cuestión: tengo muchas más probabilidades de resolver bien un caso concreto sobre alimentación, o sobre vestido, que un naturista, o que un antinaturista: que un *ista* cualquiera. El lector me hará el favor de comprobar mentalmente que lo mismo sucede respecto a cualquiera de los otros ejemplos (en cuanto a solución, cuando se trata de cuestiones de hacer; en cuanto a interpretación, cuando se trata de cuestiones de entender). Por consiguiente, a consecuencia de mi análisis, no he perdido; he ganado. Entendámonos: ya no tengo fórmulas que me sirvan para resolver o para interpretar todos los casos; esas fórmulas, las he perdido; pero eran falsas y malas, porque me condenaban fatalmente a equivocarme en más o menos casos, y precisamente por eso, resuelvo bien los casos, y distingo los que puedo resolver de los que no puedo resolver, y distingo los que resuelvo con pruebas de certeza de los que resuelvo por probabilidad, a consecuencia de lo cual gradúo mejor la creencia. Estoy, pues, en la situa-

ción del que hubiera perdido una inmensa fortuna que tenía en moneda falsa [1]), y hubiera adquirido otra más modesta, pero saneada, en buena moneda. Podrá decirse que es cuestión de temperamento el entristecerse o el alegrarse en un caso semejante; pero, razonablemente, yo creo que pocos me negarán que procede lo último: un suceso de esta naturaleza, es un suceso feliz su interpretación debe ser optimista.

Por eso he dicho que este estado mental, mientras permanece consciente de su alcance, es legítimo y bueno: incorporado al escepticismo de ignorancia, este escepticismo de contradicción legítimo, escepticismo de contradicción *erga verba,* completa una modalidad mental excelente.

Pero ahora viene el hecho ilegítimo y malo: la proyección ontológica del escepticismo de contradicción.

Ante todo, una corrección: he llamado a este segundo elemento, escepticismo de contradicción, en una fórmula que usé y conservo porque es conveniente para pensar bien sobre este asunto, pero que yo mismo anuncié como esquemática. Es, en efecto, principalmente escepticismo de contradicción; pero además es otras cosas. Lo que proyectamos indebidamente sobre el plano de la realidad, no es sólo la contradicción, sino otros hechos también verbales, o que se producen con motivo del uso del lenguaje. Así, el que un término convenga a las cosas en cierto sentido y no les convenga en otro; el usar un tér-

1) Esta comparación no es muy buena, porque las fórmulas no se pierden sino que se conservan en muchos casos como útiles de que nos servimos muy discretamente, evitando sus peligros.

mino, y abandonarlo, y volverlo a tomar; la constatación de lo vago de las extensiones y de lo impreciso de las connotaciones; la corrección incesante de las fórmulas: este continuo sucederse de las simetrizaciones en el kaleidoscopio verbal, —todo ello engendra un sentimiento de fugacidad, de inseguridad, que, por proyección ilegítima, objetivamos; y la realidad se nos presenta como insegura, y también como engañosa y falaz; y, al concebirla, agregamos al sentimiento experimental de su variabilidad, otro sentimiento resultante de aquellas proyecciones ilegítimas, que es espurio en sí, y que además desnaturaliza al primero. Así, pues, cuando, por brevedad, yo hablo de "escepticismo de contradicción", el lector entenderá ampliamente esto: la objetivación, como hecho o como tendencia, de ciertos hechos verbales, de los cuales la contradicción es el más característico, sin ser precisamente el único, y todo lo cual se funde en un estado mental que implica pesimismo de conocimiento[1]).

Como sucede en general con las falacias, el número de casos en que esta objetivación de verbismos es consciente y clara, es mucho menor que el de aquellos en que se produce vaga y confusamente. También ocurre que, además de los escritores que están permanentemente en ella, hay los que en ciertos momentos caen en ella o sufren su influencia. Si, para buscarla, recorremos los textos, unas veces la vemos expresa en la forma verbal, otras, *sentimos* que el autor sufre la influencia de la falacia en un grado cualquiera.

Así, en el primero de nuestros ejemplos (el del

1 La expresión "pesimismo del conocimiento" es de Roberty

naturismo) dispuse intencionalmente la expresión de modo que, en dos momentos, se tradujera en el mismo lenguaje la objetivación de la contradicción o la tendencia a ella (es cuando el sujeto dice: "Al fin y al cabo todo tiene algo de natural y de artificial", y cuando dice: "Realmente esos términos natural y artificial han acabado por perder su sentido"); pero en el curso de todos ellos el paralogismo puede ocurrir: "Los unos tienen razón; pero también la tienen los otros; todo puede sostenerse; no hay nada cierto ni falso en sí..."; y, así, se confunde, se objetiva, y se cae en el paralogismo. Ese *modo de pensar*, tiende a engendrar el paralogismo, *si no estamos prevenidos*. A este respecto, lo más significativo es constatar el hecho en algún pensamiento de *élite*, en una inteligencia a la vez fuerte y sutil: hay un escritor contemporáneo que ha consagrado a la descripción de los tipos mentales algunas obras psicológicas del más alto valor; que ha descrito con un sentido de lo real de primer orden las sutilezas de los espíritus analíticos, así como las sistematizaciones de los sintéticos; que es él mismo un espíritu analítico delicadísimo, al mismo tiempo que un fuerte sistematizador; dicho todo lo cual, Paulhan no verá otra cosa que un elogio bien sincero en la elección que hago de unos pasajes suyos como ejemplos: ¿No es evidente que, en el artículo *Le mensonge du Monde*, publicado hace poco [1]), se ven, o se vislumbran, proyecciones verbales ilegítimas? Por ejemplo, en este pasaje: "Tout ce qui existe n'existe qu'en s'opposant à quelque chose. Ceci est vrai des éléments des êtres comme des êtres eux mêmes. Il y a de l'op-

1) *Revue Philosophique*, número 363 El hecho que señalo se verá mucho más fácilmente si se repasa el artículo.

position partout, c'est-à-dire que si l'harmonie, la systématisation est nécessaire à l'existence, l'opposition, la contradiction lui est nécessaire aussi..." (enunciado de la "Ley de oposición"). Véanse estos otros pasajes: "Ainsi l'existence suppose la systématisation et l'opposition. Et, remarquons-le, c'est encore là à la fois une harmonie et une discordance, une chose logique et una contradiction...". "Et il y a du mensonge également, jusque dans le monde organique, et même jusque dans le monde physicochimique. La vie, la systématisation, ce mélange toujours plus ou moins incohérent d'oppositions et d'harmonies, l'existence elle même son mensongères... Si ces oppositions êtaient supprimées, toutes les harmonies disparaîtraient, et aucune réalité ne pourrait subsister. L'aspect le plus profond et le plus général du monde, c'est le mensonge universel". O nuestra falacia ha podido entrar hasta en esa inteligencia, o, por lo menos, ese lenguaje la va a engendrar fatalmente en los lectores.

Repetimos, pues: ese modo de pensar tiende a engendrar ese paralogismo en los que no están prevenidos; y esto nos trae a lo más central de mi asunto: justamente *ese modo de pensar* es, en lo intelectual, la adquisición más valiosa del progreso humano. De su generalización y de su perfeccionamiento, esperamos inapreciables efectos en el mundo del pensamiento y en el mundo de la acción. En el primero, el dominio completo sobre el lenguaje, que traerá el saneamiento de la inteligencia por la eliminación de los paralogismos verbales; y entrevemos una lógica nueva, que no prescindirá de la realidad psicológica, y de la cual la Esquematología no será más que una parte. En el segundo, acariciamos una reducción del

intolerantismo, de la agresividad y de la impulsividad de los hombres. Entretanto, en la época en que esa tendencia que nos es tan simpática ha empezado resueltamente a afirmarse, el pensamiento ha mostrado ciertas desconfianzas, ciertas timideces, ciertas debilidades, de las cuales algunas son plenamente justificables y legítimas, pero otras no lo son. Se trata de un pseudo escepticismo ilegítimo, originado por una causa: la proyección de cuestiones verbales sobre el plano de las cosas, que ya algunas veces, en la historia de la filosofía, se dibujó en sistema, y que hoy se manifiesta más bien por una especie de vaga sombra omnipresente que enturbia nuestra comprensión. Es, pues, de actualidad sanear nuestro estado mental de ese deseo espurio.

Lo que hay que comprender es lo siguiente: es deseable y bueno darnos cuenta de todo lo que ignoramos, discriminar lo cierto de lo falso y de lo dudoso; y, a propósito de lo cierto, determinar el plano de abstracción en que es cierto; y, a propósito de lo dudoso y de lo probable, graduar la creencia con la mayor justeza posible; estamos aprendiendo a hacer eso, y, aunque estamos en los comienzos, tenemos derecho de sentir alguna satisfacción por lo que hemos conseguido, y fundamento para prever un progreso mucho mayor. Como otra adquisición valiosísima debemos estimar nuestros hábitos analíticos, nuestra desconfianza por las fórmulas y por las simetrizaciones ficticias verbales y conceptuales; pero comprendiendo bien que esa desconfianza no es más que la actitud que corresponde ante el hecho de la insufiencia de los esquemas verbales y de los esquemas con-

ceptuales (por lo menos en una inmensa cantidad de casos) para expresar adecuadamente la realidad.

El darnos bien cuenta de esto nos servirá:

1º Para estimular nuestro pensamiento, tanto en sentido positivo (mostrándonos que la ejercitación de los hábitos de pensar analíticos acerca el pensamiento a la realidad) como en sentido negativo (destruyendo inhibiciones que no tienen razón de ser).

2º Para aprender a evitar, a prevenir y a reconocer esas proyecciones ilegítimas, y a guardarnos de sus efectos.

PSICOGRAMAS

* Cuando un hombre ha leído y pensado mucho, sus maneras de no entender son infinitamente más profundas e inteligentes que sus maneras de entender. En realidad, son las únicas que miden la profundidad que ha alcanzado su pensamiento. Pero no pueden expresarse con palabras.

* Lo más peligroso para la independencia del pensamiento humano, no es precisamente que haya soluciones hechas, sino, ya, que haya problemas hechos.

* Dos clases de "pensadores": los que manejan las clasificaciones, y los que son manejados por ellas.

* Del mismo modo que los cirujanos no emprenden una operación sin desinfectar previamente todos los útiles que se proponen usar, nadie debería empezar un raciocinio sin haber dejado de antemano todas las palabras que va a emplear, completamente asépticas de equívocos.

* Muy importante prácticamente, no pudiendo aspirar a tener razón en todo lo que creemos, es distinguir los casos en que creemos tener razón y los contrarios no podrían tenerla, y los casos en que creemos tener razón pero los contrarios podrían tenerla.

* Para atacar doctrinas corrientes en nombre de otras nuevas que se creen verdaderas, se necesita sin duda independencia de criterio y carácter. Para defender, contra ideas nuevas, las ideas corrientes que se creen verdaderas, puede necesitarse (cuando se es un espíritu autónomo, no un simple adepto inerte) mayor independencia todavía.

Y es grave la suerte de los que se oponen o hacen reservas a las teorías en boga. Mientras ésta dura, aparecen como espíritus incomprensivos o retardados. Después, caída la teoría en descrédito, arrastra con ella a sus críticos, a los cuales no se encuentra ningún mérito por haber tenido razón; ni ello interesa, si se recuerda.

* Fórmula para saludar cualquier novedad artística, —escuela, tendencia o procedimiento: "Bienvenida; entendiéndose que no es en lugar de nada, sino ade más de todo".

* Tan primordial es la misión del buen sentido, que tiene que empezar por decirnos en cada caso dado si corresponde o no, en él, apelar al buen sentido.

* Actuando en malos y tristes tiempos descubren algunos que están hechos de una pasta parecida a las mezclas hidráulicas, que, en un medio disolvente, se ponen más duras.

Cada hombre puede verse hasta cierta hondura. Lo más impuro está más abajo. Pero lo más puro también.

Sensación de uno cerca del fin. — Si aflojara un poquito ciertos frenos de austeridad, *¡todavía!*

podría conseguir la gloria próxima. Y aun la otra, que tampoco es cosa muy superior...

¡Qué difícil es el sacrificio antes de hacerlo; y, después de hecho ¡qué fácil!

Se puede llegar a un grado tal de dolor y de derrota que no sólo se sienta invulnerabilidad sino que hasta se sienta fuerza.

HOMBRES Y DIOSES. — No es cierto que los hombres hayan hecho a los dioses a su imagen y semejanza. Los hicieron mucho peores.

Y es impresionante la incapacidad de los hombres para hacer dioses. para darles (y era lo menos) el grado de bondad, de justicia, de dignidad que ellos mismos alcanzaban. Los únicos dioses buenos resultaron (Jesús y algún otro) los hechos a base de hombres.

Cuando aparece en arte algo nuevo, lo común es sentir o que es admirable o que es absurdo. Pero a veces, y tantas, es mediocre o simplemente bueno; y esto es lo difícil de sentir.

Sentir que lo nuevo es mediocre (o bueno sin más): facultad delicadísima, difícilmente adquirida (condensación y anticipación del gusto), que tienen los menos: no hay cómo explicarla; ni modo de convencer de esto, ni de demostrarlo, ni de hacerlo sentir.

Casi todos creen que imitar a los innovadores es innovar.

UN MAL ASPECTO DE LA HISTORIA. — Además de la incertidumbre y de la injusticia inevitables, tiene la

Historia otra manifestación no simpática: y es que tiende a eliminar automáticamente a los mejores individuos, esto es, a los que son completos, a los que sienten, y obran en su caso, con todos los sentimientos, los cuales, por la clase menos aparatosa y menos biografiable de su acción, aunque sean mejores, no resultan históricos.

Para la gloria próxima: subir más de lo que los muchos pueden subir, pero no más de lo que los muchos pueden ver.

No son raros los pensadores que se vuelven viejos mucho antes para comprender el pensamiento de otros que para pensar.

Ciertas glándulas del niño se atrofian en el adulto, y otras tienen que suplirlas Pero ¡a cuántos hombres se les atrofia el niño entero, el niño que debe quedar en cada hombre, y que en la endocrinia moral no puede ser suplido por nada!

Hay maestros que dejan a sus alumnos, alumnos para toda la vida.

Cristo mismo no supo cómo y cuánto la defendía. *Hay hombres* sin pecado: existen; pero no son ésos los que tiran piedras a los pecadores.

La mayor parte de los pensadores creerían sinceramente verdaderas la mayor parte de las teorías si ellos las hubieran inventado.

No hay mayor injusticia que comparar ideales con realidades, proyectos con realizaciones, y, simplemente, futuro con pasado.

La razón es un antiséptico de la acción y del sentimiento, y es un catalizador (lejos de ser paralizante) de la acción sentida.

Reduzcamos a lo estrictamente necesario el mal necesario de resumir a los escritores. Cada hombre es todo lo que es; dejémosle por lo menos todo lo que escribió, —que ya es bastante resumen.

"Resúmenes": un apolillamiento que, a algunos escritores, ya se los empieza a comer en vida.

Los que hoy atacan los libros y lo "libresco", son *tipo* de los influídos por libros. Pero nunca lo entenderán.

No hay que gustar de la disciplina; pero hay que ser capaz de disciplina.

El paralogismo de los optimistas. — "¿Quién podía pensar que iba a suceder eso?"

Eso, no: pero debió pensar que podía suceder algo (malo, por ser consecuencia de lo omitido, de lo irregular, etc.).

El sentimiento calienta el estilo, y puede permitirle contener más pensamiento sin perder su limpidez; como permite el calor a ciertos disolventes químicos recibir y mantener en su seno, sin enturbiarse, una cantidad de sustancia muy superior al propio volumen.

Las relaciones de los intelectuales, especialmente si son artistas, sugieren una especie de *"Jiu-jitzu".* Cuando polemizan, cuando se censuran unos a otros, o se elogian, saben dónde hay que tocar, y cómo,

con medida y certeza, para producir dolores horribles de que no dan ni idea las luchas groseras y naturales.

Sin duda, hay "leyes" en los fenómenos sociales (aunque habría que estar mucho tiempo explicando en qué sentido); pero decir que, porque hay leyes sociales, no se puede reformar la sociedad, es como decir que, porque hay leyes de gravitación, resistencia de materiales, etc., no se puede reformar la arquitectura.

Nunca entenderán, ciertos imitadores de tendencias en moda (que se creen innovadores y atrevidísimos), por qué, si bien la primera mujer que se pusiera en el sombrero algo inusitado: un sapo o un reloj, sería *original* (fuera cual fuera el valor de tal originalidad), *la segunda* ya vendría a ser más imitadora, más sin personalidad ni independencia, que las que, después de cien millones de otras, se ponen pájaros o flores.

Los falsos reformadores, y quienes los admiran, no entienden que, al verdadero reformador, debe serle tan ajeno el propósito (consciente) de violar lo establecido, como el de cumplirlo.

Se busca *directamente*: lo bello, en arte; lo bueno, en vida.

Hay modos de no ser personal cada vez más sutiles y menos reconocibles. El vulgar, grueso: imitar a alguien. Después, la imitación difusa, de muchos, de lo que anda por ahí... Pero, todavía: sin imitar propiamente, *entrarle al público por la brecha abierta*

por otros (utilizando los sentimientos que otros crearon, o la destrucción o conmoción, por otros, de sentimientos e ideas, etc., etc.).

Muchísimos son liberales para todas las libertades ya adquiridas, y formidables conservadores para las que aun hay que adquirir.

Cuando analizamos algunas de nuestras pequeñas vanidades, como las que tienen que ver con la habilidad en los juegos, el vestido, la apariencia física, etc., etc., percibimos sin trabajo su ridiculez, y, en verdad, no nos sería demasiado difícil curarlas; pero nos detenemos porque cierto instinto nos hace sentir peligro, — para otras vanidades más grandes, las que excitan y sostienen la vida, que son atacables por las mismas razones y sentimientos que las chicas.

Los autodidactas. sin duda, muy buenos para genios: pero, para simples talentos, suelen resultar imposibles.

Espanta pensar cuán breve y fácil es hacer una confusión, y qué cantidad de tiempo, de trabajo y de atencion se necesita para deshacerla. Para aclarar un paralogismo que se enuncia en una línea, se necesitan muchos párrafos, o capítulos, o libros. Enredar un ovillo de hilo, es cuestión de un momento; desenredarlo, larguísima tarea(cuando es posible).

Algunos se conducen, en estudio o discusión, como lo harían personas que se resistieran a ver, de cada paisaje u objeto, más de una sola reproducción, basándose en que, por ejemplo, varias fotografías de un

lugar, tomadas de distintos puntos, en distintos momentos y por distintos operadores, estarían en contradicción o causarían confusión.

NO DOS TEORÍAS, SINO TRES. — Cuando un hombre y una mujer se unen, a la mujer se le forma un hijo; al hombre no le sucede nada.

Encontrar eso muy justo, o muy tolerable, es ser "antifeminista". Ignorarlo, es ser feminista.

(De los comunes; de los de "igualamiento". Tenerlo siempre presente; encontrarlo injusto y doloroso, y pretender compensarlo en lo posible, es ser feminista de los buenos y razonables: de los de compensación).

Como ciertos escritores no tienen los frenos de la sinceridad, de la probidad intelectual, del respeto a la verdad, y demás que inhiben la inmensa parte de lo que se piensa, sólo necesitan, para escribir, que se les ocurra algo inteligente y original; y, eso ¡es tan fácil!

Un argumento en favor de utopías que parezcan irrealizables, es que la organización social actual parece una utopía; de absurdo, de sufrimiento, de desigualdad, tan irracional e *inverosímil;* y, sin embargo, *hasta* eso ha podido realizarse!

Cuando un escritor no es hombre bueno, me parece menos bello lo que escribe. Esto sería absurdo; pero me esfuerzo en creer que percibo lo que la falta de honradez, de sinceridad, de entusiasmo, etc., producen de efectivamente antiartístico y menos bello en las obras...

Cuando se piensa con palabras, o por el asunto o por temperamento, escribir es un proceso directo. Se escribe o se puede escribir naturalmente.

Pero cuando se *piensa v*erdaderamente, para escribir hay que esquematizar. Es un proceso indirecto y aprendido, proceso que desnaturaliza y generalmente empobrece.

En ciertos casos, o en ciertas personas, hasta es imposible.

Y, en todo caso, la aptitud para eso no es forzosamente proporcional al valor del pensamiento.

Si la diferencia tan impresionante que hay entre lo mineral y lo vivo, estuviera más acá, dentro de lo vivo, entre lo prehumano y lo humano ¡cómo la explotaríamos para la espiritualidad e inmortalidad del alma; para "fundar" argumentaciones y sugestionarnos...

Pero, donde está, casi no interesa, sino científicamente.

Lo que la imitación o la escuela pueden desvalorar, no es sumo en arte.

El creador de arte que padece porque la crítica de sus contempóraneos le reprocha injustamente el ser demasiado atrevido, no olvide que otra crítica, la de la posteridad, le reprochará, tal vez con más justicia, el no haberlo sido bastante.

Cuando se comparan ideales con realidades, parecen pobres las soluciones realizadas.

Muchas teorías, organizaciones, o proyectos no rea-

lizados, salen aventajados con la comparación en estas condiciones.

Éste es paralogismo habitual. Pero hay otro más sutil. Las personas que *piensan realizable* (que *piensan ya con las trabas de la realizabilidad*), en realidad son las que mejor resuelven los problemas (porque sus soluciones pasarán en su caso al acto sin tropiezo ni merma).

Pero esas soluciones, *ya antes de la realización,* parecen pobres debido al mismo proceso.

SOBRE RELIGIONES. — Al calor del sentimiento religioso, la razón humana se moldea y colorea en formaciones que, enfriadas, son las religiones. Los hombres las van conservando; pero lo que hay que conservar es la llama.

SOBRE LA BONDAD. — Los primeros grados son los que cuestan en bondad. Después va siendo más fácil. Y cuando se ha alcanzado cierto grado, uno da lo que le pidan; y aunque no quiera; y aunque no sepa por qué!

SOBRE "SALUD". — Algunas veces, por haber ido unos días al campo, o por haberme cuidado en una convalecencia o por no haber trabajado durante un tiempo, he sentido un poco más la sensación de ese estado que llaman "salud"; y, entonces, he llegado a entrever el egoísmo espantoso de eso.

ACCIÓN Y CRÍTICA. — El análisis no daña, sino que mejora la acción, pues si disminuye la cantidad

de acción, aumenta la cantidad (o la proporción) de acción buena.

En el cielo y en la tierra habrá muchas cosas que no estén en la filosofía de Horacio. Pero en bastantes filosofías hay bastantes cosas que no están ni en el cielo ni en la tierra.

SOBRE SISTEMAS. — En ciertos sistemas están las pruebas como esas ménsulas o columnas que ponen los malos arquitectos, sostenidas por lo que ellas aparentan sostener.

Hay en los sistemas originalidad positiva y originalidad negativa. La originalidad positiva, muy rara, resulta del descubrimiento de algo nuevo. La originalidad negativa, la más común, resulta de supresión. Es algo análogo a lo que ocurre en la expansión de los gases: muchos gases están contenidos en un recipiente; si se suprimen todos menos uno, entonces ese gas, sea cual sea su cantidad, llena siempre el recipiente entero. Así una idea llena la mente si se suprimen todas las demás. De modo que en la mayor parte de los casos la aparente originalidad resulta, no de que alguien tuvo una idea, sino de que no tuvo o suprimió las demás.

RESPUESTA DE UNO A QUIEN LLAMARON DÉBIL VIÈNDOLO SUFRIR: "Supongamos un gladiador anestésico, insensible. Podría luchar con energía, con valor: lo llamarían fuerte. Supongamos un gladiador muy sensible. Fácilmente se mostraría poco valeroso y enérgico. Sería débil. Pero supongamos un gladiador tan sensible como el segundo; aún más; pero tan valeroso, tan heroico, que, sufriendo así; luche mejor

que el primero, y venza más, o sea más valientemente vencido. Eso ¿es ser débil? Cuestión de palabras".

SOBRE AMOR MONÓGAMO.—La solución de "casarse", de unirse a base de amor monógamo, tener hijos, criarlos, tiene sobre las otras —tanto más brillantes en imaginación, y, no hay por qué decirlo, en presentación literaria— la superioridad, *aún estética,* de ser la única que resiste a la vulgaridad, y aun se asimila lo vulgar, lo cuotidiano, sin perder la idealidad y dándoles alguna: dándoles, a lo vulgar, o a lo cuotidiano, hasta poesía. Todo lo demás, a base de "plenitud del yo", "vida completa", etc., no resiste dad y dándoles alguna: dándoles, a lo vulgar, o a lo corrompe; si es que existió: si es que llegó a pasar de las frases.

Muchas veces los espíritus geniales no comprenden sino lo que ellos mismos piensan (y ni todo). Los genios suelen no comprender más que una sola clase de arte. Como es la que ellos producen, se les disculpa.

RESPUESTA DE UNO A QUIEN ACUSABAN DE NO INTERVENIR BASTANTE DIRECTAMENTE EN LOS DETALLES DE LA POLÍTICA "Cuando una catástrofe (p. ej. inundación) causa desastres, hay hombres que están en el sitio y en el momento de cada uno de esos daños concretos, previéndolos en cada caso y reparándolos en cada caso en lo posible. Otros estudian el nivel general, proyectan represas, desagues, canalizaciones, trabajos que suelen no hacerse en el sitio y en el momento de los daños concretos. Sería absurdo querer que los primeros tomaran el lugar

de los segundos, pero más absurdo todavía hacer abandonar a los segundos su tarea por la de los primeros".

RESPUESTA DE UNO A QUIEN REPROCHABAN FALTA DE ALEGRÍA. — "Me da placer todo lo que es bondad. Me da placer todo lo que es afecto, si va acompañado de bondad. Me da placer todo lo que es alegría, si va acompañado de bondad y de afecto".

"HOMBRES PRÁCTICOS". — Los que se creen hombres prácticos perciben únicamente una zona de la realidad, una zona media, como nuestros ojos la región visible del espectro. Las causas de actos y las posibilidades que ellos no perciben ni tienen en cuenta, se extienden mucho más, para un lado y para otro de su visión. Les escapa de un lado lo infra-racional, con su fecundidad oscura y caliente; del otro, las manifestaciones más delicadas de lo racional, que actúan a distancia en espacio y en tiempo y precisamente con la acción más poderosa.

¿Podrá existir obra intelectual que no se volviera cosa pueril si aumentara la inteligencia?

¿Podrá existir obra de arte que no se vuelva cosa pueril si aumenta el dolor?

"Siempre habrá pobres entre vosotros...". Sin duda: la desigualdad económica entre los hombres es inevitable y racional.

Pero hay que evitar que unos hombres sean "de otro orden".

Generoso agradecimiento de la humanidad para con el Cristianismo: El Cristianismo dió a la huma-

nidad lo mejor que se le había dado. Pero, después, la humanidad hizo más, y todo se lo acredita al Cristianismo.

De un Hamlet a punto de (re)nacer: "El resto es... palabras".

A la "Historia" va lo que hacen ciertos "grandes hombres". No puede ir lo que muchos más, que pueden ser mucho más grandes, impiden hacer o se inhiben de hacer.

Que la vida no tiene sentido sin religión, es evidente. Y también que hasta ahora no se ha encontrado una religión capaz de dar sentido a la vida.

A los buenos les llega un momento en que no saben más por qué son buenos. Y, entonces, sin saber por qué, se vuelven más buenos todavía.

UN FINAL MEJOR. — ¿Que los pájaros de antaño no encuentran nidos ogaño?
Sea: no se buscarán las aventuras.
Pero que cuando ataquen los rebaños o los molinos de viento, encuentren por lo menos Quijotes a la defensiva.

La lógica emana bondad por intermedio de la justicia.

A medida que nos hacemos más hombres y estamos más de vuelta, van quedando, para nosotros, menos cosas y hombres respetables; pero los respetamos más.

Confundir en la misma condenación o en la misma tolerancia todos los grados del mal, puede ser más dañoso que el mismo mal.

La verdadera madurez espiritual no es sustituir idealismos por consideraciones positivas, sino descubrir los fundamentos positivos de los idealismos.

REACCIONES

* Leyendo el Eclesiastés. — Ya en aquella época pudo notarse claramente cuánto más fuerte es la parte crítica que la parte dogmática, la parte negativa que la parte positiva, la *pars destruens* que la *pars construens* de lo que los hombres piensan y escriben debajo del sol.

* Leyendo a Spinoza. — En general, los filósofos considerados como "profundos" son los que dan a la filosofía un aspecto más parecido al de las matemáticas, es decir: los menos profundos de todos (pues son los que prescinden de más elementos de la realidad, para llegar a ese simplismo extremo).

* Leyendo a Augusto Comte. — Atreviéndose a hacer el paralelo, se pregunta el lector: ¿quién está más encerrado: un humilde preso en una celda estrecha pero con vistas al campo, al mar, al cielo, a los horizontes ilimitados, o el Papa en su palacio vasto, rico, pero que acaba en un muro?

Por lo menos es indudable que esta última situación favorece la tendencia a creerse infalible.

* Leyendo a Taine. — Ya parecería extraño que los hombres de poderoso talento puedan ser unilaterales, y paralogizarse; ¡cómo no ha de parecer,

entonces, el mayor de los misterios intelectuales, el hecho de que tal mentalidad represente tan frecuentemente una facilidad, una disposición para los paralogismos de esa clase?

La inteligencia de este autor hace pensar en un caudal anchuroso y magnífico, pero de aguas petrificantes. Todo lo que tocó, lo dejó rígido. Y la obra es como un museo de cristales: variados, brillantes, de una suprema belleza geométrica; mas la sustancia ha perdido toda plasticidad y no admite moldeos ni retoques: el que quiera trabajar sobre ella, tiene que empezar por romperla a martillazos.

Y el mismo cerebro de Taine... Un momento de fantasía: Supongamos que los cristales se perfeccionaran, en esa vida misteriosa que empieza a reconocerles la ciencia moderna, y "evolucionaran", evolucionaran tanto, que llegaran a pensar. Indudablemente, su manera de ver y explicar las cosas tendría ciertos caracteres especiales. Y ¿no le parece al lector que los cristales "de genio" harían teorías por el estilo de las de Taine?

* LEYENDO A RENÁN. — Refutar a este autor, en ciertos casos en que abusa de su superioridad intelectual sobre nosotros para desconcertarnos demasiado, es tarea bastante fácil, al alcance de cualquier persona dotada de una consecuencia lógica normal, buen sentido y claro criterio. Pero, para refutarlo, habría que decir vulgaridades.

En época como ésta, no hay escritor mejor defendido.

* LEYENDO A VÍCTOR HUGO. — Muchos no admiran a Víctor Hugo; es decir: no lo admiran como

corresponde; y son sinceros: la explicación no está más que en la enormidad extensiva e intensiva de la obra, que no se puede *aprehender* en un acto de percepción estética. Victor Hugo no es aperceptible. Así, en lo material, se puede sentir en un acto estético la belleza de un jardín, de un torrente o de una montaña, pero no la de un continente. Otros hacen paralelos con determinados poetas: con Vigny, con Musset; paralelos que *no tienen sentido.* Es como si se preguntara si tal jardín, tal torrente, tal montaña, es más o menos bella que un continente; lo que procede es comparar el jardín, el torrente o la montaña con algunos de los que hay en el continente, que, en este caso, los tiene en profusión comparables a cualquiera, sin perjuicio de todas las malezas y demás vastas regiones estéticamente infrecuentables.

Hugo pretendió, y creyó, unir lo trágico y lo cómico en su teatro, como Shakespeare; y los juntó, en efecto; pero la unión fué combinación en Shakespeare, y, en Hugo, mezcla.

* LEYENDO A GOETHE. — Cuando leo citas del "Fausto", o cuando las hago yo mismo, ese libro me parece de una genialidad sin medida. Cuando lo leo directamente, no tanto. Para admirarlo, mi tendencia es a considerarlo, más bien que como un libro organizado, como una especie de repertorio de frases para citar, admirables aisladamente, y con el mérito extraordinario de haber sido hechas por una misma persona.

* LEYENDO A VERLAINE. — Los procedimientos de estas escuelas son una tentativa (es algo que he-

mos comprendido mejor después de James y Bergson) para expresar con palabras nuestro psiquismo no discursivo: esa realidad mental "flúida", de que no es expresión adecuada el pensamiento lógico, esquema, ni el lenguaje, esquema de ese esquema. Por contradictorio que sea ese esfuerzo para expresar por la palabra lo que es rebelde a la palabra, se obtiene con él un poco, un principio de lo que desearíamos: sugerimos algo del psiqueo inexpresable. Lo que resulta hermoso y bueno, ya sea, ese psiquismo no discursivo, del común a todos los hombres, o a algunos, materia simpatizable, ya sea del exclusivamente personal, porque entonces damos un vislumbre de nuestro tesoro interior.

Comprender esto, nos hace más simpático lo sincero de esas escuelas. Y también (lo que espanta e indigna, teniendo en cuenta la cantidad de engaño, de exageración, de artificio, de *pose* y de "snobismo" que se pone en esos procedimientos, y también la gran disposición de ellos, mayor todavía que en los corrientes, para hacerse mecánicos y perder el espíritu) sentimos que hay una responsabilidad inmensa en manejar procedimientos que muerden hasta una región tan honda de las almas.

Y, precisamente, la verdad, la justeza, es mucho más difícil de obtener y de discernir en la expresión del psiqueo flúido que en la esquematización discursiva, porque la falsedad no consiste ya en dar una idea por otra, lo que es grosero, sino en dar un matiz, un grado, por otro. Hay la misma diferencia que entre tocar mal el piano y tocar mal el violín: en el piano se toca una nota por otra, lo que es fácil de evitar y fácil de percibir: ese instrumento de notas fijas

es el pensamiento discursivo, con sus ideas "solidificadas" por la acción de las palabras.

Pero en estas otras tentativas, la determinación de lo sincero y lo insincero son cuestiones de afinación, de una delicadeza infinita.

LEYENDO A ROUSSEAU. — Es tendencia y costumbre invencible nuestra tomar como criterio del mérito, la duración: la persistencia en la memoria de los hombres. Pero ¿no habrá casos en que dependa, esa persistencia, de una especie de indigestibilidad? Sobre esto pueden hacerse consideraciones que, mientras no se exageren, no son paradojales. Ingerimos una sustancia normalmente digestible y nutritiva; asimilamos lo que haya que asimilar, y la sustancia desaparece; produjo su efecto: se transformó en energía, en acción. Pero si la digestión es difícil —con mayor razón si es imposible—, entonces la sustancia *queda* y se hace sentir. Ahora bien, sería absurdo aplicar esta imagen a las formas superiores de la gloria. Para ésta, trátese de gloria científica o artística, o de gloria de acción, habría que buscar (y aquí falla la metáfora) el símil de sustancias de "alimentación continua", cuyos efectos nutritivos o estimulantes fueran permanentes y siempre benéficos. Pero creo que mi imagen es buena para otros casos. Supongamos, por ejemplo, que este autor hubiera hecho, con un criterio muy equilibrado y muy justo, algunas sensatas observaciones sobre el papel de la voluntad de los individuos en la constitución social; y sobre la inconveniencia del exceso de artificialidad en la educación; que, sin exageraciones ni falsas sistematizaciones, hubiera formulado sobre estos asuntos, y sobre todos los demás que trató, unas cuantas

reflexiones sensatas y exactas, deteniéndose siempre en el grado razonable. ¿Será cosa segura que, en tal caso, lo nombraríamos tanto como lo nombramos, y le daríamos tan considerable papel en nuestros programas de enseñanza? ¿Le hubiera tocado tanta gloria, si hubiera realizado él mismo la tarea que nos legó: de corregir, atenuar, reducir todo lo que por él fué exagerado y violentado? ¿No es, este trabajo que impuso a su posteridad, el que mantiene más viva su memoria? Para tomar el ejemplo de la Pedagogía: supongamos un libro como las "Conferencias sobre Enseñanza" de Ficht (tomo ése como un libro de tantos). Es un resumen de las observaciones y reflexiones, casi siempre exactas y útiles, de un espíritu suficientemente serio y equilibrado. No se las ha deformado para hacerlas entrar forzadamente en un sistema. Nosotros las leemos, las hacemos nuestras, las devolvemos en actuación docente; todo lo cual da al nombre del autor muchísimas menos posibilidades de quedar que si hubiera firmado alguna sistematización *"outrancière"* o hasta alguna gran paradoja, que, bajo el rubro de "Teoría de Ficht", figuraría en nuestros programas, aunque fuera como materia de refutaciones. Otro caso. hace poco leí, en un artículo de Compayre, la afirmación de que en el momento actual no hay en Francia un "verdadero pedagogista". Tal vez sea así. Pero es grave pensar que ese juicio puede aplicarse a un país en el cual, en un momento dado, una gran cantidad de escritores consignan, en libros o en documentos, continua y abundantemente, reflexiones justas y útiles sobre enseñanza... Hecha, pues, aquella salvedad fundamental sobre las formas superiores de la gloria, mi comparación fisiológica no es

muy absurda. Este trabajo continuo de la humanidad sobre ciertas teorías: "exposición y refutación" de tal doctrina, "distinguir la parte de verdad y la parte de error" de tal tesis; todo esto, es una especie de rumia: la manifestación de una asimilación penosa o imposible. El "contrato social", la educación "natural" de Emilio, como la República de Platón, la ley de Malthus, las construcciones de Fourier y otros grandes utopistas ¿qué son, en resumen (sin perjuicio del fermento genial, en mayor o menor proporción), sino formidables "bolos" ideológicos que se le han indigestado a la humanidad?

LEYENDO A STUART MILL. — Se ha dicho de él que tenía "temperamento de discípulo". Es injusto: La tendencia a pensar a propósito del pensamiento de otro, puede ser una modalidad de espíritu, frecuente en las inteligencias analíticas y críticas, y hasta resultar de cierta noble modestia; o puede elegirse esa manera como una de tantas para exponer el propio pensamiento... De todos modos, si se necesitaba frase, pudo hacerse la comparación con esas enredaderas que, si eligen un sostén cualquiera (y aun si lo necesitan), lo hacen olvidar entre la abundancia de flores y frutos.

LEYENDO A LA BRUYÈRE. — Bien hecho el libro. Y bien observada la realidad. No toda, sin embargo:

Los sentimientos egoístas y mezquinos, además de sus aspectos francos, que el arte vivifica e intensifica o que la Pedagogía esquematiza con fin ejemplar, tienen otras formas (las más reales, o en todo caso las más comunes) como sordas, opacas, indecisas, menos claras (para los demás y para el mismo suje-

to); formas *larvadas* de los sentimientos malos y bajos, —que son las bien observadas y descriptas en este libro.

Pero los sentimientos superiores y generosos; el altruísmo, el espíritu de sacrificio, el valor, la altivez, la caridad, el entusiasmo y el amor, también se presentan así, *larvados, muy frecuentemente*· con tanta frecuencia, que la humanidad vale mucho más de lo que ella cree, —y de lo que parece por ese libro, en que falta (como por otra parte en casi todos los libros) la observación de aspectos y casos de *eso en los sentimientos buenos.*

LEYENDO A P. BOURGET. — La novela "psicológica" (no la que es: la que se llama) ha sufrido esta causa de falsedad y superficialidad: reducir todo el psiqueo a psiqueo formulable.

En la verdadera novela psicológica, los personajes muchas veces no deben poder explicar lo que sienten y por qué obran; y, algunas veces, no debe poder el autor.

UN ASPECTO DE BALZAC. — En los cuentos para niños y en Molière, hay un personaje que es "el embustero", uno que es "el hipócrita", otro "el avaro", etc.,etc. A los personajes de Balzac (sin perjuicio de que haya también entre ellos un avaro, un "padre") en general hay que designarlos con calificativos más largos y complicados: "La mujer casada que, al llegar a los cuarenta años... etc."; "el provinciano que, habiendo venido a París con ánimo de conquistarlo... etc., etc.; pero siempre algo de la misma clase: esquemas (más especializados...).

(Después, discípulos hicieron más abstracta la especialización de los esquemas...).

Nota: Esto no quiere decir que no haya "verdad" en Balzac o en Molière, como la hay en los cuentos para niños: una verdad abstracta: verdad en otro sentido que aquel en que se llaman "verdaderos" a los personajes concretos individuales que no se pueden designar sino con su nombre propio, que podrían vivir en la vida como son, y que viven en otras literaturas, creados por otros escritores (a quienes, lo confieso, por temperamento, prefiero).

LEYENDO A ZOLA. — El arte de esqueleto científico se pudre al revés· los huesos primero.

UN ASPECTO DE LA GLORIA DE IBSEN. — Ciertas manifestaciones del pensamiento y de la vida de los países claros (de sus costumbres, de su ciencia, etc.), les volvieron reflejadas de aquel Norte lejano y vago, y *no las reconocieron,* viéndolas tan misteriosas y profundas; como pasó mucho tiempo con la luz cinérea de la luna, que es la luz de la tierra que nos vuelve, pero obscurecida y poetizada.

LEYENDO A UNAMUNO. — Unamuno, que exalta el quijotismo y desprecia la razón, no comprendió el supremo quijotismo de la razón. El quijotismo sin ilusión es el más heroico de todos.

Investigar y explicar sin término ni aun esperado; comprender para comprender más, sabiendo que cada comprensión hace pulular más incompensiones; sabiéndolo de antemano, sin ilusión... y darse a eso, gozando y sufriendo, es el quijotismo supremo. Atacamos los molinos de viento ideológicos sin la ilusión de creerlos gigantes ni la de vencerlos...

Leyendo los libros de Hellen Keller se experimenta una desilusión.

Esperábamos por lo menos un atisbo de lo que fuera aquella mente en la deficiencia e incomunicación de antes; pero no encontramos ya sino lo nuestro: ya la han enseñado no sólo a pensar, sino hasta a escribir como nosotros. Todo aquello es *literateado de afuera.*

De lo cual, entre paréntesis, nos damos cuenta, en el caso de ella, porque emplea imágenes de vista y oído, y sabemos que no ve ni oye. Pero lo difícil es conocer que, en los que tienen ojos y oídos, ocurrió generalmente el mismo proceso: y que lo que hacen es igualmente literateado de afuera... ¡Qué difícil saber que eso se produce; entender cómo se produce, y darse cuenta de cuándo se produce! (Y cuán frecuentemente, y en qué grado: —ya resulta tener genio escribir un poco como se siente).

Se nos sugiere una comparación con la perspectiva. Nosotros dibujamos como no vemos; y, para aprender a dibujar como vemos, necesitamos aprender un arte. También habría que aprender a escribir como se siente y piensa... Pero la comparación es mala. La perspectiva puede, desde luego, enseñarse por reglas, y estas reglas sirven para corregir el hábito adquirido; pero, en la literatura, cualesquiera reglas o provocan o fortifican hábitos y no pueden sino enseñar cada vez más a escribir artificialmente.

Fin de algo sobre Tolstoy. — Como no sabe lo que hace, los personajes le salieron como le salen a la vida.

Leyendo las memorias de Tolstoy. — Los disolutos al llegar a cierta edad se ponen a predicar.

Tolstoy hizo como los otros. Pero tenía tanto genio que se produjeron complicaciones morales en el planeta.

"MIREILLE". — Cierta clase de obras, admirables, pero que no soportan ni una sola imitación: aunque sea del mismo autor.

LEYENDO MÉMOIRES D'UN JEUNE HOMME RANGÉ, de Tristán Bernard, pensé que una interesante sub-clase de realismo resulta de observar la "*tranche de vie*" con un microscopio *de muy pequeño aumento*: hay un cambio, y detalles nuevos, sin que se pierda la impresión de realidad, ni su carácter; sin que aparezcan aspectos inusitados o desconcertantes, ni desaparezcan las individualizaciones habituales; y, por otra parte, sin estrechar demasiado el campo.

BOURGETIZANTES: aderezan su producción para dos clientelas de mujeres, condimentando con pecado para las honestas y con virtud para las otras.

Los autores antipáticos no son los autores para el público grueso. Por grosero que sea ese público, el autor no es forzosamente antipático cuando le destina su obra. puede tener un móvil de simpatía o de acción.

Los verdaderamente antipáticos son los de falsa *élite,* cuya característica es la adaptación a un éxito semi-intelectual y mundano, con efectos de refinamiento, sutilezas, etc. A veces, con la misma auto-ilusión de que escriben para *élite.* Pero, aun en esos casos, no hay *verdadera* sinceridad.

Entre ellos, los que usan la religión como condimento (porque los autores de esa clase acostumbran condimentar religión con vicio o vicio con religión).

BACH. — Si ocurriera que la música de Bach hubiera sido, no la música de un solo hombre, sino la música producida por todos los hombres de todo el pasado hasta esa época, primero, nos parecería bastante, y segundo, no nos parecería extraño.

OYENDO A MOZART. — *Operas:* Me gustan infinitamente los pasajes de Mozart que Rossini no pudo imitar; algo menos los que Rossini pudo imitar.

Cuartetos y sinfonías. La perfección *también* es admirable.

(Dejar lo anterior sin más no es justo. Mozart no fué sólo gracia y perfección, y no hubiera sido superado por nadie en religiosidad pura y honda y en expresión trágica de dolor. Sé cuales son los pasajes en que viene todo eso; y si hubiera sido posible un tiempo más...).

(Más todavía venía en Schubert, de dolor trágico y de todo lo genial más hondo. Y más pronto murió, y más necesario todavía era que no se hubiera muerto. Pero, cuando viene eso, así, no morirse tal vez no sea posible...).

(Beethoven, sin embargo, resistió...).

SUGERIDO POR WAGNER Y OTROS. — La potencia del genio, en algunos interesantísimos casos, podría medirse por el grado y frecuencia con que cier-

tos creadores se desviaron de sus propias teorías artísticas, o las rebasaron; por el grado y frecuencia con que contrariaron o excedieron su estética consciente y deliberada.

Bach es el músico que más conmueve en mí lo que tengo de hombre de cualquier época. Victoria, y otros, lo que tengo de hombre de otras épocas. Beethoven, lo que tengo de hombre de mi época. Schubert, lo que tengo de Carlos Vaz Ferreira.

PSEUDO HUMORISMO

* *Errata:* Donde diga "por la fuerza de las cosas", léase "por la debilidad de los hombres".

* Si te gusta una cita, no procures conocer el libro. Si te gusta un libro, no procures conocer las obras completas. Si te gustan las obras —éste es el consejo más prudente de todos —no procures conocer al autor.

* "Al principio, el verbo era Dios".
¡Si no hubiera sido más que al principio!...

* ¡El remordimiento!... Es exactamente como lo describen los sermones y las novelas morales; con la única diferencia de que, en vez de sentirlo los bribones, lo sienten las personas honradas.

* Llaman los mecánicos prensa hidráulica a un aparato por cuyo medio pueden obtenerse los resultados más desproporcionados a las fuerzas del que lo usa. Un niño puede realizar trabajos enormes: levantar las más pesadas moles, o hacerlas polvo...

¿Quién no piensa en la otra prensa, en la que permite a cualquiera producir los más formidables efectos: levantar una reputación o triturarla! — La ana-

logía es notable; hasta por la homonimia, que me salió por casualidad. Hasta por lo de los niños.

A pesar de las apariencias, hay muchos hombres que tienen condiciones para desempeñar los puestos públicos. Lo que hay es que las condiciones que se necesitan para desempeñarlos no son las mismas que las que se necesitan para conseguirlos.

La eficacia de ciertos golpes, en ciertos deportes, depende del ajustamiento, del grado exacto de la fuerza; puede realizarlos quién tenga fuerza de más, si la sabe contralorear (ajustándola o graduándola); pero, a los que no tienen más que esa fuerza —ni de más ni de menos— podrán salirles bien automáticamente.
Algo análogo sucede con la inteligencia de los políticos.

Sí: muy bien: es cierto: tiene Ud., y tienen todos los hombres, no ya el derecho, sino el elevadísimo y noble deber de cambiar de opiniones. Sólo que, cuando se dé... la casualidad de que ese cambio coincida con la conveniencia personal, entonces todo se arregla cumpliendo otro deber complementario —fácil, inferior—, un simple detalle sin importancia: renunciar a sacar provecho del cambio.

Ser partidario de la economía dirigida es opinar que la economía debe ser dirigida, pero que los que la dirigen la dirigen mal.

Ser proteccionista es opinar que el país propio debe ser proteccionista, pero los demás libre-cambistas.

La humanidad, por el razonamiento, aprende poco. Pero, por la experiencia, no aprende nada.

Para que pensar justo dé notoriedad, hay que pensar con mucha hondura. Cuando se piensa sin justeza, esa segunda condición no es indispensable.

Cualquier hombre reconoce en general que ha cometido errores y faltas; pero no el error o falta de que se le acusa concretamente.

"No se matan las ideas".
Es verdad: Pero las malas tampoco.

(Todo un hombre):
Primero se adiestró en no obedecer más que a su conciencia.
Después adiestró su conciencia.

"Comprenderlo todo" será "perdonarlo todo"; pero ello no deja de ser injusto para con el heroísmo y el sacrificio...

Y puede ser que desde una gran, gran altura, se deje de distinguir el bien y el mal. Pero, entonces, el primer deber en la vida será no ponerse —o no creerse —a esa gran, "gran", altura.

En la portada de tal y tal libro:
No estaría de más prohibir a los "Maestros"... tener discípulos.

Hay novelas intercambiables: intercambiables las novelas entre sí; los autores entre sí, y los autores con los lectores (cualquier lector hubiera podido escribir la novela, y el autor la hubiera leído).

Leyendo a un escritor. Hay escritores que parecen tener una inteligencia extraordinaria porque no tienen más que inteligencia.

Leyendo a cierto escritor: Autores sin genio, hay bastantes, *et pour cause*... Pero autores cuya característica sea no tener genio, ya es caso más interesante.

Leyendo a cierto escritor: Este gran ¡gran! poeta, con el conjunto de las ciencias se ha hecho una orquesta de Ingres.

Fundaron el "Novecentismo" porque creyeron que el Siglo XX iba a ser posterior al Siglo XIX.

(Una faz del "anti-feminismo").

Ciertos conservadores se indignan porque se permite a las mujeres ser funcionarias, seguir carreras, votar, etc., porque eso "desorganiza el hogar".

Nunca se los ve indignarse porque las mujeres sean sirvientas o costureras, a pesar de que eso desorganiza más todavía el hogar. (Se entiende: el de las sirvientas y costureras; no el de los conservadores).

Las mujeres no inventan teorías, pero apostolizan muy bien las que inventan los hombres: p. ej., el Feminismo.

¿CUAL ES EL SIGNO MORAL DE LA INQUIETUD HUMANA? [1])

Desde hace algún tiempo —primeros años del siglo actual— se produjo un hecho muy digno de atención· cietras grandes generalizaciones, y los estados de espíritu correspondientes, experimentaron como un cambio de signo: pasaron de optimistas a pesimistas. (Aclaro que no hablo de la filosofía y la ciencia en sí mismas, sino de lo que de ellas resultaba receptivo para la popularización).

Antes de ese cambio, hace por ejemplo medio siglo, las tendencias generales eran optimistas: romanticismos históricos y patrióticos; humanitarismo; optimismos políticos, sociales, económicos: democracia, liberalismo, libre cambio; internacionalismo pacifista; mejoramiento de la humanidad... Y, como sistematización típica, la que educó a nuestra generación precisamente, la de Spencer, que contenía todos esos optimismos, más un super-optimismo la doctrina que tendía a presentarlos como fatales: la doctrina del progreso necesario, esto es: la fatalidad del mejoramiento.

Las que sustituyeron a estas teorías y tendencias,

(1) Versión taquigráfica de una conferencia (1936) en la que se resumieron otras dadas en la Universidad durante el año 1932 y otros años anteriores.

fueron de signo contrario; una de tantas de esas teorías popularizadas, por ejemplo, la de Spengler: las civilizaciones con evolución y decadencia fatal: la nuestra, ya decadente, condenada.

A tal punto que hasta se dió un caso extraño con la misma reacción de este siglo contra el anterior: hasta el movimiento que tiende a ser optimista como por índole; hasta ese movimiento de reacción contra el siglo anterior, englobó elementos pesimistas; y además, o correlativamente, regresivos. Todos los "siglos", y por cierto el XIX no fué excepción, reaccionan contra los siglos anteriores, especialísimamente contra *el* anterior; pero generalmente es con la aspiración —ilusoria o no, en más o menos grado— de mejorar y de crear. Fué sobre todo el caso del siglo XIX, muy característico por la gran intensificación de aspiraciones generosas. Progreso, libertad, humanitarismo, regeneración por la ciencia. Con declamación, sin duda; también, como en casi todas las reacciones, con injusticia enorme hacia el pasado. Pero en esa reacción alentaban confianza, esperanza, optimismo.

En cambio, la reacción de este siglo XX contra el que ha sido llamado "estúpido" siglo XIX, trae muchos, —predominantes— elementos negativos, y demasiados elementos regresivos. Repito, y entiéndase bien: todo eso no es sino lo que el espíritu general capta y amplifica; pero, realmente, si ignoráramos —o si olvidáramos— la ciencia profunda y la filosofía profunda; si sólo hubiéramos de estar a la vulgarización ideológica, y desgraciadamente a los hechos visibles —y sensibles—, entonces sería el caso de que reaccionáramos a nuestra vez, y dijéramos, ya que se nos incita a personificar siglos, que si hay al-

guno que no tenga derecho a considerar "estúpido" a otro, habría de ser el que hizo "la gran guerra", el que hizo "la gran paz"; el que inventó, o volvió a inventar, el nacionalismo económico, el ultra-proteccionismo; el que inventó destruir la producción; el que inventó nombres y teorías para restaurar y reforzar las dictaduras y las persecuciones; el que inventó o sistematizó las "reacciones" (por ejemplo, la "reacción" contra la emoción en el arte; la "reacción" contra la moral en la vida)... El que ya hizo todo eso, y todavía le faltan más de 60 años.

Pero evitemos una digresión por ahí. Además de esas "reacciones", otras más hay ¡y tantas! de aquellas sistematizaciones pesimistas y negadoras. Y, sobre todo, en general: con sistematizaciones o sin ellas, flota hoy tendencia a intentar demostrar, o simplemente a postular, degeneración, rebajamiento... Es como un tic del pensamiento: la degeneración moral se postula, aunque se discrepe sobre las causas: para unos serían las máquinas, para otros, la ciencia, o el "cientificismo"; para otros sería el amortiguamiento religioso, o más en general la desespiritualización... Y aquí los lugares comunes: el "triunfo de Calibán", y todo lo demás...

Bien; todo eso se presta a vaguedades y a frases. Volvamos a repetir: la ciencia profunda y la filosofía honda tienen mucha más continuidad. Esos contrastes y saltos aparecen en la ciencia y filosofía popularizables (o en el aspecto que para el público toman). La ciencia real y la filosofía real, en toda su profundidad, trabajan en continuidad, no opuestas sino unidas; y, con ellas, trabajan, también continuas y unidas, la moral sentida y la religiosidad sincera y viva. Pero esa continuidad no se percibe cuando ella

se refracta en toda esa espectroscopía de generalizaciones popularizables: bandas simplificantes y cromatismo literario. Están siempre todas las ondas; pero las mentes están sensibles para algunas, que son las que se captan. Y son ésas las que son amplificadas, y distorsionadas...

Bien: además de no tenerles mucha simpatía, yo sufro de una incapacidad, que no deploro demasiado en el fondo, para tratar esos modos de pensar tan generales y vagos; pero como, pragmáticamente, la dirección que tienden a tomar es antipática y mala —además de falsa, a mi juicio—, me es deber entrar un momento en esa región de pensamiento, para afirmar, aunque sea también simplísticamente, direcciones en sentido contrario al predominante. Lo haré muy mal, excusándome con mi... falta de vaguedad. Pero, como la intención es buena, voy a ensayar.

Séame permitido ante todo establecer —por indispensable— una distinción fundamental:

Hay dos sentidos de "optimismo" y "pesimismo": Optimismo (o pesimismo) de éxito, y optimismo (o pesimismo) de valor.

Optimismo o pesimismo de éxito y optimismo o pesimismo de valor Mejor que definición, un ejemplo: Para juzgar alguna aventura de Don Quijote, podremos ser —y razonablemente muchas veces seremos— pesimistas de éxito; pero optimistas (éste es el otro sentido) en cuanto al valor moral, en cuanto al signo: "bueno" o "malo". Y declararemos generosa y noble esa aventura: juzgaremos que es buena. Ese optimismo sobre el signo moral es el optimismo de valor.

Optimismo o pesimismo de valor versa sobre el signo moral: bueno o malo.

Y bien; en cuanto a cierta gran aventura, que ha emprendido y lleva adelante, con el conjunto de sus esfuerzos y aspiraciones, cierta especie en cierto planeta, podría ser arriesgado, y, si se quiere, ilusorio, el optimismo de éxito. (Ya veremos, por lo demás, que ésta es mala manera de plantear, pues, en cuanto a éxito parcial, es adecuado el optimismo; y, en verdad, la discusión razonable sería sobre los casos y el grado). Pero el que me parece que debe ser sostenido contra la superficialidad de ciertas teorías y de ciertos estados de espíritu hoy dominantes, y no obstante el dolor y el desaliento que en este momento del mundo esas teorías y esos estados de espíritu acompañan, y hasta precisamente engendran o refuerzan; el que debe ser sostenido es el optimismo en el otro sentido: el optimismo de valor.

Para preparación tengo que sintetizar aquí algo que por muchos años, en largas series de mis conferencias, he procurado demostrar: Generalmente se piensa y se dice que al progreso intelectual no ha acompañado o no corresponde el progreso moral; y aun que éste no existe; y aun que hay decadencia. Yo he procurado sostener que no es así.

Prescindamos, ante todo, de si el progreso es o no necesario. *De hecho*, en materia de progreso, el discutible podrá ser el intelectual; pero el moral es indiscutible.

Discutible el intelectual: se ha dicho, y puede que con razón, que lo que diferencia, en cuanto a ese aspecto, la situación actual de la situación del principio de la humanidad, es la acumulación de adquisiciones. Y que no está probado que el descubridor de la teoría de la gravitación tenga más genio que el que

inventó la rueda o el fuego... Puede ser; pero el otro, el progreso moral, ése sí es el indiscutible.

Se entiende: en lo que va y sabemos de historia Tenemos que hacer la salvedad sobre el principio: No tratamos aquí de las grandes hipótesis religiosas relativas al principio del mundo: hay religiones o teogonías que postulan la *chûte* (religiones occidenta les); o la decadencia: para la Teosofía, la civilización actual, con sus instituciones e ideologías, sólo representaría residuos más o menos desnaturalizados de humanidad o pre-humanidad anteriores. Y hay también filosofías a base de decandencia. Y aun alguna tendencia científica (por ejemplo, cierto transformismo por decadencia biológica).

Me refiero a lo histórico, donde yo pienso que se evidencia mejoramiento moral.

Pero ante todo ¿por qué parece lo contrario? ¿Por qué parece que hay una degeneración moral en la historia humana? Por muchas causas que crean otras tantas ilusiones.

Unas son ya las mismas ilusiones históricas: por ejemplo, la historia aísla hechos y los esquematiza; iba a decir: vuelve más heroicos los actos y los hombres heroicos; pero ni siquiera es eso verdad: el heroísmo real es ya más que ese ficticio. El heroísmo real, el más valioso, es con dolor, es venciendo cobardías, es con hesitación, con duda moral. Pero lo que sí hace la Historia es hacer aparecer más efectistas las actos, y más efectistas los hombres también. Después todavía viene la Pedagogía y trabaja sobre todo eso... De ahí la primera ilusión de la supermoralidad antigua. El efecto es tal, que aun en los múltiples casos en que la misma Historia nos muestra la inferioridad de los hombres, siguen actuando esos

"clisés" histórico-pedagógicos. Caso típico, por ejemplo, el de Catón, cuyo nombre necesitamos para cada ejemplo, para cada discurso, aun cuando la misma Historia nos enseña que era cruel, avaro; que maltrataba a sus esclavos, que cambiaba de esposas para adquirir el dinero de las dotes...

Además, los hombres que ejecutaban esos actos, eran, diremos, y permítasenos la expresión, especialistas: por ejemplo, los especialistas en patriotismo, pero sin lo demás. Hasta los mismos especialistas en santidad o en caridad, a quienes pudo faltar lo relativo a los sentimientos de patria, familia, trabajo...

Pero todo eso no es lo esencial: hay algo muchísimo más importante todavía, y sobre esto pido atención, porque es lo esencial: *que en la aventura humana cada vez se agregan más ideales.*

Ustedes han oído hablar del problema de los tres cuerpos. La mecánica celeste determina con facilidad la atracción recíproca de dos cuerpos. Cuando se introduce un tercero, el problema se complica tanto que se hace dificilísimo resolverlo satisfactoriamente. Sin embargo, lo que se ha introducido es un cuerpo solo. Si se agregan más, muchos más, la solución del problema ni siquiera puede intentarse.

Pues bien: esto es lo que ha tenido que ocurrir y lo que ha ocurrido en moral. Es difícil darse cuenta de lo que ha podido significar, de lo que tienen que significar en la evolución moral humana, la agregación de un solo ideal: Agregar, no sustituir.

Representémonos las sociedades de Grecia y de Roma, basadas en la esclavitud, institución natural para ellas, y en la cual en verdad todas las otras instituciones se cimentaban. Y representémosnos los efectos de la supresión de esa institución sola, esto es.

la agregación de un solo ideal: el de la libertad de todos los hombres:

Y, al resolver como uno, esta humanidad no se satisface: quiere cien, quiere mil, quiere todo. No sólo suprimir la esclavitud, sino que ni siquiera ha de haber clases menos felices: quiere igualar y levantar a los hombres...

Otro caso: Antes, sólo era *la* patria: la nuestra. Los otros, los extranjeros, bárbaros, inferiores o subordinados. Pero la humanidad no quedó en ese concepto, y agregó otro ideal, haciendo cada vez más difícil, y en proporción hipergeométrica, la solución del problema. Hoy hemos de reconocer otras naciones, todas de la misma dignidad. Y sin que sufra la propia. Un ideal más: las queremos en armonía y confraternidad: ideal de humanitarismo. La comparación del problema de los *n* cuerpos es perfectamente aplicable.

¡Y cuántos ideales se han agregado todavía en la evolución humana! Por ejemplo: los también modernos ideales feministas de dignidad y superiorización de la mujer; y otros muchos más: muchos más.

De donde resultan dos hechos:

El primero es *la interferencia de ideales.* Todos estos ideales no son conciliables sino en parte; en parte interfieren. En los afectos, en los sentimientos, el ideal de vida personal, el ideal de la familia, el ideal de humanidad, son en parte concordantes pero en parte interferentes; en parte hay que sacrificar uno a otro. Los ideales científicos y los ideales artísticos en parte interfieren. Los ideales de trabajo y los ideales de goce; los ideales de bienestar material y los ideales de perfeccionamiento espiritual, son en parte interferentes, en parte conciliables; los ideales

de razón y los de sentimiento; el bien de los más, de la mayoría, como un ideal; pero la conservación y el perfeccionamiento de los seres superiores... En parte, esos ideales luchan, no se concilian.

Los ideales de caridad; pero los ideales de justicia. Los ideales de la vida terrestre y positiva; pero los ideales de la vida trascendente o de la vida ulterior.

Y además, correlativamente con esas interferencias de ideales, el otro hecho, sobre el cual no se insiste bastante ni se reflexiona bastante, y que no está en los tratados o libros de moral: Y es que la humanidad se ha ido creando así un tipo de *moral conflictual.* Es decir: que muy pocos problemas morales pueden resolverse de una manera completamente satisfactoria; y que, si se sienten todos los ideales, generalmente hay que sacrificar en parte algunos de ellos o todos.

A propósito de esto he solido emplear en cierto sentido especial la designación de —posibles— "Cristos oscuros". Se podría concebir un hombre que tuviera tanta caridad como los santos de la historia, tanto patriotismo como sus héroes, tanto amor a la ciencia como los mártires de la verdad; que tuviera todos los sentimientos en su máximo histórico, y, además, en su máximo también, los no históricos: sentimientos de familia, de amistad, todos los otros. Difícilmente podría su actitud ser histórica. Desde luego, a la historia va lo que ciertos grandes hombres hicieron; no puede ir lo que otros, quizá más grandes todavía, se inhibieron de hacer. Y, sobre todo, a la historia no va lo conflictual, o irá en su caso como "contradictorio" o como "débil". Pero la humanidad recibirá el calor de esos Cristos oscuros...

No los habrá en la práctica tan perfectos. Pero lo

que se va haciendo especialidad de la vida moderna, *es el aumento del número de los hombres que, aunque no tengan cada sentimiento en el grado superior, los tienen todos.* Y eso no es efectista; pero ahí está —si se quiere en esta *nuestra mediocridad*— ahí está la superioridad moral nuestra (y la causa de la ilusión de nuestra inferioridad). Esto es esencial, señores: *lo que se agregó no fué el mal, sino la resistencia creciente, pequeña todavía, pobre, pero la resistencia creciente al mal. Esto es esencial* sobre progreso moral: lo que se agregó no fué, por ejemplo, la guerra, sino el sufrir cada vez más porque la haya, y en su caso por tener que hacerla. Y más resistencia psicológica contra ella. Lo agregado no es que sufran las clases menos favorecidas, sino el sufrimiento creciente de la humanidad por ese sufrimiento, con la acción consiguiente —y parcialmente eficaz —por su mejoramiento o alivio.

Y en cuanto se toma este punto de vista (ésos son sólo dos ejemplos, pero coadyuvan todos los otros), se percibe el mejoramiento moral de la humanidad a través de la historia.

Este recuerdo de ideas que yo he defendido tanto, sugiere la actitud de espíritu que siempre he querido sugerir como la más verdadera y la más justa, y que sería, pues, una actitud optimista. Pero veamos los dos sentidos:

En cuanto a optimismo de éxito, no puede ser más que relativo: la pretensión humana en su totalidad, excede a lo posible ¡con mucho!: conciliar todos los ideales, y llevar cada uno a su plenitud... Agregando más y más ideales antes de satisfacer los otros, ni con la imaginación se puede resolver... Pero siem-

pre optimismo parcial en cuanto a obtención de algo, y cada vez más, en cada una de esas direcciones.

Eso, objetivamente: Pero en cuanto al valor, en cuanto al signo moral de la aventura humana, aquí, sí, sin restricciones.

Esto es (seamos justos en el pensar), con una restricción posible: Si hay alguna fuerza trascedente que obre en el sentido del bien, como lo postulan ciertas hipótesis religiosas o metafísicas, entonces, todo mal es caída. Yo razono prescindiendo —y pido que para razonar conmigo se prescinda— de esas posibilidades reservadas a las creencias de cada uno.

Y, entonces, en semejante aventura: en esta temeraria y absurda y enternecedora aventura humana, que es un conjunto de aventuras emprendidas todas juntas, y de las que cada una es ya imposible; permítaseme repetir: en esta temeraria y absurda y enternecedora aventura humana, que es un conjunto de aventuras emprendidas todas juntas, y de las que cada una es ya imposible, la deflexión sería lo natural: sería lo "humano", si precisamente lo humano no fuera tan heroico!

Es el momento de prevenir un error posible. Cualquiera puede estar pensando en este momento: los horrores de hoy, el horror de la guerra, el carácter espantoso que ella ha tomado... Eso es otra cosa: ésos son los medios, la técnica; pero ese agregado no es de carácter moral: si los antiguos hubieran dispuesto de esta técnica, se habrían exterminado unos a otros más ferozmente que nosotros: ya lo hacían bastante bien con la elemental de "pasar a cuchillo"... No: no es eso *lo agregado, lo nuevo. Lo agregado* es el aumento del horror a la guerra: que haya más resistencia moral, que haya más repugnancia;

tanto sentimiento, tanto esfuerzo; poco todavía, pobre y vencido hasta ahora, pero creciente: más intenso, y en más hombres. Lo mismo en otros órdenes de hechos: la técnica de la economía moderna puede haber provocado sufrimientos nuevos en el trabajador; pero lo agregado *moralmente* es el sufrimiento, la simpatía y el esfuerzo crecientes para aliviar o suprimir esos males. Y esto es lo que determina la dirección moral del progreso.

Sin duda, para buscar esa *dirección,* yo podría haber ido más lejos; pero ya era complicar con hipótesis. Podría haber ido a buscarla desde más atrás: podría haber ido a buscar la dirección, el signo de la aventura humana, comparando la vida humana con la animal, esto es, examinando alguna de esas "variaciones" que hace la inteligencia, mejor la espiritualidad humana, sobre el instinto. "Variaciones" tiene aquí el significado que se le da en música...

Éste es un hecho generalísimo, que en algunos casos ha sido visto sólo parcialmente, y *mal* interpretado: tomado al revés. Se lo ha visto, por ejemplo, para el amor. Schopenhauer observó en ese caso éstas que yo llamo variaciones sobre el instinto :desde variaciones muy simples y muy fieles, hasta esas otras que hacen el tema irreconocible: variaciones como las de las últimas obras de Beethoven, en que el tema ya no se percibe. hay que adivinarlo. Entre estas variaciones está lo mejor del arte... Bien: Schopenhauer interpretó o valuó el hecho al revés; y es falacia general tomar al revés los hechos de esa significación: creer que es deprimente para la humanidad el que se pueda encontrar un fondo de animalidad en sus más altos sentimientos; cuando lo que da la dirección,

y el signo moral positivo, es lo que la humanidad ha agregado, en el sentido de la superiorización...

Y otras ¡tantas! de esas "variaciones": No hablaré de la guerra, que es también hecho animal. La humanidad ha puesto variaciones: patriotismo, heroísmo. Pero ¿qué es lo agregado? Lo agregado, creciente, es el horror, la resistencia.

Otro ejemplo: la relación de las generaciones. ¡Cuánto agregó la humanidad! En lo animal no hay más afecto que el de padres a hijos; y ese afecto es temporario, pasajero. El hombre agregó la permanencia del afecto de padres a hijos, y todo el de hijos a padres; sin contar la prolongación a generaciones anteriores y los sentimientos colaterales.

Y, así, ¡cuánto se agrega de dificultades, de contradicciones, en la aventura humana! Pero qué interesante es estudiar esas variaciones del tema. Por ejemplo, la rivalidad de generaciones Entre los animales, los jóvenes van siendo expulsados por los padres, hasta que al fin el viejo es expulsado a su vez. En los hombres queda el tema, queda esa rivalidad: Y cada generación nueva trata de combatir a la anterior. Como hay recíprocamente cierto instinto en el viejo de despreciar o de dominar al joven. Y hay hasta una edad en que aquel impulso se hace especialmente despectivo hacia los viejos. Pero, todo eso, paliado, dominado: el signo moral no se determina por lo que queda de injusticia y crueldad, sino por el grado en que han sido dominadas y superadas. Lo esencial, repito, lo que determina el signo, es el *sentido* de esas variaciones hacia más amor, hacia más solidaridad: *Ésa es la dirección*: *Ésa es "la flecha"*.

Otro caso de algo introducido por la humanidad: Todo lo que tiene que ver con la muerte.

Aquí es el tema mismo, que pasó de inconsciente a consciente. Y, en eso sólo, qué grande, ¡qué heroica!, es la humanidad.

Sin duda, hay defensa. Hay dos: Una defensa psicológica, como de anestesia. Los animales no tienen el pedazo de cerebro con que se sabe que se va a morir. Los hombres lo tienen; y, para vivir, se necesita que esté habitualmente anestesiado. (Entre paréntesis: esa anestesia especial se suele llamar "salud").

Después hay la defensa consciente: la filosofía de la inmortalidad, y sobre todo la religión.

Pero, aun en esta misma, ¡cómo se ve crecer la superioridad moral! De las mismas religiones que antes fueron horribles, con su dios vengativo y cruel, con elegidos y condenados, sin duda queda algo; pero en la mayor parte de los creyentes actuales es casi verbal. "*Confutatis maledictis —flammis acribus addictis*...". Sí: pero eso, que se oye y se recita, casi no se siente más: La creencia en el infierno y en el dios cruel, hoy casi no es más que una sobrevivencia, en disolución.

Pero aun eso no es lo más grande. Hay los sin anestesia: los que no han podido obtener la seguridad religiosa. Y ésa sí que es aventura de Don Quijote: —el super quijotismo— la super aventura —la más heroica de todas: Que así se viva, que así se luche, que así se hagan sacrificios!

Bien: ¿cómo habría yo podido dejar de pensar que, haya o no mejoramiento intelectual, el moral es seguro?

Y, repito: más clara y fácilmente, y aquí sin ninguna complicación de hipótesis ni interpretaciones, se

ve la dirección del progreso moral en el curso de la historia humana.

Sólo que es una aventura cada vez más imposible (para honra de la humanidad). Don Quijote, una aventura a la vez. Aquí, todas juntas, y cada vez hasta más allá. Cada vez se agregan más ideales, y cada vez los queremos satisfacer más plenamente.

Hemos hablado de los que se agregaron ya al salir del mundo antiguo: se suprimió la esclavitud; pero la humanidad no se conformó con eso: quiere el bienestar de todas las clases y de todos los hombres. Y se intensifica cada vez más la tendencia humanitaria y pobrista.

Antes el patriotismo era un sentimiento estrecho. Ahora, la humanidad (su parte mejor) quiere conciliar cada vez más el patriotismo con el humanitarismo.

Y hay que hacer entrar en el ideal la felicidad y el progreso, que son en parte contradictorios, pues el progreso tiene un germen, un elemento de sufrimiento. Hay que hacer entrar la felicidad y la cultura, en parte contradictorias también. Hay que hacer entrar la religiosidad, el consuelo, la esperanza; pero también la razón. Hay que hacer entrar la vida ulterior, con todas las posibilidades y todas las esperanzas; pero hay que hacer entrar también esta vida, la de nuestra tierra. Hay que hacer entrar el sentimiento, y hay que hacer entrar la lógica. Hay que hacer entrar el arte, y hay que hacer entrar la ciencia. (Dicho sea de paso, es facilísimo declamar contra la ciencia, y contra la razón, y contra la lógica: los que lo hacen saben bien que la ciencia, la razón y la lógica siguen trabajando por ellos y para ellos).

Otro conflicto enorme, de los más trágicos: el ideal

de bondad; pero, al mismo tiempo, hay que luchar contra el mal.

La "conciliación" en sentido vulgar, la "conciliación" en el sentido de satisfacer todos los ideales, es imposible. Esos ideales luchan en parte. Nosotros queremos satisfacerlos todos.

Otro conflicto todavía: la salud de la raza; pero la piedad con el enfermo. Son en parte contradictorias.

Otro conflicto: el perfeccionamiento intelectual y moral; pero la conservación de los inferiores. Fomentar la *élite,* aunque fuera hasta el "super-hombre"; pero elevar también el nivel general.

Todo eso ¡junto! Ya imposible cada uno de esos ideales: más imposibles por ser todos, y más por su interferencia, pues son en parte contradictorios!

Considerando así, *viene el optimismo de valor.*

Cuántos seres humanos sinceros, ya entre los fanáticos de un ideal: nacionalistas o humanitarios; sabios o santos; prácticos o místicos: todos esos "especialistas".

Pero sobre todo: *¡qué grandeza la del que siente todos esos ideales — en parte contradictorios; y se da a todos — o a muchos —, sin poder satisfacer del todo a ninguno — y menos a su propia conciencia!!*

Resumen: Hay dos modos de tomar la historia, y la aventura humana:

O bien enfatizar sobre el aspecto malo o triste, sobre la imposibilidad de realizar todo, sobre la impotencia, sobre la proporción del mal y sobre las deflexiones.

O bien medir la grandeza de la aventura y del esfuerzo precisamente por lo inferior del punto de par-

tida y por la noble exageración del conjunto de ideales que perseguimos.

No voy a agregar o repetir más ejemplos. Ni tengo tiempo de desarrollar los que elegí. Ésta no es más que una dirección de ideas y sentimientos que recomiendo a Vds., en todo caso como un ejercicio espiritual.

Ahora: esas ideas y sentimientos ¿traen algún consuelo?

Tal vez ninguno (y hasta tal vez no fuera bueno que la humanidad se consolara). Pero, aunque no traigan ninguno, deben enseñarnos — al enseñarnos a interpretar el verdadero sentido de la inquietud humana — a no agregar, a los dolores y horrores inevitables, el dolor y el horror supremo del pesimismo moral.

FIN